



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE JOSÉ VASCONCELOS
EN LA REVISTA *TIMÓN*

ENSAYO

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

**LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA (OPCIÓN CIENCIA POLÍTICA)**

PRESENTA:

CHRISTIAN PAREDES LÓPEZ

ASESOR: DR. ALBERTO DONATO ENRÍQUEZ PEREA

MÉXICO, 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

A mis padres, Reynalda Paredes López y Jonás Zarza Gómez, porque sin ellos no sería lo que soy.

A mis hermanos, Jonás Zarza Paredes, Set Giovanny Zarza Paredes y Guadalupe Isamar Zarza Paredes, porque los quiero.

A mi asesor, Dr. Alberto Donato Enríquez Perea, por haber creído en mí.

Y, finalmente, a mi gran amor, Andrea Concepción Gutiérrez Monterde, por haber estado conmigo en esta odisea.

ÍNDICE

Introducción.....	4
Editoriales firmados con tinta invisible.....	9
Semblanza del hombre polémico.....	12
El futuro de México en Europa.....	22
Tomando partido por Alemania.....	27
¿Ulises nazi?.....	49
Ni con Monroe ni con Marx... con México.....	70
El glorioso pasado y el papel de los políticos.....	81
Quijotesco final.....	85
Fuentes.....	89

INTRODUCCIÓN

Hoy las publicaciones periódicas reemplazan en gran parte al libro, al teatro, a la plaza pública y el ágora. En la revista y el diario concurren los espíritus más despejados de la época para exponer, discutir y apuntar soluciones sobre todos los temas contemporáneos o de ciencia, pensamiento e historia.

JOSÉ VASCONCELOS, *¿Qué es la Revolución?*

Muy pocos, quizá, lo recuerden como abogado. Otros lo conocen como escritor y filósofo, sobre todo por *La raza cósmica* y por los primeros cuatro tomos de su autobiografía: el *Ulises criollo*, *La Tormenta*, *El Desastre* y *El Proconsulado*. Incluso algunos lo rememoran como asiduo lector de los autores mencionados en su ensayo *Libros que leo sentado y libros que leo de pie*. Muchos destacan su labor educativa como rector de la Universidad Nacional de México y como fundador y primer Secretario de Educación Pública. Otros más lo ven como político –en el sentido weberiano del término, aquel que anhela el poder como medio para la consecución de otros fines–. Pero además de político, José Vasconcelos fue un *pensador político*, es decir, un hombre que generó y divulgó ideas con respecto al poder, el Estado y la autoridad. Los fenómenos políticos de México y del mundo, del pasado y de su presente, le suscitaban reflexiones que quedaron plasmadas en libros y en artículos de publicaciones periódicas como *El Universal*, *Excélsior*, *Novedades*, *La Antorcha*, *Hoy*, *Todo* y la fugaz y olvidada, pero no menos importante, *Timón*, cuya existencia me produjo asombro a principios del 2009.

Todo comenzó el día que realizaba una búsqueda en internet y hallé un documento en formato PDF titulado “La revista ‘Timón’ y la colaboración nazi de José Vasconcelos”. El autor, I. Bar-Lewaw, aseguraba que, entre los meses de febrero y junio de 1940, nuestro Don José había sido un agente de la propaganda nazi-hitleriana.¹

Durante mucho tiempo el simple nombre del “Maestro” –que llevan con razón y justicia calles, escuelas y bibliotecas– había traído a mi mente –como a muchos– su erguida figura sobre un pedestal. De ahí que me costara creer en las palabras de quien era para mí, en aquel entonces, un desconocido. ¿Quién era este autor de nombre impronunciable para llevar a Vasconcelos al banquillo de los acusados?, ¿quién el extraño que hablaba de *Timón* como una mancha muy grave en la vida del escritor mexicano?

Por un momento dudé que se tratara de un trabajo serio, pero mis dudas se desvanecieron en cuanto consulté, en una sala de la Hemeroteca Nacional, doce –

¹ Véase Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, “La revista ‘Timón’ y la colaboración nazi de José Vasconcelos”, *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas*, vol. 1, 1982, p. 151-156.
http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/04/aih_04_1_018.pdf

no hay más— de los diecisiete números de aquella vieja revista cuyo director había sido, en efecto, el licenciado Vasconcelos.

Desempolvé la docena de revistas. Me zambullí en un mar de notas, artículos, fotos y cartones de la Segunda Guerra Mundial, en la cual Vasconcelos combatió, hace más de setenta años, desde la trinchera del periodismo de opinión. Lo hice con la esperanza de encontrar las respuestas a las preguntas que llevaba en la cabeza desde que leí, con sorpresa, un párrafo que Bar-Lewaw extrajo de un artículo de Vasconcelos. En él, Don José se expresó en buenos términos de Hitler, mostrándolo como el representante de una idea que había sido humillada por el militarismo de los franceses y la perfidia de los ingleses: la idea alemana.

¿Vasconcelos defendiendo a Hitler? Cómo no sorprenderse. De ser cierto, ¿cuál había sido el móvil de aquellas líneas que hacían del autor un auténtico abogado del diablo? Había que averiguarlo.

Nada como leerlo directamente. Sin embargo, me di cuenta de que esto no bastaba para comprenderlo. Era necesario tener ciertos conocimientos de su vida, de su obra y del contexto histórico en el que intervino; así que busqué en diversas fuentes.

También advertí que la mayoría de la gente no conoce la revista ni lo que tiene que ver con Vasconcelos, lo mismo en las calles que en las aulas y pasillos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

En los años setenta, Bar-Lewaw afirmó que aquella publicación no sólo era desconocida para un amplio público, sino para muchos especialistas de la literatura mexicana e hispanoamericana.

¿Por qué una laguna tan grande? A mi juicio por dos razones. Primero, porque ya en la posguerra el hecho de haber dirigido una revista pagada por alemanes, en la cual exaltaba la figura de Hitler y anunciaba con toda seguridad el triunfo inminente del ejército alemán —imbatible al principio del conflicto— no debió ser motivo de orgullo. Un profeta fallido: eso era Vasconcelos al término de una guerra que no ganó Alemania ni terminó tan pronto como él había pronosticado. Por eso prefirió callarlo mientras nadie le hiciera preguntas al respecto. Tal vez esto haya impedido que otros más lo supieran, como en el caso de Bar-Lewaw, quien a finales de los años cincuenta sostuvo conversaciones con él sin tener el menor indicio de *Timón*. Y, segundo, porque de todos los que han escrito sobre su vida y obra han sido pocos los que han mencionado la revista, ya no digamos los que han llenado una cuartilla para hablar de ella; la gran mayoría ni la nombra, quizá por ignorancia, vergüenza o mera indiferencia.

Sea como sea, el resultado es un hueco, lo mismo en su biografía que en la historia de las ideas políticas nacionales.

Desconocer el asunto de *Timón* llevaría a quedarse con un Vasconcelos incompleto, quizá falso. ¿No habría sido lamentable para alguien como él? Muchas

veces él fue quien lamentó que en este país nunca se dijera la verdad. Si “El Maestro” creía preferible enfrentarse a la realidad que taparse los ojos, ¿por qué hemos de tapar los nuestros ante las páginas de aquel semanario dirigido por él?, ¿por qué hemos de callarnos? Él mismo tomaba por lema el aforismo de San Jerónimo: “La verdad hay que decirla aunque sea motivo de escándalo”. Y la mera verdad es que en *Timón* tomó partido por la Alemania de Hitler.

Insisto: la gente lo ignora y esto no debería ser así. Una manera de contribuir a rescatar algo del olvido es divulgándolo, confesando lo inconfesable. Así lo hizo Bar-Lewaw al revelar los detalles del caso. Así lo han hecho en los últimos años unos cuantos autores dispuestos a bajar al personaje de su pedestal, como Alejandro Rosas, Francisco Martín Moreno y Héctor Orestes Aguilar.² Resultado: la estatua de bronce va dejando asomar al hombre de carne y hueso.

Ahora bien, ¿por qué abordar el tema del pensamiento político de Vasconcelos en aquella revista? Por varias razones.

Primero, porque se trata de un terreno poco explorado. Como dije, no muchos autores se han ocupado del caso como para escribir un artículo, ya no digamos un libro. Aun no se ha dicho todo y quiero poner mi grano de arena. Sobre *Timón* podrían escribirse auténticos tratados. No obstante, mi ambición tiene por límite los artículos de Vasconcelos. Quizá alguien piense que no son importantes y que no encontramos en ellos las “grandes” reflexiones que nos permitan ubicar a su autor en la categoría de pensadores políticos. Sin embargo, esta manera de pensar no conduce más que a dejar fuera la revista, confinándola al olvido en el gris estante de una sala; acaso a verla de lejos, como quien tiene prisa. Pienso distinto: la revista es importante y los artículos de Vasconcelos publicados en ella son sólo algunas de las tantas piezas que forman un interesante rompecabezas: el de su pensamiento político. En ellos podemos encontrar ciertas preocupaciones, frustraciones y aspiraciones que “El Maestro” tenía con respecto a lo político.

Segundo, porque los escasos trabajos que existen sobre la revista *Timón* mutilan el pensamiento de Vasconcelos, es decir, lo reducen a ciertos párrafos de unos cuantos artículos, sobre todo el de “La inteligencia se impone” y el de “La expectativa”. En general se suelen citar estos dos escritos cuando la revista contiene otros treinta del mismo autor. Tal vez no todos sean iguales en importancia. Aunque no faltan los que ven motivaciones políticas detrás de ellos, artículos como “Rousseau, maestro” y “Nos rige el Apocalipsis” son más filosóficos, carentes de aquellas reflexiones que tienen por objeto fenómenos políticos. Sus ideas filosóficas podrán interesar a otros, a mí me interesan las políticas. Son éstas y no

² Véase Alejandro Rosas, *Mitos de la Historia Mexicana: De Hidalgo a Zedillo*, México, Planeta, 2006, p. 55-69; Francisco Martín Moreno, *Arrebatos carnales*, México, Planeta, 2009, p. 283-355; y Héctor Orestes Aguilar, “Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos”, en *Istor*, núm. 30, año VIII, México, CIDE, otoño del 2007, p. 148-157. http://www.istor.cide.edu/archivos/num_30/coincidencias.pdf

aquéllas las que han causado revuelo, y sobre éstas quiero hablar. Algunos pensarán que los dos más citados son los más importantes y que su valor estriba en mostrar la otra cara de la luna, es decir, aquella faceta de Vasconcelos que muy pocos conocen: la del propagandista de Hitler, totalmente distinta de la de aquel demócrata seguidor de Madero. Lo entiendo. Yo fui quien insistió en dar a conocerlo. Pero los demás escritos contienen múltiples ideas, todas ellas interesantes y dignas de tomar en cuenta; en ellos opina sobre diversos asuntos políticos, no sólo sobre la guerra o sobre Hitler. Cualquiera dirá que Bar-Lewaw los menciona todos y hasta los comenta. Sí, pero los resume demasiado. Se debería profundizar más. Es necesario detenerse en cada párrafo de cada texto, reconocer lo importante y tratar de encontrar algunas respuestas: lo que dijo y quiso decir el autor, lo que entendía por ciertos conceptos empleados en su discurso y cuáles eran sus objetivos. Ojo: de ninguna manera subestimo lo hecho por Bar-Lewaw. Al contrario: su trabajo fue la llave que abrió las puertas de un campo que me pareció fascinante: el de las ideas políticas de Vasconcelos.

Por último, porque estoy en desacuerdo con autores como Bar-Lewaw, Alejandro Rosas, Francisco Martín Moreno y Orestes Aguilar. Según ellos, el escritor mexicano era nazi. Objeción: Vasconcelos no era nazi. Hizo propaganda para favorecer la imagen de Alemania y de su dirigente, pero esto no significa que se haya despojado de su manto democrático. Quienes piensan lo contrario señalan un par de artículos, sin fijarse en los demás. Se parecen a los personajes de la vieja fábula “Los ciegos y el elefante”, pues cada uno describe al animal según la parte que toca: quien tiente una oreja se figura un abanico, quien palpa la trompa recuerda una serpiente, quien siente un colmillo se imagina una lanza y así por el estilo. No advierten que para conocerlo bien hay que conocer todas sus partes. Por eso examiné todos y cada uno de sus artículos. El haberlo hecho me permitió encontrar las huellas de un verdadero demócrata, defensor del mestizaje y de valores democráticos elementales. Vasconcelos no abandonó la democracia. Tampoco tienen razón quienes afirman que en *Timón* aplaudió la persecución de judíos, creyendo notar en “El Maestro” una lamentable conversión que va del mestizofilo al antisemita de esvástica.³ Y a las versiones que hacen de Vasconcelos un mexicano al servicio de causas ajenas opongo la mía: la de uno que cree que el oaxaqueño, con la firme convicción de estar sirviendo a su país, aceptó el patrocinio de unos cuantos alemanes. Así lo veo yo: en aquellos tiempos difíciles, él pensaba que el futuro de México dependía, no tanto de una contienda electoral como la que se estaba desarrollando dentro del país, sino de un conflicto de mayores proporciones cuya solución se confiaba a las armas al otro lado del

³ En su más amplia connotación, la mestizofilia puede definirse como la idea de que el mestizaje, es decir, la mezcla de razas y/o culturas, es un hecho positivo. Véase Agustín F. Basave Benítez, *México mestizo: Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992, p. 13.

Atlántico entre Estados europeos; imaginó los futuros posibles y concluyó que el mejor para México sería el que fuera resultado de una victoria de Alemania sobre Inglaterra y Francia; en el fondo, deseaba que la soberanía de México saliera ganando. Nada de esto me parece condenable.

Una aclaración: de los treintaidós artículos atribuibles a nuestro pensador, sólo dieciséis están firmados. ¿Qué hay de los otros dieciséis? Yo sostengo que son suyos, aunque no lleven su rúbrica. Se trata –por decirlo así– de editoriales escritos con tinta negra, pero firmados con tinta invisible. Palabras, temas abordados y otros detalles parecen indicar que Vasconcelos es su autor.

EDITORIALES FIRMADOS CON TINTA INVISIBLE

Desde puntos de partida diferentes, y no obstante el desarrollo espontáneo de cada tema, se va manteniendo una unidad interior que procede, según se advierte enseguida, del temperamento del que escribe. Si la unidad así lograda es patente, se dice entonces que tiene personalidad el escritor. Y la unidad de que carecen los temas viene a dámosla el coeficiente emocional, el tipo de juicio y de opinión que cada autor representa.

JOSÉ VASCONCELOS, *¿Qué es la Revolución?*

Vasconcelos es, de acuerdo con José Joaquín Blanco, un personaje complejo y dinámico que escapa a la definición y se inserta en el terreno de la contradicción y la polémica. No por nada las innumerables páginas que se han escrito sobre él despliegan las más variadas versiones.⁴

Es normal que así sea, pues si el mundo es rico en paisajes como los que miraron sus ojos de viajero empedernido, su corazón también fue capaz de albergar las más diversas emociones. De sus escritos emergen tendencias tan opuestas como amor y odio, soberbia y humildad, orgullo y amargura, elogio y vituperio. Autor de variados contrastes, sigue suscitando demasiadas cosas entre sus lectores aunque pasen los años. Fue, como la generalidad de los hombres, un ser multifacético.

A pesar de todo, hay ciertos rasgos que hacen del “Maestro” un pensador singular, como las palabras de las que echaba mano para describir y juzgar lo que miraban sus ojos. En los editoriales anónimos de *Timón* podemos encontrar muchas de ellas. Quizá no haga falta ser un detective del lenguaje para que dichos vocablos se revelen como huellas que sólo él pudo haber dejado sobre la superficie de papel. Basta haber leído varias de sus obras lo suficiente como para haberse familiarizado con su lenguaje y sus ideas.

Hasta la fecha, quizá el único en explorar con rigor las páginas del último experimento publicitario de Vasconcelos ha sido Itzhak Bar-Lewaw Mulstock. Este crítico judío nacido en Polonia decía no tener noticia de la existencia de *Timón* al publicar los volúmenes *Introducción crítico-biográfica a José Vasconcelos* y *José Vasconcelos. Vida y obra*, en los años 1965 y 1966, respectivamente. Fue hasta después, en 1970, cuando una pista lo llevó a buscar –por cielo, mar y tierra– la información de la que sería fruto un libro editado en 1971, no muy asequible en la actualidad: *La revista “Timón” y José Vasconcelos*.

Bar-Lewaw reprodujo en su libro los artículos más importantes de la revista, y al tomar en cuenta el contenido los dividió como sigue: los editoriales; los artículos firmados por Vasconcelos; artículos anti-Aliados (contra Inglaterra,

⁴ Véase José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos: Una evocación crítica*, México, FCE, 1977, p. 9, 212-213.

Francia, Polonia y tibiamente contra Estados Unidos); artículos anti-judíos; y artículos pro nazis.

Sólo el editorial del número cuatro, titulado “El fulgor en la tiniebla”, está firmado por el director de la revista; todos los demás son anónimos. Sin embargo, el polaco reconoció expresiones que invitan a pensar en Vasconcelos como el autor indudable de aquellos artículos editoriales: saltan a la vista términos usados frecuentemente en la vasta obra vasconceliana, como “poinsetismo”, “monroísmo”, “gobiernos masónicos” e “influencia anglosajona”.

No fue él el primero en reconocer el sello de sus ideas. Al buscar entre los diarios más prestigiados de México en 1940, encontró en el *Excélsior* del 7 de marzo un artículo de Fernando Castellanos quien, además de prever el fracaso de Vasconcelos al frente de su semanario, se refirió a “‘Timón’ se define”, “El Banco Panamericano”, “La angustia fecunda” y “La institución de la mordida” como “los artículos del Maestro”. Un ojo atento notará que los dos últimos, en efecto, están firmados por el oaxaqueño, pero no los dos primeros. ¿No es curioso?, ¿quién le dijo a Castellanos que eran del “Maestro”?

En su *José Vasconcelos*, Alfonso Taracena escribió que “lo único edificante” dicho por su biografiado en esa “revista tonta” fue:

“Un desenlace que otorgara la victoria a los aliados, sería la peor calamidad para los habitantes de este continente. SIMPLEMENTE NOS SUMIRÍA EN UN COLONIAJE ODIOSO Y ESCLAVIZANTE”.⁵

Jamás encontré dicho fragmento en mi cuidadosa lectura de *Timón*. Lo que vi es una idea con palabras parecidas –no las mismas– a las evocadas por el escritor tabasqueño:

“Un desenlace que otorgase la victoria a las democracias, que esta suerte acechan la ocasión de asegurarse el monopolio en la América española, nos dejaría sometidos a un coloniaje mil veces peor que el coloniaje de España”.⁶

De todos modos, llama la atención que haya atribuido aquellas palabras a Vasconcelos, semejantes a las que aparecieron en el editorial del segundo número sin la firma de su autor.

Claude Fell, en su edición crítica del *Ulises criollo*, anexó una hemerografía de Vasconcelos que, como él mismo reconoce, dista mucho de ser exhaustiva, pues además de faltarle referencias de artículos de la segunda *Antorcha* y de artículos publicados en diarios y revistas españoles, colombianos, chilenos y argentinos, le faltaron fichas de artículos que Vasconcelos escribió para *Timón*. Pero lo que llama la atención es que el coordinador francés haya hecho algo que no hizo el pionero Carlos J. Sierra en su hemerografía: incluir editoriales anónimos de *Timón*. Es

⁵ Alfonso Taracena, *José Vasconcelos*, México, Porrúa, 1982, p. 129.

⁶ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *La revista “Timón” y José Vasconcelos*, México, Edimex, 1971, p. 74.

inevitable que cualquiera se pregunte: ¿Quién le dijo que son de Vasconcelos? Quién sabe, pero él da por hecho que son del “Maestro”.⁷

Otros autores que advierten la pluma de Vasconcelos en los editoriales son los historiadores Alejandro Rosas y Francisco Martín Moreno.

Por mi parte, noto en los editoriales dardos lanzados contra personajes a los que Vasconcelos había fustigado en las páginas de su *Breve Historia de México*: el rey español Carlos III; Lorenzo de Zavala, a quien tildaba de traidor hasta el cansancio; los políticos liberales Valentín Gómez Farías y Benito Juárez; y los Presidentes Venustiano Carranza y Plutarco Elías Calles.⁸

Las minucias también importan. Es por eso que, además de los términos identificados por Bar-Lewaw, tengo en cuenta uno rarísimo pero típico de Vasconcelos: “pretorianismo”.

Y además de las ideas, lo que más me convence de un Vasconcelos oculto bajo unos editoriales sin firma es un par de palabras con que me he topado en numerosas ocasiones al leer sus textos: “entre nosotros”, las cuales utilizaba con frecuencia para referirse a la situación mexicana.

En fin, todas estas observaciones constituyen la base sobre la que me apoyo para afirmar que los editoriales son obra de su pluma. De ahí que un examen de su pensamiento político me lleve a no dejarlos fuera.

⁷ Véase Carlos J. Sierra, *José Vasconcelos: hemerografía, 1911-1959*, México, Sobretiro del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, núm. 311, 15 de enero de 1965, p. 114; así como la hemerografía establecida por Claude Fell en José Vasconcelos, *Ulises criollo*, ed. crítica y coord. Claude Fell, Francia, ALLCA XX, 2000, p. 1083-1131.

⁸ Examinemos un caso concreto: el del tercer editorial, titulado “Nuevo desastre ferrocarrilero. Inepcia y caos”. En él, se relata el caso de un maquinista que, a pesar de haber sido culpable de un choque en el que trece personas perdieron la vida, no estaba preso ni desempleado, sino libre y al frente de un tren, en condiciones de repetir su “hazaña”. Para el autor, el caso no era raro, pues muchos asesinos andaban sueltos después de una farsa de averiguación y las masacres eran el pan de cada día entre los obreros y entre los sinarquistas que eran la cabeza de turco de las autoridades del Bajío; además, a los mexicanos les faltaba carácter para castigar los abusos cotidianos. Después de la tragedia, no hubo nadie que auxiliara heridos y atendiera moribundos. Al contrario: sobre los pasajeros cayó una calamidad todavía mayor: el saqueo. ¿Cómo se explicó el autor que los bandoleros llegaran al sitio de la catástrofe antes que la fuerza pública? De la siguiente manera: “La fuerza pública entre nosotros desde los tiempos del nefasto Carlos Tercero, atiende primero a la política, después a la seguridad...”. Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 77. Era típico de Vasconcelos atacar a Carlos III por diversas razones, entre ellas la expulsión de los jesuitas en 1767. Según él, el efecto de la expulsión fue desastroso para las colonias españolas y ventajoso para Inglaterra y Estados Unidos. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, México, Trillas, 1998, p. 178-179.

SEMBLANZA DEL HOMBRE POLÉMICO

Acogido al umbral de mi puerta, frente a la calle arenosa, todavía sin pavimento, pero ya de bombilla eléctrica en lo alto de un poste, recapacitaba una noche sobre mi saber y al consumir el recuento de los libros leídos pensaba: ningún niño en los dos pueblos ha leído tanto como yo. Tal vez entre los niños de la capital habría alguno que hubiese leído igual, pero de todas maneras era evidente que estaba yo llamado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y a quien se sigue.

JOSÉ VASCONCELOS, *Ulises criollo*

Hay quienes piensan que para reconstruir el pensamiento político es necesario ubicar el contexto histórico en el que el autor escribe, pues el texto político está condicionado por la época en la que surge; pero también hay quienes piensan que para entender a un hombre al que vemos en sus manifestaciones adultas debemos mirar hacia atrás, hacia su pasado.⁹ Algo similar pienso del Vasconcelos que escribió en *Timón*: existen aspectos de su pensamiento que sólo se comprenderán si hacemos una revisión de las condiciones que lo llevaron a plasmar sus ideas tal y como lo hizo.

¿Cuáles son esas condiciones? Las marejadas y los torbellinos de aquella época, es decir, el agitado mundo de finales de los años treinta y principios del cuarenta, los acontecimientos bélicos europeos que captaron su atención por encima de las disputas inmediatas de la política mexicana; pero también las vivencias que influyeron en su manera de ver el mundo desde que vino a él, los acontecimientos históricos que se habían operado ante sus ojos y, de sus obras, aquéllas en que se vislumbran los gérmenes de las ideas que han escandalizado a Bar-Lewaw y compañía.

Sin pretensiones de erudito me limito a trazar, desde un punto de vista personal y discutible, una breve semblanza del hombre polémico que fue Vasconcelos hasta 1940. Ojo: no pretendo comprender al personaje que seguía preparando libros en el ocaso de su vida, sino al director de *Timón*. Por lo tanto, detendré mi relato en el punto en que tuvo lugar la participación del “Maestro” al frente de su ya mencionado semanario.

José Vasconcelos nació en Oaxaca, el 27 de febrero de 1882. Su padre fue un empleado de aduanas y la familia tuvo que trasladarse de un lugar a otro del país. Sus primeros recuerdos emergen en las desérticas tierras del norte de México, en la frontera con Estados Unidos. De acuerdo con Fabián Acosta Rico, el odio de Vasconcelos a los estadounidenses no era gratuito; recuerdos de su infancia,

⁹ Véase César Cansino, *Historia de las ideas políticas. Fundamentos filosóficos y dilemas metodológicos*, México, Centro de Estudios de Política Comparada, 1998, p. 103-110; y Enrique Suárez-Íñiguez, *De los clásicos políticos*, 3ª ed., México, UNAM-FCPyS/Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 200-201.

narrados en su *Ulises criollo*, le daban razones para desconfiar de la conquistadora República del Norte, como la expulsión de que fue víctima junto con todos los habitantes de Sásabe, en Sonora, por parte de la comisión norteamericana de límites: los yanquis decidieron anexar el pequeño campamento a su territorio, lo reclamaron y el desalojo se consumó sin resistencia alguna del gobierno mexicano.¹⁰

Más tarde, la vida fronteriza siguió dándole muestras de enconadas rivalidades entre gringos y mexicanos. Aunque el niño Vasconcelos convivió con yanquis, no siempre lo hizo de manera cordial. Durante su estancia en Piedras Negras, su padre lo inscribió en una escuela del otro lado, en el pueblo vecino de Eagle Pass. Allí se vio involucrado en reyertas con algunos de sus compañeros, pues la historia de Texas –su independencia y la guerra del cuarenta y siete– dividía la clase en campos rivales, encendía las pasiones y originaba disputas a la hora del recreo, a la hora de la salida. Le irritaba cuando alguno decía que cien yanquis podían hacer correr a mil mexicanos; por eso él rebatía; cuando no bastaban las palabras intercambiaba puñetazos, arañazos y patadas al término de las lecciones.

Pero si hablamos de influencias determinantes, quizá la de mayor peso durante su infancia fue la de su madre. Aquella figura benéfica y protectora, de la cual se sentía prolongación física, sembró en su corazón la semilla del cristianismo, religión profesada por Vasconcelos a lo largo de su vida y considerada por él como factor de unión entre los mexicanos. En el lejano Sásabe, expuestos a las invasiones apaches, su madre le había encomendado una misión suprema en caso de que los salvajes lo llevaran consigo: servir a sus raptos, aprender su lengua y revelarles la doctrina de Cristo, quizá de la misma manera en que lo hicieron los españoles entre los indios en algún pasaje de la Historia de México que el niño leyó un poco más tarde.

Esto nos lleva al otro papel desempeñado por la madre: al de formadora de un hijo lector. No es absurdo pensar que leyendo ante sus ojos, asignándole textos y comentándolos fue como despertó en él un amor sincero por los libros. A los diez años, *Pepe* no sólo leía por cuenta propia todos los libros hallados a mano en su casa de Piedras Negras, sino que devoraba los que le daban en su escuela de Eagle Pass. Una noche, al consumir el recuento de libros leídos, el pequeño creyó ser el mayor lector de su edad en ambos pueblos y vislumbró para sí un futuro luminoso: el de uno a quien se consulta, capaz de manejar ideas y servir de guía.

En la escuela texana le ampliaban cada año el cúmulo de clásicos ingleses y norteamericanos y él era capaz de leer poemas en dos idiomas. Con el fin de proteger a su vástago contra la absorción de una cultura extraña, sus padres acentuaron el propósito de familiarizarlo con las cosas de su nación, poniendo en

¹⁰ Véase Fabián Acosta Rico, *El pensamiento político de José Vasconcelos*, México, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2004, p. 10.

sus manos obras como el *México a través de los siglos*, los Atlas de García Cubas y la poesía de Juan de Dios Peza.

Pero su madre no se limitó a forjar un lector; también le indicó una meta más alta. Tras el fracaso en un concurso de oratoria, le dio una solución consoladora pero, según ella, de mayor valor: la de ser escritor.

Después, el destino lo llevó del pueblo fronterizo al centro del país, pasando por ciudades como Toluca y Campeche, en las cuales estudió. Sin embargo, fue en la capital mexicana donde concluyó sus accidentados estudios. En 1898 ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria. De ahí pasó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia y en 1905 obtuvo el título de abogado con la tesis *Teoría dinámica del Derecho*.

En 1909 fue miembro fundador del Ateneo de la Juventud, grupo formado por un cúmulo de intelectuales como Alfonso Reyes, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Jesús Acevedo y Enrique González Martínez. En su seno se organizaban lecturas, conferencias y discusiones de temas filosóficos; asimismo, se libraba una batalla contra el positivismo, corriente con la que los ideólogos de la dictadura –conocidos como “los científicos”– justificaban la permanencia de Porfirio Díaz en el poder.

Por aquellos días conoció a Madero, quien en su libro *La sucesión presidencial* había planteado la necesidad de incorporar a México al régimen de la democracia. Económicamente, la situación del joven abogado era buena: casa propia y entradas crecientes. Jugándolo todo a la carta de la libertad, abrazó la causa maderista. Ése fue el inicio de lo que Javier Garciadiego llamaría “la politización del filósofo”.¹¹ Madero promovió la creación de un partido político y le encargó a Vasconcelos la dirección de *El Antirreeleccionista*, semanario que serviría como espacio para vaciar todo el encono contra el régimen.

Cuando Don Porfirio se reeligió, Madero estaba en prisión. Desde allí redactó el *Plan de San Luis*, dado a conocer una vez que estuvo a salvo en la Unión Americana. Según Vasconcelos, algunos de los lineamientos fueron el respeto al sufragio, la no reelección presidencial y la libertad de prensa; asimismo, convocó al pueblo a levantarse en armas. Entonces estalló la Revolución Mexicana el 20 de noviembre de 1910. La violencia se desató hasta las puertas de la casa del dictador, quien presentó su renuncia y huyó del país. Francisco León de la Barra fungió como Presidente Interino y convocó a unas elecciones que ganó Madero en 1911.¹²

La gestión presidencial de Madero terminó pronto, pues en 1913 entró en escena el general Victoriano Huerta quien, apoyado por el embajador estadounidense Henry Lane Wilson, puso fin a la vida del hombre que, según Vasconcelos, entró limpio a la Historia de México.

¹¹ Véase Javier Garciadiego, “Tres asedios a Vasconcelos”, en: José Vasconcelos, *Ulises criollo*, op. cit., p. 617-622.

¹² Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 320-321; y José Vasconcelos, *Ulises criollo*, op. cit., p. 410-411.

La protesta armada no se hizo esperar y Vasconcelos aplaudió el derrocamiento del tirano por Venustiano Carranza. Sin embargo, no le perdonó la falta de un programa preciso, el deseo de prolongar su mandato una vez triunfante y el ejercicio del poder. A su juicio, se constituyó en un nuevo dictador.

En 1914, Vasconcelos anduvo metido en la Convención de Aguascalientes, redactó un documento donde declaraba que dicha Convención era soberana y fue nombrado Ministro de Educación Pública por Eulalio Gutiérrez quien, a su vez, había sido nombrado Presidente Provisional por la misma Convención.

Poco le duró el gusto, pues los acuerdos de la Convención fueron desconocidos por Carranza, se desató una guerra de todos contra todos y tuvo que ponerse a salvo fuera del país. Apeló a Washington, pero sus ilusiones quedaron enterradas en octubre de 1915, pues el presidente Woodrow Wilson le concedió su reconocimiento al gobierno de Carranza y Vasconcelos optó por alejarse de la política para consagrarse a la vida intelectual.¹³

Alejado de la palestra y recluido en su torre de marfil, terminó en 1919 los *Estudios Indostánicos*. Hay en ellos una idea que conviene resaltar: que sólo las razas mestizas son capaces de hacer grandes cosas. Sus modelos: Grecia, la India, Italia y España.

A la muerte de Carranza, regresó al país y publicó en 1920 una recopilación de artículos, bajo un inclemente título: *La caída de Carranza. De la dictadura a la libertad*.

En junio de 1920, le fue confiada por el Presidente Interino Adolfo de la Huerta la rectoría de la Universidad Nacional de México. Después de sus viajes a la provincia para promover la creación de un ministerio federal de educación pública, el Congreso de la Unión aprobó la reforma constitucional para crear la Secretaría de Educación Pública, de la cual Vasconcelos estuvo al frente por nombramiento del Presidente Álvaro Obregón en octubre de 1921.

Al pasar por la Universidad y por el Ministerio, Vasconcelos dejó huellas imborrables. Su obra educativa destacó entre las ruinas que dejaron los violentos episodios de la Revolución. El ramo educativo consiguió presupuestos nunca antes vistos; hizo posible que, tras la lluvia de las balas, brotaran como hongos escuelas y bibliotecas a lo largo y ancho del país; formó un ejército de valerosos maestros; lanzó una campaña contra el analfabetismo; trató de asimilar al indio a la nación a través de un sistema escolar nacional; emprendió la publicación masiva de los *Clásicos*, inspirado por el ejemplo del comisario de instrucción ruso Lunacharsky; editó la revista *El Maestro*... En pocas palabras, realizó un esfuerzo serio para educar al país. Hasta donde sé, no hay alguno que no se lo reconozca. Él mismo fundó su orgullo en su labor educativa, considerándola como la más ilustre del

¹³ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 321-346; y José Joaquín Blanco, op. cit., p. 53-67.

continente desde la época de los misioneros católicos. Para mí, no es osado pensar que con estas credenciales las puertas de la posteridad le fueron abiertas de par en par.¹⁴

Sin embargo, otras puertas le fueron cerradas a quien había sido nombrado “Maestro de la Juventud” por distintas delegaciones estudiantiles de Colombia, Argentina, Panamá y Perú después de un viaje por el Cono Sur. A Obregón se debió –aunque sólo en parte– su fracasado intento por aspirar a la gubernatura de Oaxaca, luego de renunciar a la Secretaría de Educación en julio de 1924. Meses después editó *La Antorcha*, fustigando en sus páginas los actos del gobierno.

En diciembre de 1924, asumió la Presidencia de la República el general Plutarco Elías Calles, cuyo gobierno recibiría, por años y en numerosos escritos, las más enconadas flechas de Vasconcelos. Se puede decir que para él, Calles fue un producto del azar, simple basura que el vendaval revolucionario levantó del suelo. No le reconoció méritos ni lo vio como “Jefe Máximo”, sino como títere en manos del embajador norteamericano Dwight Morrow y como fiel seguidor del poinsetismo, programa favorable a los intereses de los estadounidenses.

En 1925, Vasconcelos anduvo por Europa y publicó en Barcelona una de sus obras más conocidas: *La raza cósmica*. En ella, el filósofo aplaudió la mezcla de razas y la concibió como una tendencia que habría de formar una raza nueva, superior y definitiva: la quinta raza o raza cósmica, hecha con el genio y con la sangre de las otras cuatro: la blanca, la negra, la roja y la amarilla. Curiosamente, su libro salió de la imprenta mientras Hitler –futuro dictador de Alemania– escribía *Mein Kampf (Mi lucha)*, defendía la pureza de la raza aria y veía en el mestizaje el pecado supremo contra la voluntad racista del Creador.¹⁵

En 1926 viajó a Puerto Rico para dar una serie de siete conferencias, mismas que serían reunidas y publicadas ese mismo año en su libro *Indología: Una interpretación de la cultura iberoamericana*.

Hasta 1928 vivió fuera de México. Estaba en algún lugar de los Estados Unidos cuando se enteró del asesinato de Obregón, Presidente Electo, en julio de aquel año. En diciembre fue designado Presidente Provisional Emilio Portes Gil, el primero de los que Vasconcelos conocería como “Presidentes peleles” por estar sometidos a la voluntad “máxima” de Calles. Los otros serían Pascual Ortiz Rubio, Abelardo L. Rodríguez y, en un primer momento, Lázaro Cárdenas.

Por creer que cumplía con un deber civil, Vasconcelos aceptó cierta invitación para adherirse al Partido Nacional Antirreeleccionista, cruzó la frontera e inició en el norte una campaña que lo catapultara, para el año siguiente, a la

¹⁴ Para un estudio del papel educativo del “Maestro” véase Claude Fell, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925): educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, UNAM, 1989, 742 p.

¹⁵ Para un resumen del libro de Hitler véase Jean-Jacques Chevallier, *Los grandes textos políticos: Desde Maquiavelo a nuestros días*, 7ª ed., Madrid, Aguilar, 1981, p. 368-400.

Presidencia de la República. Estaba convencido de que el poder debía estar en manos de los mejores, en civiles ilustrados que retomaran el programa inicial de la Revolución y pusieran fin a la barbarie, al festín de Huichilobos, a la cena de caníbales en que habían convertido la Revolución los líderes triunfantes. Platón, Madero y Quetzalcóatl en un solo saco. Su candidatura fue respaldada dentro y fuera del país y no era para menos, pues con su brillante actuación como ministro se había ganado una fama que rebasó fronteras y se propagó por el continente. Reunió multitudes a su paso por ciudades y aldeas, pronunció discursos, prometió cambios, alentó esperanzas y generó entusiasmo. Democracia, educación, bolivarismo y otros temas campearon en su lenguaje. Prometió acabar con la subordinación a los Estados Unidos y denunció cierto traspaso de bienes nacionales al extranjero. Dijo lo que quiso con facilidad y decisión hasta el final de su campaña, con un alto costo: las vidas de muchos de sus seguidores, víctimas de la represión, como el joven estudiante Germán del Campo.

El 17 de noviembre de 1929, día de la elección, diarios neoyorquinos publicaron los resultados horas antes de que en México fuera cerrada la votación. Las cifras dieron el triunfo al candidato oficial Ortiz Rubio, y a Vasconcelos menos votos que gente reunida en sus mítines. Se creyó víctima de un escandaloso fraude y en diciembre lanzó el *Plan de Guaymas*, en el cual se declaró Presidente Electo y llamó al pueblo a tomar las armas para hacer respetar la voluntad que le había sido defraudada en los comicios. Unas turbias elecciones le arrebataron la Presidencia, no hubo rebelión y al caer de tan alto Vasconcelos sufrió el peor de sus descalabros políticos.

Cruzó la frontera norte, pero la influencia callista extendió sus tentáculos y Vasconcelos se vio obligado a dejar los Estados Unidos para continuar, inútilmente, su prédica rebelde en Sudamérica.¹⁶

En relación con Vasconcelos, varios autores han señalado los acontecimientos de 1929 como los causantes de sus escupitajos a la política y al pueblo mexicanos; se piensa que por ellos abandonó sus convicciones democráticas hasta llegar a simpatizar con algunos dictadores, entre ellos Hitler y Mussolini. Asimismo, se ha visto en aquel año una ruptura entre dos Vasconcelos irreconciliables. El primero ha sido recordado como guía y maestro. El segundo como fracasado, rencoroso y decepcionante intelectual y político. Sin embargo, al segundo, al detestable y atrabiliario debemos más de una veintena de libros, un sinnúmero de artículos periodísticos y memorables páginas como las que componen su autobiografía.

De 1931 a 1932 editó en París y en Madrid la segunda época de *La Antorcha*, donde arremetió con mayor furia contra la política y el gobierno mexicanos.

¹⁶ Para un estudio sobre la candidatura de Vasconcelos véase John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1982, 244 p.

En 1934 publicó en Santiago de Chile *Bolivarismo y monroísmo*, libro señalado por Christopher Domínguez Michael como antecedente del episodio nazi-fascista de *Timón*.¹⁷ Vasconcelos hizo una distinción entre los dos ideales con que tituló su libro y estuvo a favor del primero, pues en lugar de ver a las naciones hispánicas de América incorporadas al imperio del Norte, prefería verlas unidas en una federación. A su juicio, la raza no era cosa del pasado, algo que estuviera bien muerto, sino una noción vigente, una realidad más viva que nunca y que en países europeos y en Estados Unidos determinaba el lugar de cada quién en la pirámide social. Proclamarse internacionalistas, es decir, andar por el mundo creyendo que no había razas era peligroso. Europeos y yanquis eran racistas en todas partes y había que defenderse contra las agresiones de los fuertes. Por eso insistió en la unidad racial de Hispanoamérica. Dicha unidad no sería sinónimo de puertas cerradas, pues el autor de *La raza cósmica* seguía prefiriendo el mestizaje de puertas abiertas en lugar de los valladares del racismo.

En diciembre de 1934, asumió la Presidencia de la República el general Lázaro Cárdenas quien, a los ojos de Vasconcelos, había sido poseedor del único mérito que hizo posible su elección: una lealtad sin reservas a Calles.

En 1935 la casa Botas editó el *Ulises criollo*, primer tomo autobiográfico que alcanzaría espectaculares tirajes y daría al autor un lugar en el campo de las letras mexicanas por su reconocida calidad.

Ese mismo año, Vasconcelos publicó en Madrid su libro *De Robinsón a Odiseo*, en el cual se explica la manera en que procedió el filósofo cuando el destino puso en sus manos, allá por los años veinte, la misión de educar a un pueblo.

Al *Ulises criollo* le siguió *La Tormenta* en 1936. Ese año apareció también *¿Qué es el comunismo?*, libro en el cual Vasconcelos se ocupó del conflicto español, de la guerra civil que en aquel entonces comenzaba a desgarrar las entrañas de la Madre Patria. Asqueado por las tendencias comunistas del gobierno del Frente Popular, depositó sus esperanzas en un triunfo del ejército rebelde. Deseaba que hombres honrados y patriotas tomaran el mando y elevaran a España a la categoría de gran potencia, como lo había hecho Mussolini con Italia en unos cuantos años. ¿Síntomas de fascismo? No, si se tiene en cuenta que, para Vasconcelos, comunismo y fascismo eran resultados nefastos de la revolución rusa, ambos desconocían las conquistas democráticas y oprimían al individuo. ¿Anticomunismo? Sí. A su juicio, privar al obrero de sus derechos más fundamentales en la Rusia de Stalin echaba por tierra la tesis de dar el poder al proletariado. Y a las figuras de Marx y de Lenin opuso la de Cristo quien, lejos de predicar odios de clases, anunció el amor de todas las gentes.

¹⁷ Véase Christopher Domínguez Michael, *Tiros en el concierto: literatura mexicana del siglo V*, México, Era, 1997, p. 179.

Ese mismo año y para sorpresa de Vasconcelos, Calles “el hombre fuerte”, el general que hacía y deshacía Presidentes, después de haber sido acusado como traidor a la causa obrera, fue capturado y desterrado a los Estados Unidos por órdenes del Presidente Cárdenas.

En 1937 salió a la luz pública una de sus obras más controvertidas: se trata de la *Breve Historia de México*. Al parecer, su objetivo era quitar la venda de los ojos al público emborrachado con las mentiras de la Historia que el gobierno mexicano promovía desde las aulas escolares. Comenzó con la epopeya del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo por los españoles. Al consumarse la conquista, quedó preparado el terreno para una obra mucho más valiosa que el México precortesiano. Según él, España nos dio lengua, religión, arte y técnica que nos pusieron muy pronto al mismo nivel de Europa. Durante la Colonia, fuimos parte de un imperio más extenso que el romano y estuvimos a salvo de los anglosajones. Y a diferencia del método genocida seguido por el inglés en las tierras de Norteamérica, la colonización española creó un mestizaje que valía la pena continuar. Después de la independencia, se fue perdiendo la grandeza heredada de los peninsulares. Al desprenderse de España, las nuevas naciones quedaron a merced de ingleses y norteamericanos. México sufrió una vergonzosa mutilación territorial tras la guerra con Estados Unidos y padeció largos periodos presididos por gobernantes ineptos. Los únicos personajes que se ganaron su respeto fueron Hernán Cortés, algunos virreyes, los misioneros católicos de la Colonia, Lucas Alamán, Francisco I. Madero y Eulalio Gutiérrez. No llamó a Hidalgo “Padre de la Patria” ni creyó a Juárez merecedor de tanta estatua por haber ofrecido la piel de la nación a la garra del yanqui. En cambio, pidió un monumento para el burro que introdujo la conquista española por haber ofrecido su lomo paciente en beneficio del indio que servía como medio de transporte.

También fue publicada, bajo el título de *¿Qué es la Revolución?*, una recopilación de artículos suyos. Varios de ellos habían aparecido en la revista *Hoy*, entre febrero y julio de 1937. Fueron muchos los tópicos de los que habló el autor: los Congresos Panamericanos de los últimos años, el pensamiento antimarxista de ciertos intelectuales españoles, una definición del término “Revolución”, notas de viaje por ciudades norteamericanas, recuerdos amenos del pasado campechano, las ventajas de saber sonreír, etc. A pesar de la variedad temática, la gran mayoría de artículos da cuenta de su pensamiento político. Por escritos como “También Francia”, algunos autores le han puesto a Vasconcelos la negra camisa del fascismo, pues él, que había vociferado contra dictadores como Porfirio Díaz y el venezolano Juan Vicente Gómez, le atribuyó genialidad al italiano Mussolini. Y por textos como “México en 1950”, otros lo han ubicado entre los pensadores antisemitas, pues en él pintó un futuro negro: el entierro en suelo mexicano del pasado hispánico por influencias negativas, entre ellas la judía.

Con la reforma al artículo tercero constitucional, la educación socialista llevaba casi tres años de haber sido implantada en México. Como una reacción contra lo que fue considerado como un giro marxista del gobierno cardenista, a mediados de 1937 la región del Bajío vio nacer al sinarquismo, movimiento político que pugnaría por el establecimiento de un orden social cristiano.¹⁸

Asimismo, el rechazo al gobierno mexicano hizo posible, fuera del país, una escena que nadie hubiera imaginado: en un rancho de California, en los Estados Unidos, Calles el desterrado del cardenismo y Vasconcelos el desterrado del callismo se entrevistaron, hicieron a un lado sus hondas diferencias y planearon contra Cárdenas un golpe de Estado.¹⁹ No pasó nada y Vasconcelos, a pesar de todo, fue invitado por el Presidente a volver a su país. A fines de 1938 pisó tierra mexicana, se estableció en Hermosillo y puso fin al exilio más largo de su vida. Lejos de adular al mandatario por haber permitido su regreso, siguió haciendo de la crítica su actividad vital. Ni siquiera le aplaudió la expropiación petrolera de meses atrás. Podría decirse que en medio de la borrachera patriótica que hacía de Cárdenas un héroe comparable a Hidalgo, Vasconcelos se mantuvo sobrio.

Año 1938. Después de *La Tormenta* vino *El Desastre*. Mientras tanto, la tormenta de la guerra se avecinaba en Europa y el desastre parecía inevitable.

En 1939, Vasconcelos publicó *El Proconsulado* y se trasladó a la ciudad de México, donde colaboró con ásperos artículos para las revistas *Hoy y Todo*.

En agosto, Hitler y Stalin firmaron un pacto de no agresión, el pacto germano-soviético. Días después, el 1 de septiembre, la invasión a Polonia por Alemania fue el detonador de la más espantosa guerra que conocería el mundo. Inglaterra y Francia se enfrascaron en una encarnizada lucha contra Alemania.

Para 1940, la situación económica de México era preocupante, los lazos comerciales con Europa estaban rotos y el conflicto petrolero seguía sin resolverse, pues quedaba pendiente la indemnización, por parte del gobierno, a las expropiadas compañías.

En la prensa, las campañas electorales para suceder a Cárdenas en la silla presidencial se vieron eclipsadas ante la magnitud de los sucesos mundiales, a pesar de la reñida competencia entre los dos candidatos principales: los generales Manuel Ávila Camacho y Juan Andrew Almazán.²⁰

Según José Luis Ortiz Garza, con la guerra de sangre inició también la guerra de tinta. A pesar de la distancia, la guerra de propaganda libró sus primeras batallas en México.²¹

¹⁸ Véase Hugh Gerald Campbell, *La derecha radical en México*, México, SEP, 1976, p. 83-105.

¹⁹ Véase José Vasconcelos, *La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia*, México, INEHRM, 2003, p. 463-469.

²⁰ Véase Silvia González Marín, *Prensa y poder político: la elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana*, México, Siglo XXI/UNAM, 2006, p. 298-300.

²¹ Véase José Luis Ortiz Garza, *México en guerra*, México, Planeta, 1989, p. 17.

En este convulsionado panorama tuvo lugar la participación de Vasconcelos al frente de la revista germanófila *Timón*, al lado del gerente cubano César Calvo y con el patrocinio de Arthur Dietrich, agregado de prensa de la embajada alemana en México. En dicha publicación de variopinto contenido, el asunto palpitante no fue la cuestión electoral, sino la guerra europea y sus posibles efectos en el orden internacional.

EL FUTURO DE MÉXICO EN EUROPA

Un día lo encontré en la Biblioteca Nacional preocupado porque Mussolini había dejado desembarcar yanquis en un islote del Mediterráneo. Le dije que no se preocupara, que sólo se trataba de un islote habitado por cabras, a lo que él contestó: “Y las cabras encantadas porque desembarcaban c...”

ALFONSO TARACENA, *José Vasconcelos*

Para Vasconcelos, el fin de la Historia consistía en lograr la fusión de todos los pueblos y culturas. Con el descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo por españoles e ingleses –o latinos y sajones, para incluir por una parte a los portugueses y por otra a los holandeses– se dio un gran paso hacia la conformación de la quinta raza universal. Sin embargo, para el filósofo mexicano los modos de proceder de los conquistadores con las razas nativas fueron distintos en el norte y en el sur del continente: los sajones las destruyeron, mientras que los latinos las asimilaron. Todo esto se tradujo en una pugna de ideales: el que busca la supremacía del blanco contra el que aspira a la síntesis.

En un principio, el predominio latino en América fue indiscutible. Siglos más tarde, esta vasta región del mundo cayó en manos del bando contrario. La hegemonía latina resultó afectada por culpa del ingenuo emperador francés Napoleón I quien, al deshacerse de la Luisiana, hizo más fuertes a los enemigos de la causa que él debió representar al otro lado del mar.

Vasconcelos creyó que la adquisición de aquel territorio por los Estados Unidos fue el prelude de la conquista de Texas y California y que, de no haber sido por Bonaparte, los yanquis no se habrían adueñado del Pacífico ni se habrían convertido en los amos del continente.

Este ejemplo le sirvió a nuestro pensador para plantear, en las primeras páginas de *La raza cósmica*, una idea que siguió teniendo validez mientras estuvo al frente de *Timón*: además de los factores internos, las causas externas deciden el destino de los pueblos. Dicha idea se manifiesta si prestamos atención al contenido del semanario dirigido por él.

Si queremos un testimonio de lo que pudo haber causado el contenido del primer número, publicado el 22 de febrero de 1940, podemos remitirnos a un autor ya citado, Alfonso Taracena, para quien produjo decepción el hecho de encontrar, debajo del editorial, una tira cómica titulada “El placer de rascarse”; había páginas dedicadas al boxeo y a la “fiesta brava”, además de cierto espacio para deleitarse con las modas del “bello sexo” y un cuento anónimo llamado “La casa de los espantos”, el cual continuaría en el número del día 29. ¿Qué nos dice dicha

impresión? Lo que Bar-Lewaw observó y lo que cualquier lector de hoy puede notar en unas páginas algo amarillentas: que la temática de *Timón* es variada.

Si echamos un vistazo a varios ejemplares, podemos hallar noticias sobre cine alemán y de Hollywood; hay artículos de temas artísticos como “Hablando de ópera” de Carmen Monroy Niecke; otros son de índole religiosa como “El cristianismo en Japón”; algunos versan sobre historia patria como “Influencia de Hernando Cortés sobre la nacionalidad mexicana” de Luciano Alexanderson; hay textos de carácter científico como “Lo que realmente son los volcanes” del Dr. W. H. Parsons; y hasta podemos encontrar un interesante “Elogio del vino” del ex vasconcelista Jorge Fernández de Castro y un artículo sobre perros limosneros titulado “Ojos que imploran pan” de Enrique Monasterio. También hay caricaturas y crucigramas para reír y matar el tiempo y trozos de novelas como *La gitánilla* de Cervantes y *La puerta estrecha* de André Gide –joyas literarias en el lodazal del que Bar-Lewaw se asquea–.

Sin embargo, en todo este material no hay un solo asomo de aquella convicción de Vasconcelos ya mencionada, sino en los textos e imágenes que se ocupaban de asuntos políticos, en las páginas que informaban y daban opinión sobre los temas que estaban en la palestra.

Quien tenga en mente la sucesión presidencial mexicana de aquel año y quiera seguir el curso de las campañas políticas, perderá su tiempo si trata de encontrar información abundante, pues fue mezquino el espacio que *Timón* le dedicó al proceso electoral, a pesar de su indiscutible influencia en el porvenir del país. De hecho, en su columna “La semana en México” –o “La semana nacional”– la revista se ocupó en mayor grado de otros asuntos como el petrolero y el de los ferrocarriles.

Como ya se dijo, en materia política la atención recayó en otro fenómeno muy distinto al relativamente pacífico de las elecciones: me refiero a la guerra, específicamente a la que se estaba desarrollando en Europa y que más tarde sería conocida como la Segunda Guerra Mundial.

Al pasar la vista por las viejas páginas, se va revelando el material ofrecido al público para tenerlo al tanto del conflicto bélico. Ejemplos: una entrevista con el general Von Brauchitsch, cerebro militar germano que confiaba en el triunfo de su patria; noticias sobre la disposición del Vaticano para seguir cooperando con Italia, aun cuando Mussolini decidiera unirse a Hitler y Stalin en la guerra contra los Aliados; fotografías que muestran a las fuerzas del Reich desfilando por las calles de alguna urbe danesa; documentos sacados de archivos nazis; mapas de campañas militares con títulos en alemán que nadie se encargó de traducir; cartones de la guerra y numerosos artículos firmados y no firmados, entre ellos los de Vasconcelos.

El décimo editorial parece explicar dicho contenido al expresar que los acontecimientos europeos seguían atrayendo la atención del público, a pesar de los cambios inminentes en el personal del gobierno mexicano y a pesar de las notas a que daban lugar asuntos como el petrolero. ¡Cómo no, si en Europa se estaba librando la batalla de la que parecía depender el futuro del mundo!

El texto lleva por título “No más fronteras: bases estratégicas”, a propósito de una declaración que semanas atrás había hecho el Ministro de Relaciones Exteriores de Mussolini, Galeazzo Ciano, en el sentido de que la guerra en curso ya no reconocía fronteras, sino bases estratégicas. Esto significa que no existía Francia, sino los Alpes y los Pirineos y la Línea Maginot; España no valía, sino la posesión del estrecho de Gibraltar; una invasión a Inglaterra no importaba tanto como apoderarse del Canal de Suez o de la isla de Malta.

Como para exponer un precedente de lo que, según Ciano, era el nervio de la táctica bélica en aquellos tiempos, Vasconcelos echó mano de la Historia y evocó la invasión a España por Napoleón tras el desembarco de ingleses en Portugal.²²

En la lucha por los puntos estratégicos, Alemania había movido mejor sus piezas y le había ganado la partida a los Aliados al tomar posesión de los fuertes navales más importantes del Mar del Norte.

Después de señalar a los ingleses como los primeros violadores de la neutralidad noruega, Vasconcelos aplaudió la decisión de Dinamarca de ligar su suerte a la potencia que ya se señalaba como victoriosa, respetuosa de su soberanía y con la que tenía afinidades de sangre. Para él, la decisión del gobierno danés de optar por una ocupación alemana en lugar de una inglesa adquirió el sentido de una lección que serviría a países neutrales como Bélgica y Rumania, los cuales parecían vacilar en su decisión.

Al final, se lamentó por la suerte de los países débiles en las pugnas trascendentales:

“Triste es la situación de los pueblos pequeños en las grandes luchas de la historia; por eso a nosotros los mexicanos, nos duele todavía el haber tenido que perder, a cambio de una independencia teórica, la participación en el poderío de un gran Imperio como lo fue el español. No contamos ahora en el mundo. Pero nuestro destino también se ve afectado por los cambios que se operan en el instante que vivimos. De ahí el interés apasionado con que el público de toda la América española sigue el desarrollo de la magna contienda europea”.²³

²² El episodio en que la Inglaterra de Pitt y la Francia de Napoleón hicieron de Portugal y de España campos de batalla no era desconocido para nuestro pensador. Lo había narrado en su *Breve Historia* para dar a conocer lo que pasaba en España mientras en Hispanoamérica se gestaban los primeros movimientos independentistas. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México, op. cit.*, p. 207-208.

²³ “No más fronteras: bases estratégicas”, Editorial, en *Timón*, núm. 9, México, 20 de abril de 1940, p. 3.

De la lectura de este artículo se desprenden varias cosas, por ejemplo: que un pueblo débil o pequeño es aquel que carece de elementos de guerra suficientes para hacerse respetar, sin más opciones que cruzarse de brazos o sucumbir fatalmente ante el avance de ejércitos extraños en su territorio. México lo era pero, a diferencia de Polonia, Finlandia, Noruega y Dinamarca, se hallaba lejos de la zona de combate y su territorio no padecía los horrores del campo de batalla. Aun así, la distancia no haría de México un país inmune a los cambios profundos que prometían los sucesos europeos. Si alguno pensaba que los fenómenos ocurridos “allá afuera”, al otro lado del Atlántico, no afectarían a los pueblos hispanoamericanos, estaba equivocado. El mundo estaba conectado y nada de lo que sucediera en Europa sería ajeno al destino de los mexicanos. Por eso Don José seguía con gran interés cada paso de la lejana contienda.

¿Desde cuándo el destino nacional dependía de factores externos? Si debiéramos responder esta pregunta valiéndonos de ideas expuestas por el autor en obras como su *Breve Historia*, podríamos volver siglos atrás, cuando el estandarte de Castilla recibió en sus pliegues los primeros vientos de Yucatán pues, con la llegada de los españoles, México surgió a la vista de la humanidad civilizada, adquirió un lugar en los mapas del orbe, fue incorporado a la rama latina de la cultura europea y recibió, a cambio del oro y la plata de sus minas, sedas y especias orientales y vinos y aceites españoles. En otras palabras, desde que aparecimos en el panorama de la Historia Universal por obra de navegantes, guerreros, clérigos y demás hombres valerosos, constructores de un imperio tan extenso como no lo soñaron los romanos.²⁴

Sin embargo, las diferencias entre el pasado imperial al que Vasconcelos alude en su artículo y el momento en el que escribe son tan grandes como las existentes entre un territorio vasto y poderoso y uno indefenso, mermado y soberano sólo en el papel y no en los hechos. Por eso suspiraba por lo que él llamaba “el México de la Colonia”.

Muy lejos estaba de aquel “glorioso” pasado, la Historia estaba en marcha y el panorama internacional estaba reclamando su atención. ¿Acaso la elección presidencial no era un asunto de igual o mayor importancia? Según él, no; lo había insinuado meses atrás en el primer editorial. Ahí había dicho que años atrás, al hacerse antirreeleccionista, había creído que el tránsito del caudillismo militar al civilismo democrático se facilitaría con la renovación de los gobernantes. Por desgracia, se perdió la partida al restablecerse, con Carranza, el pretorianismo. Entonces comprendió que no bastaba renovar a los gobernantes, pues era necesario barrer con las instituciones e influencias terribles que pesaban sobre el país, o sea, el poinsetismo y un internacionalismo que negaba la noción de raza pero servía

²⁴ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, México, Botas, 1936, p. 108-109; y José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 35-36, 50-51, 177-178.

como careta para disimular las rapacidades del Imperio racial anglosajón. Por lo mismo, no valía la pena posar la mirada sobre la contienda electoral; más bien, era necesario ampliar el radio de acción del combate y estar atentos a los cambios – éstos sí profundos– que vendrían como consecuencia de la guerra que se estaba librando. En resumen, la guerra europea prometía más que cualquier disputa local entre militares metidos a políticos. A juzgar por las opiniones vertidas en dicho editorial, es fácil imaginar a Vasconcelos cruzando los dedos en espera de una victoria alemana.

TOMANDO PARTIDO POR ALEMANIA

Entre otras cosas, Vasconcelos nos ha enseñado a pronunciarnos, sin temer a la equivocación, a favor o en contra de los hechos y las personas con toda la boca y en voz alta.

EMMANUEL CARBALLO,
Protagonistas de la literatura mexicana

Para Vasconcelos había épocas en que la petición del público lector de diarios y revistas no tenía por límite la información de asuntos nacionales e internacionales; se esperaba de la hoja impresa una opinión, una indicación de la conducta que se debía tener ante ciertas situaciones o bien una explicación de sucesos complejos. En pocas palabras, el público pedía que se le orientara.

Había ocasiones en que los pensamientos del orientador eran contrarios a las preferencias de los que se decían desorientados, y los primeros en haberse atendido a la brújula de aquél eran también los primeros en sentirse disgustados y en exigir al autor leído que no abusara de su posición directiva y que fuera neutral.

Imposible. Quien exigía del orientador una actitud neutral pedía peras al olmo, pues no se podía orientar y ser neutral. Orientación y neutralidad eran posiciones opuestas. La primera era sincera. La segunda no y derivaba en la clandestinidad, pues ocultaban su sentir escritores y publicaciones esperando que los acontecimientos indicaran la ruta sencilla del éxito.

En el caso de las publicaciones, la neutralidad también se manifestaba dividiendo las páginas en función del número de grupos y partidos, lo mismo en los planos nacional e internacional.²⁵

Favorecer todas las causas podía resultar muy cómodo, pero así no se orientaba. Para orientar había que salirse del terreno de la neutralidad, tomar partido, inclinarse a un lado u otro de la balanza.

“El que es capaz de orientar, lo debe a que primero ha pesado dentro de sí mismo los hechos, ha debatido en su propio interior, las circunstancias y formando con todo esto una convicción, en seguida la trasmite”.²⁶

Quien se pregunte si Vasconcelos era neutral obtendrá un rotundo ¡no! como respuesta. No lo era en *Timón*. Ahí es evidente que tomaba partido por Alemania.

²⁵ El paralelo más exacto de esta idea lo podemos encontrar en un artículo de la revista *Hoy*, fechado en marzo de 1939 y firmado nada menos que por Vasconcelos. El texto lleva por título “Cumpleaños”, a propósito del segundo aniversario de la mencionada publicación. Ahí, Vasconcelos llamó a la neutralidad “vergonzoso clandestinaje” y criticó, de las publicaciones mexicanas, la diversidad de opiniones, es decir, la característica que hace de un periódico el receptáculo de autores izquierdistas y derechistas, evitando así el calificativo de “apasionado”. Véase José Vasconcelos, “Cumpleaños”, en *Hoy*, núm. 106, México, 3 de marzo de 1939, p. 12.

²⁶ “Orientación y neutralidad: un cobarde aunque provechoso clandestinaje”, Editorial, en *Timón*, núm. 12, México, 11 de mayo de 1940, p. 5. Atención: Otra vez neutralidad y clandestinaje. ¿Quién pudo haberlos asociado? Exacto. ¿Quién más?

Su revista representaba una tendencia definida y en su equipo no se mezclaban el agua y el aceite.

Orestes Aguilar señala que en la nómina de colaboradores cabían ex vasconcelistas, hispanistas, antisemitas, anticomunistas, antiimperialistas, germanófilos, etc., pero se equivoca al retratarlos como partidarios de todas las causas. Al menos en la cuestión internacional, en el asunto de la guerra que pesaba sobre Europa, la revista no dividía sus páginas como para quedar bien con tirios y troyanos. Hasta donde sé, no hay para Hitler palabras de censura que choquen con los elogios de Francisco Struck o de Antonio Islas Bravo; tampoco hay espacio para un anglófilo que suavice las diatribas de los otros a la “Isla de los comerciantes”. Por otra parte, las caricaturas parecen decirnos que, en el campo de batalla, las desgracias de los ingleses eran risibles; las de los teutones, heroicas. Al parecer, nadie abrazó la causa de los Aliados en aquel grupo, por muy heterogéneo que haya sido.

Artículos, cartones, fotos, retratos... todo indica que *Timón* era un órgano de la propaganda germanófila, quizá el más hábil que se haya publicado en México, por encima de la hoja antisemita *Defensa* y de la edición en español del *Deutsche Zeitung von Mexiko* (*Periódico Alemán de México*).

¿Y qué hay de Vasconcelos?, ¿fue un propagandista del nazismo por estar al frente de una publicación de ese perfil? En los años setenta Bar-Lewaw afirmó que sí. No obstante, observaciones como las del polaco no fueron las primeras. Otro contemporáneo del oaxaqueño como el capitalino Rodolfo Usigli lo dijo casi igual por la misma época en que circulaba la revista.

Poco después del fallecimiento del “Maestro” el 30 de junio de 1959, el ilustre dramaturgo buscó en el cofre de su memoria y extrajo de pasadas épocas algunos recuerdos que dan cuenta de sus encuentros, afinidades y distancias con Vasconcelos. Uno de ellos data de 1940, de cuando ya había estallado la segunda “guerra púnica”: Ansioso de presentar a Prometeo y su martirologio, visitó a Vasconcelos en su despacho de San Juan de Letrán, en el centro de la ciudad de México. El filósofo dudó que lo del veintinueve fuera importante para el teatro. El obstinado visitante pidió una serie de largas entrevistas para pensar en los personajes y lo que harían en la pieza. Vasconcelos dijo que estaba ocupado dirigiendo *Timón*. Usigli señaló que aquel semanario era un órgano de la propaganda nazi y el sorprendido director se echó a reír porque no escuchaba nada nuevo. Luego se despidieron.²⁷

Como podemos ver, desde hace más de setenta años algunos autores han dicho implícita o explícitamente que nuestro pensador fue un propagandista del nazismo.

²⁷ Véase Rodolfo Usigli, “Ulises, Águila de Prometeo. Encuentros, afinidades y distancias con Vasconcelos”, en: José Vasconcelos, *Ulises criollo*, *op. cit.*, p. 892-893.

Si Vasconcelos viviera, es probable que su reacción hacia juicios parecidos sería similar a la que tuvo ante el autor de *El gesticulador*: luego de la risa cordial, el argumento esgrimido por él estaría orientado a desmentir a todos aquellos que lo han vinculado con labores propagandísticas al servicio del Tercer Reich.

A parte del descrédito en que cayó el nazismo, quizá la razón para desligarse de semejantes actividades obedecería a la mala imagen que se ha tenido de la *propaganda*, sobre todo desde que concluyó la Primera Guerra Mundial en 1919. Aunque su presencia en las guerras data de tiempos antiguos, fue en la del catorce cuando la moderna propaganda destacó por su capacidad para mentir, manipular, exagerar, estigmatizar y calumniar. Y aunque al término del conflicto quedó claro para muchos el servicio prestado por ella, su prestigio resultó gravemente herido, al grado de ser vista como técnica embustera y como trampa.²⁸

Diez años después de la Segunda Guerra Mundial, Vasconcelos prologó la segunda edición del libro *Derrota mundial*, de Salvador Borrego. Allí dijo que las guerras modernas se desarrollan en el frente de combate, pero también en las páginas de la imprenta; y que la propaganda es un arma poderosa, a veces decisiva para engañar a la opinión mundial.²⁹

Al menos dos cosas nos vienen a la mente si relacionamos dicho prólogo con algunos editoriales y artículos escritos por él en *Timón*: La primera, por increíble que parezca, es que Vasconcelos participó en la Segunda Guerra Mundial, no en el frente de combate, sino en las páginas de su revista; su arma no fue el fusil, sino la pluma; no luchó contra Alemania, sino a favor de Alemania; no lo hizo en Europa, sino en México; no ganó, sino que perdió. La segunda es que la visión que tuvo de la propaganda como actividad no fue nada positiva, pues evidentemente la asoció con vil engaño, lo mismo en 1940 que en 1955. Con razón en el quinceavo editorial de *Timón* quiso esconder su rostro de propagandista bajo la máscara de la “orientación nacional” y atribuyó la propaganda a los extranjeros empeñados en mostrar a los mexicanos otra realidad.

Después de criticar en dicho editorial a quienes callaban o maquillaban la realidad cuando no les agradaba, Vasconcelos salió en defensa del público que pagaba a la prensa para que lo sirviera con la verdad.

La información veraz era importante para que la nación pudiera formarse un criterio exacto de las noticias internacionales. Cuando ese criterio estaba mal informado, se corría el riesgo de abrazar causas perdidas y la nación salía perdiendo.

²⁸ Véase José Luis Ortiz Garza, *op. cit.*, p. 9.

²⁹ Véase José Vasconcelos, “Prólogo a la Segunda Edición”, en: Salvador Borrego, *Derrota mundial*, 29ª ed., México, 1980, p. 5.

Años atrás, Vasconcelos había pronosticado la victoria de Franco sobre el mosaico de partidos republicanos españoles.³⁰ Sintiéndose confiado por ese precedente, vislumbró el triunfo de Alemania y justificó la labor de su equipo de preparar los ánimos para la actitud que habría de adoptarse al final de la guerra.

Según él, no hacían otra cosa en la República del Norte aquellos escritores independientes al discutir lo que deberían hacer los Estados Unidos en vísperas del éxito alemán. Por ejemplo, por allá se proponía que la Unión Americana tomara posesión de aquellos territorios de los Aliados próximos a la zona de influencia monroísta, como Groenlandia, las Bahamas ¡y hasta el propio Canadá!

Lejos de pensar en aquellas discusiones como violadoras de la neutralidad que oficialmente se habían impuesto los Estados Unidos, Vasconcelos las consideró como pruebas de patriotismo:

“La neutralidad no excluye el compromiso previo y más importante que el escritor tiene de decir, en su patria, todo aquello que influir pueda en el mayor acierto de la acción pública nacional. Decirle por lo mismo a una nación, que va a suceder tal cosa, que va a ganar Alemania y que se prepare para aprovechar ese evento hasta donde pueda ser aprovechable, no es hacer propaganda por Alemania. Es hacer labor de orientación nacional. Y de esa tarea no nos hemos apartado, ni nos proponemos apartarnos. Propaganda se hace en México, no lo dudamos, pero la hacen los extranjeros interesados en mantenernos en engaño y en tapan el sol con un dedo”.³¹

En este escrito fue distinto el significado que el autor le otorgó a la neutralidad: no era la actitud adoptada por algunos escritores y publicaciones y que resultaba incompatible con la función de orientar, sino el recurso de algunas naciones para evitar la guerra o para limitar su acción. Quizá no haya existido mejor ejemplo que la pacífica Suiza de los quesos y los relojes.

¿Quiénes y con qué propósitos realizaban propaganda en México? Ésa es una cuestión que parece aclarar el último editorial, incluso desde el título: “No nos dejemos sorprender. Las maniobras de los Aliados para arrastrarnos a la guerra”.

En él se dijo que los seres humanos somos capaces de acusar a nuestros enemigos del delito que cometemos; por lo mismo, nada de extraño tenía que, por la boca de órganos como el *New York Times*, los agentes de la propaganda aliada procuraran embaucar incautos con las supuestas amenazas que se cernían sobre México y sobre la América entera por culpa de los agentes nazis.

³⁰ En julio de 1937, él mismo había dicho que desde octubre de 1936 era previsible la derrota del gobierno izquierdista español. Meses después, en noviembre de 1937, aseguró que, por estar teñida de judeomaxismo, la causa de los republicanos españoles estaba condenada al fracaso. Sus predicciones se cumplieron el 1 de abril de 1939, con el triunfo definitivo de Franco. Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, México, Trillas, 2009, p. 91; y José Vasconcelos, “Causas perdidas”, en *Hoy*, núm. 37, México, 20 de noviembre de 1937, p. 9.

³¹ “Vivir engañados. Debemos estar preparados para el futuro”, Editorial, en *Timón*, núm. 15, México, 1 de junio de 1940, p. 5.

Que los agentes aliados arrojaran la piedra y apuntaran con el índice a los alemanes era un viejo plan. Para comprobarlo bastaba recordar la extensa y fantástica información que dos años atrás había publicado la revista judía de Norteamérica *Ken*, sobre las supuestas actividades de los agentes anti-aliados en México.

Según Vasconcelos, dicha revelación había coincidido con el comienzo de las acciones, ésas sí efectivas, de espías enemigos de Alemania, como Robert H. K. Marret, autor de un denigrante libro sobre México: *An Eye Witness of Mexico (Un testigo presencial de México)*.

Desde que Marret había iniciado sus actividades, personajes enlazados con embajadas, consulados y secretarías de Estado se estaban dedicando al espionaje y a la propaganda antinazi. De ahí que pretendieran disimular sus labores con las cortinas de humo del espionaje alemán y de las quintas columnas nazis.³²

Con base en una noticia de la Prensa Asociada del 3 de junio, se dijo en el editorial que el “Servicio Secreto Inglés” había enviado gran número de agentes a México y a Centroamérica con el firme propósito de provocar actos de sabotaje contra bases norteamericanas como el Canal de Panamá, procurando que la responsabilidad de dichos actos cayera en los agentes nazis.

Asimismo, se recordó que en aquellos días, en revistas judías de Norteamérica como *Time* y *Life*, el editor Harry Luce había declarado que los nazis estaban preparando motines antiamericanos en Centroamérica o en México.³³

Para Vasconcelos era claro que los derrotados de Flandes y el Canal de la Mancha, es decir, los Aliados, pero particularmente los ingleses, buscaban generalizar el conflicto, aumentar los enemigos de Alemania, perturbar las relaciones entre dicho país y los Estados Unidos y arrastrar a todos los neutrales al desastre. Todo con tal de salvar su pellejo.

Sin dejarse contagiar por la desesperación con que actuaban los ingleses, Don José recomendó la calma. Fiel a su estilo de no reservarse su opinión, es decir, de no permanecer neutral, sugirió que México siguiera siéndolo:

“Recomendamos, pues, la calma. México es neutral y debe seguirlo siendo. Neutral de verdad, es decir, ajeno al juego aliado que quisiera llevar a todos los neutrales a la lucha”.³⁴

³² En aquellos tiempos, el término “Quintacolumnas” estaba asociado a la presencia de agitadores anónimos al servicio de alguna causa extraña, por ejemplo: la nazi. Véase José Luis Ortiz Garza, *op. cit.*, p. 31.

³³ Vasconcelos era un hombre culto que dominaba el inglés y estaba al tanto de las ideas que circulaban en otras latitudes. Por nada del mundo levantaba los hombros cada vez que en los Estados Unidos o en Europa se tocaban asuntos delicados de Latinoamérica en general o de México en particular. Véase José Vasconcelos, “Alarmas negras”, en *Hoy*, núm. 93, México, 3 de diciembre de 1938, p. 19, 49 y José Vasconcelos, “La swastica y otros fantasmas”, en *Hoy*, núm. 94, México, 10 de diciembre de 1938, p. 22-23.

³⁴ “No nos dejemos sorprender. Las maniobras de los Aliados para arrastrarnos a la guerra”, Editorial, en *Timón*, núm. 17, México, 15 de junio de 1940, p. 5.

Llama la atención que Vasconcelos equiparara la neutralidad mexicana con el alejamiento de México de uno de los bandos, del Aliado. Si no mencionó al otro bando fue porque creía o quería hacer creer que los espías alemanes eran inexistentes en suelo mexicano y que las quintas columnas nazis eran imaginarias, románticas o, mejor dicho, platónicas. Un mes antes había dicho, en artículo firmado por él, que en la América española el nazismo no era más que un fantasma.

En aquel artículo hizo mención del comité Dies como una comisión del Congreso norteamericano dedicada a investigar actividades “No-Americanas”, entre ellas el comunismo, y que podían poner en peligro a las instituciones democráticas de la poderosa República del Norte. A las denuncias de dicho comité se debía el descubrimiento de algunos hechos importantes, por ejemplo: que fueron judíos norteamericanos quienes pusieron dinero de sus bolsillos para que las brigadas internacionales provenientes de Nueva York lucharan en España al lado de los comunistas; y que los miembros más destacados de las organizaciones socorristas a favor de la España roja también eran judíos.

Con una imparcialidad digna de encomio, el comité Dies también se había opuesto al Ku Klux Klan, organización acostumbrada a perseguir negros, judíos y uno que otro mexicano.

Quizá porque ya no tenía gran cosa que hacer en su país, dicho comité había vuelto sus ojos a México. No conforme con haber señalado con lujo de detalles la existencia de una plana comunista que al final no resultó tan peligrosa como se creía, aseguró que se estaba preparando un golpe de Estado favorable a Moscú. Por como estaban las aguas en aquel entonces, el golpe que se efectuaría pondría a los mexicanos, también, bajo las órdenes del gobierno nazi.³⁵

En aquellos momentos de dificultades internacionales, Vasconcelos temió que las consecuencias de la fantástica denuncia se tradujeran en una mayor intervención del gobierno de los Estados Unidos en los asuntos políticos de México, incluso con las armas por delante.

Si bien es cierto que para nuestro pensador había sectores del gobierno mexicano en los que se había hecho labor de comunismo teórico —a sus ojos, el programa educativo era más ortodoxamente marxista que el ruso, diluido por el talento de Lunacharsky—, no vio futuro para un comunismo práctico en México por dos razones: primero, porque habría provocado una invasión militar de Norteamérica con el fin de impedir que su vecino del Sur se le saliera del huacal; y, segundo, porque los líderes comunistas más notorios se habían aburguesado en el

³⁵ El Comité del Congreso para la Investigación de Actividades Anti-Americanas era liderado por el diputado texano Martin Dies. En abril de 1940, Dies había dicho que, con la ayuda de los nazis y de organizaciones norteamericanas de izquierda, diez mil comunistas provenientes de España y de Francia planeaban un golpe de Estado. Según él, México estaba en la mira de los nazis por sus reservas petroleras y abundantes materias primas, pero, sobre todo, por su vecindad con Estados Unidos, lo cual ofrecía posibilidades para realizar actos intimidatorios que mantuvieran a los yanquis al margen de la guerra. Véase José Luis Ortiz Garza, *op. cit.*, p. 33.

poder, es decir, poseían casas, terrenos, amantes y canes de lujo que no habrían querido ver colectivizados.

A su juicio, las posibilidades de un golpe comunista eran remotas y no era necesaria toda esa literatura de complots y bases navales germánicas en México para que el poderío norteamericano siguiera pesando por algún tiempo más sobre la América española; incluso propuso que se le abrieran las puertas al jefe del comité para convencerlo de que no existía el peligro que imaginaba. Y aunque le hayan parecido absurdos los cargos de una comisión oficial norteamericana, tuvo la convicción de que en el pecho de cada mexicano latía un corazón germanófilo que albergaba sentimientos de esperanza:

“El pueblo de México puede ser en gran parte germanófilo y creemos que en efecto lo es; pero lo es precisamente porque ve en la ruptura del orden internacional contemporáneo una liberación. De Alemania queremos las ideas, la cultura, el arte y el comercio [...] Lo cierto es que el pueblo mexicano tiene simpatías germanófilas pero repugna en masa al comunismo. Y de los ejércitos de unos y otros estamos mil leguas más distantes que los Estados Unidos. Con que cuide Mr. Dies las costas del Atlántico basta. Nosotros, por desgracia, estamos en el golfo, al margen de la marcha triunfal de la Historia”.³⁶

¿Qué significa esto último? ¿Lamentaba que México se hallara lejos del conflicto? Y si así era, ¿por qué lo hacía? ¿Acaso no deseaba que México fuera neutral?

Si tomamos en cuenta el fragmento citado y ciertas líneas del editorial número catorce, titulado “Ante el destino”, es probable que Vasconcelos haya querido que en lugar de atenerse al resultado de una querrela entre potencias, México participara en la guerra, pero no como carne de cañón, sino como potencia. Esto último hubiera significado que el país tenía la capacidad y las armas necesarias para construir su propio futuro. Por desgracia, México era un país de segunda. Al no estar en condiciones de tener un papel importante en el teatro de la Historia, no quedaba más remedio que asumir el rol de resignado espectador en una butaca demasiado alejada del escenario europeo. Sin embargo, esa lejanía era la que, según el filósofo, hacía posible que los mexicanos estuvieran en aptitud de juzgar el conflicto con ánimo sereno. La misma lejanía y el poco peso que nuestro pensador le otorgó a su país lo llevaron a pensar que México no era objeto de la codicia germánica y que América seguiría siendo para los americanos:

³⁶ José Vasconcelos, “Otro fantasma: el nazismo en la América española”, en *Timón*, núm. 11, México, 4 de mayo de 1940, p. 12.

“Precisando con claridad meridiana sus propósitos, el Fuehrer Hitler ha declarado: ‘América para los americanos’. O sea que no tiene Alemania la menor intención de establecer Protectorados en el Nuevo Mundo”.³⁷

Así es como comienza el editorial número dieciséis: poniendo en boca de Hitler las palabras de Adams, y distinguiendo la política del Führer de la de Napoleón III, quien con las armas impuso, en el México de 1862, el imperio de Maximiliano.

Los Estados Unidos derrotaron al imperio de Maximiliano porque servía mejor a sus intereses una república mexicana gobernada por ignorantes, fácilmente sumisa y de puertas abiertas ante la influencia anglosajona.³⁸

Siempre que las potencias europeas asomaban las narices en América, el panamericanismo sacaba las uñas; no por amor a la libertad, sino porque los Estados Unidos consideraban como suyo todo lo que estuviera al otro lado del río Bravo.

Para Vasconcelos, tan completa era nuestra conquista en lo material y en lo espiritual, que ni siquiera le pasaba por la mente la idea de que México fuera una nación independiente; mucho menos cuando no había en el país un solo puerto artillado ni una mediana fortaleza de tierra.³⁹

De hecho, pensaba que a partir de la independencia mexicana impuesta por la masonería internacional, había comenzado el desarme imbécil y con consciencia de traidor al más puro estilo de Zavala el de Texas.⁴⁰

³⁷ “América para los americanos. Lo que se dice y lo que hay en realidad”, Editorial, en *Timón*, núm. 16, México, 8 de junio de 1940, p. 5.

³⁸ En su libro de Historia, Vasconcelos atribuyó un papel decisivo a la artillería norteamericana en los combates que decidieron la victoria juarista sobre Maximiliano. Parecía decir que a la caída del Imperio, el poder quedó en manos de hombres liberales cuyo mayor pecado no consistió precisamente en escribir obras incoherentes y desorbitadas, sino en repartir las riquezas nacionales entre los norteamericanos y en abrir las puertas al protestantismo, en detrimento del catolicismo. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 285, 301; así como José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 14, 16.

³⁹ En rigor, no había un solo puerto artillado desde el Bravo hasta el Plata. Sin fortificaciones, sin barcos y sin escuadras que pudieran oponerse a la yanqui, la soberanía de cada nación hispánica estaba mutilada y no valía un centavo en el mar. Así es como el escritor mexicano pensaba seis meses atrás. Pasarían otros quince para que dijera que después de los siglos del Imperio Español, las costas del Pacífico y del Golfo dejaron de ser nuestras; que, por estar indefensas, las mexicanas eran, más bien, tierras de todos o reservas navales de otro imperio. Solución: Había que construir bases militares, navales y aéreas pues, en su opinión, no había autonomía sin fortificaciones. Véase José Vasconcelos, “Principios del monroísmo”, en *Todo*, núm. 328, México, 22 de diciembre de 1939, p. 9; así como José Vasconcelos, “No llegaremos a pelear”, en *Hoy*, núm. 214, México, 29 de marzo de 1941, p. 41.

⁴⁰ Él era de la idea de que la Independencia de las naciones hispánicas fue forzada por los enemigos del exterior, por agentes anglosajones que habían sembrado la semilla de la discordia sin poder ser arrojados de tierras y mares por la madre enferma que en aquel entonces era España. Estaba seguro de que agentes de logias yanquis se hicieron consejeros de los líderes Hidalgo y Morelos. Por otra parte, era típico de él acusar de traidor a Lorenzo de Zavala por haberse asociado a Houston para la independencia de Texas que a México le costaría tan cara. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 171, 191, 210; así como José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 12.

Por estar desarmados ante el mundo, le resultaba cómica la inquietud que se simulaba sobre una posible alianza de México con Alemania o con Japón para una acción contraria a los intereses de los Estados Unidos.

Le parecía absurdo que una potencia europea tuviera en mente una aventura militar en un país como México, incapaz de producir lo necesario para su propio consumo. Acaso los tesoros abundantes de Brasil podían tentar al europeo, pero no la pobreza mexicana.⁴¹

Por fuertes, los Estados Unidos estaban descartados de algún plan expansionista europeo; por pobres, México y Centroamérica también lo estaban. Si las victorias alemanas despertaban suspicacias en Washington, ello se debía, en primer lugar, a los sentimientos ofendidos del sector judío que apoyaba al entonces presidente Roosevelt; en segundo lugar, al presentimiento de una acción enemiga sobre las tierras valiosas de Sudamérica.

El Tratado de Versalles, que en su mayor parte había sido redactado por un presidente norteamericano, procuró que el Nuevo Mundo fuera reconocido como una zona de influencia yanqui.⁴² ¿Cuánto tiempo duraría esa dominación? No lo sabía, pero el ejemplo de Inglaterra le sirvió para decir que ningún imperio era eterno, que ni el romano lo fue, que la Historia caminaba más de prisa y que los imperios ya no duraban tanto. El inglés, por ejemplo, llevaba alrededor de tres siglos, desde que conquistó los mares al derrotar a la Invencible, hasta esos momentos en que Alemania le cañoneaba sus puertos.⁴³

Vasconcelos previó que varias décadas después de la victoria germánica, América seguiría siendo para los americanos, específicamente para los del Norte. Sin embargo, creyó que el éxito alemán podría librar al continente hispánico del monopolio comercial ejercido por los norteamericanos; pensó que, en competencia con los Estados Unidos, poderosos barcos alemanes volverían a traer productos europeos de la mejor calidad, ideas e influencias artísticas.

Económicamente, los pueblos hispánicos de América saldrían ganando al recobrar uno de los derechos de todo pueblo soberano: el derecho de comerciar con quien les viniera en gana.

⁴¹ A fines de 1922, Vasconcelos anduvo por Sudamérica. En sus notas de viaje mencionó algunos de los factores que hacían de Brasil un país como ningún otro en el mundo, con posibilidades de un futuro dichoso: grandes ríos, enormes superficies cultivables, climas fecundos, bosques –en aquel entonces inexhaustos–, metales, diamantes, frutas y ganados. Véase José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Porrúa, 2001, p. 65.

⁴² Seis años atrás, el escritor mexicano había hecho mención del Tratado de Versalles como un documento que colocaba al continente americano dentro de la zona de influencia exclusiva de los Estados Unidos. Véase José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, *op. cit.*, p. 126.

⁴³ Un hispanista como Vasconcelos debió presentir con regocijo el fin de una era que, a su juicio, tuvo sus orígenes en tiempos de Isabel I, “capitana” de los piratas que, al derrotar a la Invencible, hicieron de Inglaterra la reina de los mares. Véase José Vasconcelos, *La raza cósmica*, *op. cit.*, p. 6, 8; y José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 162-163.

No me parece absurdo que el filósofo haya pensado que la América española seguiría siendo para los norteamericanos aunque el triunfo alemán la liberara del monopolio comercial, pues para él era claro que el libre comercio no era lo único que hacía soberano a un pueblo; en otras palabras, el ejercicio de la soberanía no podía reducirse a la compra y venta de bienes y servicios con el resto del mundo. Aun así, la posibilidad de comerciar con otros países y no sólo con los Estados Unidos representaba una ventaja, y por esa ventaja no dudó en gastar tinta para tratar de calmar los ánimos de quienes veían con temor el aumento del poderío germánico.

“Y el Continente Americano, pese a los alarmistas insinceros, nada tiene que temer de la victoria teutónica. Y sí en cambio, tiene mucho que ganar. Ganarán los Estados Unidos territorios, y nosotros, por lo menos, obtendremos ciertas ventajas. Ventajas pobres, es cierto, pues serán relativas comparadas con el aumento del poderío norteamericano; aumento que tendrá que reflejarse, amenguando las ya medradas soberanías hispanoamericanas. ¡Pero ganaremos con la victoria alemana! Y no porque creamos que Alemania va a constituirse en campeón de Latinoamérica. Es ley de la Historia que cada pueblo conquiste su propia libertad y elabore su propia cultura [...] Por lo pronto, ganaremos una mayor libertad de comercio. Una ruptura de los monopolios que nos han estado oprimiendo. Pero acaso ganemos también algo más, o sea una lección y una esperanza. Desde una desunión y anarquía parecidas a la que hoy padecemos las naciones españolas de América, Alemania se levantó a la voz de sus poetas y sus filósofos para constituir lo que será, ya mañana, el primer imperio de la época”.⁴⁴

Este largo fragmento que de alguna manera viene a reforzar lo expuesto líneas atrás es importante porque nos dice, además, cuál era otro de los beneficios que Vasconcelos esperaba tras la victoria de Alemania: la prueba de que cualquier nación, por muy desunida y oprimida que estuviera, podía resurgir de las cenizas; bastaba escuchar a los propios poetas y filósofos.

Vasconcelos pensaba en el imperio como fruto de un gran florecimiento en las artes, en las letras y en la filosofía. Las obras del artista y las palabras del intelectual podían ser semillas de un árbol imperial. Aunque no aclaró el tipo de artistas y de filósofos a los que se debía prestar atención especial, es posible que se haya referido a los que despertaban conciencias y señalaban rumbos mejores.

Recordemos que para Vasconcelos era sano confiar los destinos colectivos a los mejores hombres, y por mejores hombres quería decir los que destacaban por sus cualidades intelectuales y morales, es decir, los más inteligentes y puros. Darle a la fuerza una función que sólo la inteligencia debía desempeñar le parecía nocivo; por eso reclamaba el poder político para el civil ilustrado y no para el soldado. Aun

⁴⁴ “Ante el destino”, Editorial, en *Timón*, núm. 14, México, 25 de mayo de 1940, p. 5.

entre los militares, trataba con respeto a los hombres de libros, a quienes pasaban por la academia y se dedicaban al estudio de su especialidad; en cambio, trataba con desprecio a los caudillos de asonada, a los ignorantes que llegaban al poder a través de la violencia.

En los conflictos internacionales –decía– casi siempre vencía el mejor. Por eso Houston, que había hecho cursos universitarios, venció al holgazán, inepto y arrogante dictador Santa Anna, quien se hacía llamar “El Napoleón del Oeste”.⁴⁵

Ahora bien, en la pugna trascendental de aquel entonces, año 1940, ¿de qué lado estaban los mejores hombres? Para responder esta pregunta desde el punto de vista de Vasconcelos es necesario revisar un artículo suyo titulado “La inteligencia se impone”. Dicho texto es de capital importancia, pues ha sido citado con frecuencia por aquellos autores empeñados en mostrar al filósofo como “soldado” del nazismo.

En él recordó que muchos años atrás, durante la guerra europea del catorce, un italiano anónimo, pero profético, gritaba en algún vecindario hispanoamericano que Dios quería siempre que la cabeza triunfara sobre el brazo. Con base en su afirmación, el italiano anunció el triunfo de los Aliados sobre los alemanes de entonces; aseguró que así como el orador Pitt había derrotado a Napoleón, los abogados Clemenceau y Lloyd George derrotarían el militarismo de los Junkers.

En efecto, la Alemania del Káiser fue vencida, pero las cosas habían cambiado con el paso del tiempo y a mediados de 1940 la Alemania de Hitler estaba más cerca de la victoria que los Aliados. Y aunque por ambos lados había ejércitos fuertes, la calidad del jefe era muy diferente según se mirara de un lado o del otro del Rin.

Para convencer al público de la calidad excepcional de Hitler, Vasconcelos escribió unas líneas que vale la pena citar:

“Hitler, aunque dispone de un poder absoluto, se halla a mil leguas del cesarismo. La fuerza no le viene a Hitler del cuartel, sino del libro que le inspiró su cacumen. El poder no se lo debe Hitler a las tropas, ni a los batallones, sino a sus propios discursos que le ganaron el poder en democrática competencia con todos los demás Jefes y aspirantes a Jefes que desarrolló la Alemania de la Post-Guerra. Hitler representa, en suma, una idea, la idea alemana, tantas veces humillada antaño por el militarismo de los franceses, la perfidia de los ingleses”.⁴⁶

Según él, contra Hitler luchaban “Democracias” gobernadas por civiles, pero eran democracias de nombre que no estaban encabezadas por una conciencia libre que de buena fe buscara el bien de sus pueblos.

⁴⁵ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, *op. cit.*, p. 38, 94, 97-98, 121-125; José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 41, 252-253, 259, 286; y Fabián Acosta Rico, *op. cit.*, p. 40-46.

⁴⁶ José Vasconcelos, “La inteligencia se impone”, en *Timón*, núm. 16, México, 8 de junio de 1940, p. 12.

El gobierno de Francia, por ejemplo, estaba en manos de una camarilla no francesa que llevaba a cabo un programa totalmente contrario a las raíces católicas de aquel país. La patria estaba dividida y al borde del abismo; sus ilustres ministros, aunque capaces, tenían atadas las manos por estar comprometidos con intereses ajenos.

Lo de Inglaterra era distinto. Los tiempos de Pitt se habían vuelto leyenda. La prosperidad imperial corrompió los antiguos valores y puso los destinos colectivos en manos de la porción mercader de la nobleza, porción comprometida con las logias. Por haber confiado en mercaderes como Chamberlain y como Churchill, la ruina del imperio quedó marcada, pero los mismos ingleses saldrían beneficiados, pues cuando fuera sacudida la oligarquía industrial financiera mediante la purga dolorosa de la derrota militar, podrían sembrar las semillas de un futuro liberado.

Vasconcelos invitó a sus lectores a meditar para responder dónde había más talento: en el rostro codicioso de Churchill, en el rostro angustiado del francés Reynaud o en el rostro inspirado de Hitler. Quizá no haga falta pensar mucho para acercarse a la respuesta del autor, pues aunque él mismo reconoció que Hitler era un pintor frustrado y un fracasado en el mundo mercantil, lo creyó destinado a la grandiosa tarea de liberar a su pueblo de las pesadas manos que firmaron el Tratado de Versalles.

Destruir las mafias que asfixian a la patria, encarnar la voluntad colectiva para convertirla en elemento creador y atreverse a cambiar las rutas de la Historia. Tal era la lección que los pueblos hispánicos podían aprender de las figuras ejemplares de Hitler y de Mussolini.

Más que los ataques a los Aliados, llama la atención el ingenio con el que Vasconcelos hizo de Hitler un representante de la inteligencia. Él se abstenía de utilizar su pluma para ensalzar las figuras de amos absolutos, pero restó inmensidad a los poderes del Führer de una manera bastante peculiar: ubicándolo a mil leguas del cesarismo. Es probable que al emplear dicho término haya pasado por su mente el poder que los emperadores romanos tuvieron en sus manos, en especial aquellos que lo ejercieron para satisfacer sus bajas pasiones, los Calígulas y los Neronos. Él, que detestaba el poder surgido de las tropas y los batallones, habló de Hitler como un hombre que debía su poder a medios loables, como sus dotes de orador por todo el mundo reconocidas. Y para engrandecer aún más al mandatario alemán sobre sus enemigos, pintó a los gobernantes aliados como despreciables marionetas de las logias. Si alguno le hubiera reprochado el haber señalado como figura ejemplar a un sujeto de la calaña de Hitler, Vasconcelos, azote de dictadores, habría respondido con palabras parecidas las que había utilizado en otras ocasiones al hablar de Mussolini: un dictador genial puede hacer algo y una cosa es el

despotismo vulgar y otra muy distinta el genio capaz de levantar a un país en unos cuantos años al nivel de las grandes potencias.⁴⁷

Artículos como los de Vasconcelos han sido señalados como pruebas tajantes de que *Timón* era un órgano de la propaganda nazi, lo mismo que algunas portadas, los dibujos que representan el trabajo y el heroísmo de los paracaidistas nazis, los retratos de Hitler y de altos militares nazis y las fotografías en que aparece Vasconcelos en compañía de funcionarios como Arthur Dietrich, presunto sostén de *Timón* a quien llamaban “El Führer Mexicano”.

Pero Vasconcelos, ¿fue de verdad un propagandista? Si entendemos a la propaganda como la difusión de mensajes orientados a generar una imagen positiva o negativa de ciertos fenómenos, entonces el escritor mexicano sí lo fue.⁴⁸ En la mayoría de sus artículos arrojó dardos o batió palmas en función del bando, la persona o el acontecimiento que tuviera enfrente. Con el cosmético de la propaganda, el rostro brutal de Hitler parece mostrarse amable y agradable ante los ojos del público hispanoamericano; el de Churchill parece reflejar codicia y el de Reynaud, angustia. El autor se esforzó deliberadamente para influir en las opiniones de un público determinado y sus mensajes tuvieron un carácter partidista; bombardeó a sus lectores con la idea de que Alemania ganaría la guerra muy pronto; presentó posiciones que sólo reflejaban el pensamiento de una minoría como si expresaran la convicción unánime de toda la población cuando creyó que el pueblo mexicano era germanófilo y menospreció los argumentos de quienes denunciaban las actividades de agentes nazis en territorio mexicano. Con razón los textos del escritor mexicano apestan a propaganda.

Hitler, para conquistar el poder, se valió de instrumentos como la propaganda. Al llegar a la cúspide, aprovechó las ventajas que se derivaron de su posición para imbuir en el pueblo alemán la ideología nazi, pero no sólo eso... los esfuerzos propagandistas rebasaron las fronteras alemanas cuando su Ministro de Propaganda e Instrucción Pública, Joseph Goebbels, asumió como propia la tarea de ilustrar a las naciones extranjeras acerca de Alemania.⁴⁹ México, por supuesto, figuró en el plan.

Al parecer, el factor decisivo que desde la Primera Guerra Mundial hacía de México un centro de atracción para diplomáticos, espías y propagandistas alemanes

⁴⁷ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, *op. cit.*, p. 93-94; y José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, *op. cit.*, p. 91-92.

⁴⁸ Para una definición del término véase Giacomo Sani, “Propaganda”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, 1982, p. 1298-1300; así como Gema Iglesias Rodríguez, *La propaganda en las guerras del siglo XX*, Madrid, Arco Libros, 1997, p. 9-12.

⁴⁹ Véase Norberto Corella Torres, *Propaganda Nazi*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California/Miguel Ángel Porrúa/H. Cámara de Diputados, LIX Legislatura, 2005, p. 9-10, 53-54.

era la cercanía geográfica con Estados Unidos, especialmente cuando las relaciones entre estos vecinos eran tensas.⁵⁰

La ubicación de México permitía investigar el potencial bélico de Estados Unidos y vigilar los movimientos de su flota. Sin embargo, la importancia que los alemanes le daban a México se debía también a otros dos factores: en primer lugar, a la posesión de abundantes materias primas estratégicas para la guerra, como el petróleo que servía de combustible para los poderosos aviones de la Luftwaffe y como algunos minerales utilizados en la fabricación de armamentos; en segundo lugar, a los medios de comunicación masiva como la prensa y la radio mexicanas, de las cuales se podía sacar provecho para la realización y distribución de propaganda que creara sentimientos favorables a la causa germánica.⁵¹

Para 1940, México era un tablero de ajedrez en el que las principales potencias en conflicto realizaban hábiles movimientos. Una de las piezas fundamentales era el señor Arthur Dietrich, quien había llegado al país en 1924 y se desempeñaba como agregado de prensa de la embajada alemana desde 1935. Era un hombre cuarentón, delgado, de estatura media, nariz aguileña, frente amplia y diminuto bigote al más puro estilo de Hitler. También era pariente del Dr. Otto Dietrich, jefe del Departamento de Publicidad y Propaganda del Ministerio dirigido por Goebbels. Encabezaba una intensa propaganda contra los comunistas y los judíos y a favor de la causa hitleriana. La red que había tejido abarcaba organizaciones como el Colegio Alemán y el Partido Nacional Socialista. Colaboraba estrechamente con publicaciones como la revista *Hoy* y los diarios *Excélsior* y *La Prensa*. Había editado panfletos como *La Noticia* y *Defensa*. Sin embargo, sus pasos eran vigilados eficazmente por agentes secretos mexicanos, los cuales reconocerían a la revista *Timón* –de la que Vasconcelos era director– como la obra maestra de la propaganda promovida por Dietrich, quien financiaba al semanario con ayuda de comerciantes alemanes que anunciaban ahí sus productos.⁵²

Quizá nunca se sepa cómo llegó a celebrarse el “matrimonio” entre la embajada de Alemania y Don José, pero si es tan importante la persona que se elige para difundir mensajes propagandísticos, es probable que los diplomáticos alemanes hayan sonreído cuando consiguieron el apoyo de un prominente intelectual mexicano como Vasconcelos, autor discutido pero leído en toda América.

Si alguno me criticara por tratar estos asuntos como si fueran partidas de ajedrez, yo alegraría que no es para tanto, que son sólo metáforas. Todo el mundo

⁵⁰ Véase José Luis Ortiz Garza, *op. cit.*, p. 10, 14.

⁵¹ Véase Juan Alberto Cedillo, *Los nazis en México*, ed. corregida y aumentada, México, Debolsillo, 2010, p. 7, 11, 41-42; y José Luis Ortiz Garza, *op. cit.*, p. 13.

⁵² Véase Juan Alberto Cedillo, *op. cit.*, p. 167-168, 171-173; y José Luis Ortiz Garza, *op. cit.*, p. 19, 22.

sabe perfectamente que la guerra no es un juego y que las personas no son fichas del tablero. Por lo mismo, tampoco creo realmente que Vasconcelos haya sido una pieza de la sofisticada maquinaria propagandística del Tercer Reich. Si en verdad lo creyera, omitiría muchas de las diferencias existentes entre las personas y las cosas: creencias, deseos, valores, sentimientos y demás cualidades que explican o hasta justifican ciertas acciones. Para ser estrictos, deberíamos decir que tipos como Arthur Dietrich, el mismo Vasconcelos y todos los colaboradores de *Timón* tuvieron razones para actuar como lo hicieron.

Es posible que sujetos como Dietrich hayan querido ganar adeptos a la causa germánica en América Latina desde México, país hasta entonces neutral y que resultaba de vital importancia por su posición estratégica; y como creían que serviría mejor a sus propósitos la figura de un intelectual auténticamente mexicano y con cierta influencia entre la opinión pública, se dieron a la tarea de buscarlo hasta encontrar en Vasconcelos al hombre ideal para dirigir una publicación como la “Revista Continental” *Timón*.

Gran parte del contenido de este semanario invita a pensar que las maniobras alemanas tenían por objeto la opinión pública de Hispanoamérica –pero sobre todo de México– para crear sentimientos de amistad y solidaridad con Alemania.

Un acercamiento a los posibles motivos por los que el escritor mexicano contribuyó a la tarea de poner en circulación un semanario tan germanófilo en su contenido parece indispensable antes de lanzar cualquier crítica. Es necesario preguntarse por las causas de su toma de partido por Alemania.

Francamente, no concibo a Vasconcelos como un títere comprometido con la tarea de echar a andar una empresa contraria a sus propias ideas, a lo que él quería para sí mismo, para México y para toda la América española. No creo que haya querido ser el candidato de Hitler para ejercer el cargo de Presidente de la República, tampoco llegar al poder mediante un golpe de Estado auspiciado por Alemania, pues aunque le haya interesado el reconocimiento oficial de su victoria de 1929 y su entrevista con Calles haya demostrado que, para hacerse del poder, ya ni siquiera le importaba pactar con el diablo, artículos suyos como el número once de *Timón* invitan a pensar en un hombre al que le preocupaba seriamente que los mexicanos fueran señalados desde Washington como posibles aliados del nazismo. Mucho menos me parece que el dinero lo haya motivado, pues la imagen que tengo del filósofo mexicano se parece, hasta cierto punto, a la de Tales, filósofo milesio que no se enriquecía porque su ambición era otra, muy distinta de las que pudieran tener las personas apegadas a los bienes materiales. A decir verdad, pienso en el escritor mexicano como una persona racional que decidió fungir como director de *Timón* porque entre Aliados y alemanes, optaba por los alemanes, y porque estaba convencido de que la dirección de una revista patrocinada por funcionarios y

empresarios teutones representaba una grandiosa oportunidad para seguir influyendo en la opinión pública de México.

¿Para qué escribiría Vasconcelos en *Timón*? Para ser leído, naturalmente. Detrás de sus artículos, se advierte el esfuerzo de un hombre que buscaba la atención del público; no tanto para anunciar el advenimiento de una nueva era, sino para tener efecto en la mente de sus lectores, para incidir en los ciudadanos, pero sobre todo para influir en las decisiones de quienes tenían el poder político. En aquella época de violentísimas aguas, el filósofo creía saber hacia dónde debía dirigirse la nave llamada México; pero como no tenía en sus manos el timón del Estado, debía conformarse con escribir para decir *su* verdad y para sugerirle al capitán de la nación la ruta que podía llevar al país a buen puerto. Dicho de otra manera, su labor periodística al frente de *Timón* revela serios intentos por convertirse en orientador de la política mexicana, especialmente de la política exterior. Ya desde el primer editorial es evidente que la orientación de la conciencia nacional fue la función con la cual justificó la existencia de un órgano como el suyo:

“... para decidir la posición que frente a las situaciones internacionales vigentes debe adoptar el país, hace falta saber. De una manera particular, las condiciones de la hora presente requieren con decisión firme, una despejada visión de las fuerzas que están en pugna. Juicio varonil, exento de rutinas, sentimentalismos y compromisos [...] Y ésta es la misión inmediata de la prensa doctrinaria, dar a conocer las posiciones, divulgar los credos en pugna, en suma orientar las conciencias para una acción, lejana o próxima, pero de mayor alcance que todas las disputas inmediatas de la política local”.⁵³

Orientación nacional. He ahí la función de la prensa doctrinaria. Si por orientación entendemos –como entendía Vasconcelos– la indicación de la conducta que se debe tener ante ciertas situaciones, la difusión de opiniones francas o la toma de partido, vemos la eficacia con la que *Timón* cumplió su cometido, pues desde el principio se reveló como azote de los Aliados y como un semanario dedicado a cantar las grandezas de Alemania.

Alguno dirá, con mucha razón, que esto fue así porque ninguno debía morder la mano que le daba de comer. Sin embargo, también debemos recordar que para Vasconcelos eran criticables las publicaciones periódicas neutrales, es decir, las que explotaban las pasiones de los bandos en pugna. Él creía que la información debía ser objetiva; pero el artículo y el editorial, para ser sinceros, debían ser parciales, es decir, decididos, resueltos, no neutrales. Nada de medias tintas. Por eso se inclinaba claramente por Alemania.

⁵³ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 26, 27.

Ante actitudes tales, cabe preguntarse si el amor por lo alemán era lo que movía la pluma del “Maestro”. ¿Se sentía tan alemán como Wagner, como Heidegger o como el propio Hitler? No lo creo. Es difícil que la raíz de su postura fuera un amor sincero por un país tan distante y tan distinto de cualquier nación hispanoamericana. ¿Qué vínculo importante podía hermanar al escritor mexicano con cualquier alemán de la época? ¿La lengua?, ¿la sangre?, ¿la historia?, ¿las costumbres? Nada de eso. Es más, ni siquiera es probable que haya hecho suyos los anhelos expansionistas del racista dictador nacido en Braunau, Austria.

Sin embargo, es difícil pasar por alto su entusiasmo por un país que combatía contra Inglaterra. Según Bar-Lewaw, Vasconcelos era más anti-yanqui que anti-inglés; pero los verdaderos amos de la revista no tenían interés en atacar demasiado a los Estados Unidos, así que el director de *Timón* siguió sus instrucciones al pie de la letra y tuvo que lanzar sus más enconadas flechas en otras direcciones. Nada más falso. Primero, porque Don José no se midió cuando criticó supuestas pretensiones expansionistas de los poderosos vecinos del Norte; y, segundo, porque independientemente de los motivos alemanes, el escritor mexicano tenía suficientes razones para ensañarse con los ingleses: los despojos consumados por sus piratas en el Nuevo Mundo, las intrigas para separarnos prematuramente de la Madre Patria, las derrotas infligidas a España, el dominio del orbe y el darwinismo social.

Pero los alemanes, ¿no eran tan agresivos como cualquier pueblo con garras imperiales? Hitler era el autor de un libro racista y sus medidas anti-judías eran tan atroces como los excesos cometidos por Nerón contra los primeros cristianos. ¿Acaso “El Maestro” ignoraba la barbarie nazi? Para nada. Vasconcelos no se chupaba el dedo. A Hitler lo había relacionado con el Ku Klux Klan y con Kipling, pregonero de la supremacía del hombre blanco. No se olvidaba de los abusos alemanes contra los judíos, pero tampoco de los atropellos ingleses contra los virtuosos bóeres del África del Sur.⁵⁴

Si alemanes e ingleses eran imperialistas, ¿cuál pudo ser otra de las razones por la que Vasconcelos decidió apoyar a los germanos? Respondo: para él era claro que el yugo secular que pesaba sobre la América española no era teutón, sino anglosajón. México jamás tuvo conflictos con Alemania. Ellos nunca merodearon por nuestras costas en espera de botín alguno, tampoco sembraron cizaña entre nosotros, no tenían intereses en Belice ni estaban metidos en las islas Malvinas. No sólo no habían puesto un pie en América, sino que ni siquiera tenían intenciones de hacerlo.

Si alguno lo hubiera definido como vil “anglófobo”, se habría defendido de su acusador con el escudo del patriotismo. De manera que si deseaba la rendición de los Aliados, especialmente de Inglaterra, no era por el simple gusto de

⁵⁴ Véase José Vasconcelos, “No empezaron los cristianos”, en *Hoy*, núm. 74, México, 23 de julio de 1938, p. 9; y José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 23, 32.

presenciar la caída del gigante, sino por las ventajas que esperaba para México tras el éxito germánico.

“Una nueva era surgirá en la historia, a consecuencia de la guerra que se está librando hoy. Y en esa nueva era los pueblos de América hallarán renovada oportunidad para organizarse conforme a su tradición y su sangre, y según sus antecedentes cristianos libres de las imposiciones francas o disimuladas del poinsetismo [...] Por el momento nuestro interés reside en el debilitamiento de la hegemonía anglosajona en el Planeta. Nuestra exigencia de pueblos en formación es que se derrumben todas las barreras que han estorbado nuestro progreso. Que en lo espiritual se nos deje en libertad para tomar el buen ejemplo y la belleza o la ciencia, de donde nos acomode, según nuestro gusto y ya sea de Francia, ya sea de Alemania. Y que en lo económico también, sin compromisos de panamericanismos de mercader, podamos comprar, lo mismo a Inglaterra que a Alemania o los Estados Unidos, según el precio, la calidad y otra vez también de acuerdo con nuestro gusto de pueblos que poseen un sentir, una estética propia. Comercio libre de ideas y de productos y estrechamiento de nuestras afirmaciones hispánicas por el sur del Continente y con la Madre Patria; la España gloriosa todavía oprimida, quizás pero al fin regenerada, libre del intento poinsetista que pretendió americanizarla y reformarla, según las reformas perversas que nosotros hemos sufrido”.⁵⁵

Vasconcelos esperaba que al término del conflicto se reanudaran los lazos culturales y comerciales entre América y el Viejo Continente pues, a su juicio, el comercio libre con el mundo era condición del desarrollo nacional y signo de relativa autonomía. En lugar del sistema monopólico o de puerta cerrada que concedía privilegios a un solo país, había que adoptar una política de puertas abiertas en materia cultural y económica. Eso era lo más conveniente para México, El Salvador o Colombia. En otras palabras, le importaba realmente que las naciones hispánicas pudieran ejercer el derecho de elegir, por cuenta propia, las influencias exteriores que creyeran más convenientes para su porvenir, independientemente de los intereses hegemónicos estadounidenses.⁵⁶

Por otra parte, con la mención de la estrecha colaboración entre los pueblos hispanoamericanos y la Madre Patria, salen a relucir sus anhelos hispanistas.⁵⁷ ¿De veras pensaba en la guerra europea como preludio de la unidad latinoamericana? Eso parece. ¿Cómo es que el triunfo germánico permitiría consumir el sueño bolivariano? Ésa no es una cuestión que Vasconcelos responda. Seguramente pensó que el ejemplo hitleriano de poner bajo el pendón alemán a todos los hombres de la

⁵⁵ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 27, 28.

⁵⁶ Véase José Vasconcelos, “Puerta abierta”, en *Hoy*, núm. 105, México, 25 de febrero de 1939, p. 22.

⁵⁷ Para una definición del término “Hispanismo” véase Ricardo Pérez Montfort, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE, 1992, p. 15-19.

misma raza cruzaría los mares y haría posible que los pueblos afines por la sangre, la lengua y la religión vivieran juntos y se defendieran contra nefastas injerencias como el poinsetismo.⁵⁸

Por ser un celoso defensor de la hispanidad, resulta lógico su regocijo por creer que en suelo español había naufragado el proyecto que Poinsett había realizado en el México del siglo XIX: despertar el odio religioso y provocar una guerra civil para terminar llevándose la parte del león.⁵⁹

Otro de los beneficios que Vasconcelos esperaba cuando la paz fuera restablecida era el fortalecimiento de lo que él llamaba “el poder católico”. Así lo hizo ver en el editorial número siete de *Timón*, titulado “La expectativa”.

“Y todos los pueblos del mundo tendrán que agradecer a Mussolini y a Hitler el haber cambiado la faz de la historia [...] No estamos en consecuencia delante de uno de esos cambios históricos en que el poder pasa de un Imperio a otro. La transformación es mucho más profunda [...] En la nueva situación el poder cristiano, el poder católico saldrá ganando. Y en consecuencia los pueblos latinos encontrarán una oportunidad nueva en la historia [...] Y porque los pueblos sienten, por la subconsciencia, el influjo de las corrientes que pueden libertarlos, es por lo que se explica, ese aparente acertijo que noche a noche puede contemplar el curioso en los teatros populares de la capital: Que en el desfile de banderas que en el tablado pasean muchachas bonitas, es la bandera alemana, la que se lleva las ovaciones”.⁶⁰

Según Vasconcelos, en aquel entonces estaba gestándose la alianza Roma-Berlín-Moscú. Con un eje tan imponente, la paz no tardaría en llegar. Entonces la Rusia de Lenin y Trotsky, bajo la influencia de Italia y de Alemania, dejaría de lado su ateísmo para volver a ser la abanderada del cristianismo en Oriente, como lo habían soñado los escritores rusos Tolstoi y Dostoievski.⁶¹

Francia dejaría de luchar y su gobierno sería nacionalista, libre de comunistas como León Blum y compañía. Inglaterra formaría también un gobierno nacionalista pero pagaría sus pasados errores con colonias y posesiones.

Sin embargo, los cambios más importantes ocurrirían en la Unión Americana. Según “El Maestro”, el viejo sajonismo estaba refugiado en el partido republicano, y en el partido demócrata la fuerza dominante era el judaísmo, pero en extraño consorcio con el catolicismo. Con el triunfo del fascismo en Europa – triunfo que suponía el derrumbe de la influencia judeo liberal–, en Estados Unidos

⁵⁸ Véase José Vasconcelos, “Racismo”, en *Hoy*, núm. 86, México, 15 de octubre de 1938, p. 18.

⁵⁹ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, op. cit., p. 31-32.

⁶⁰ “La expectativa”, Editorial, en *Timón*, núm. 7, México, 6 de abril de 1940, p. 5, 6.

⁶¹ Según él, Rusia era el país que Tolstoi y Dostoievski habían señalado como el elegido para un renacimiento cristiano mundial; y cuando fuera extirpado el marxismo, el pueblo ruso sería, en el futuro, lo que soñaron aquellos dos profetas, hombres de letras y revolucionarios auténticos: un abanderado de la idea cristiana. Véase José Vasconcelos, “Stalin, salto atrás”, en *Hoy*, núm. 30, México, 18 de septiembre de 1937, p. 9.

el mosaísmo quedaría reducido a minoría subordinada. Dicho vaticinio –dijo– no significaba que deseara ver perseguidos a los judíos. Y aun cuando los republicanos ganaran las elecciones, los católicos, aparte de seguir ofreciendo candidatos viables como Smith y Farley, serían fuertes en el bando demócrata o en el republicano, unidos en la idea cristiana con los protestantes.⁶²

Por todo lo anterior, el filósofo quiso pensar que en un futuro próximo el Procónsul sería católico y no protestante; un Morrow amigo de Roma y no de las Logias.⁶³

Vasconcelos veía luz al final del túnel porque creía que Alemania llevaba las de ganar, pero aclaró que un resultado contrario al esperado dejaría envuelto en las tinieblas a México. No hay mejor prueba que “El Banco Panamericano”, segundo editorial de *Timón*.

Allí, dijo que la guerra europea del catorce sirvió para que Argentina saneara su economía, pues al final del conflicto los capitalistas ingleses volvieron a desarrollar sus negocios, pero ya no para imponerse, sino para someterse a las directrices del Banco Nacional Argentino y para competir con los alemanes y los yanquis. Hasta la Venezuela de Juan Vicente aprovechó la guerra europea y el aumento de la producción petrolera para liquidar su deuda exterior.

En cambio, México vio pasar el mismo conflicto sin obtener ventajas; la deuda exterior se incrementó y la economía quedó deshecha desde que Carranza encomendó la Secretaría de Hacienda en manos de los peritos enviados por Wall Street.⁶⁴

La moneda se devaluó con la llamada “ley Calles”, la deuda exterior se trasladó del Viejo Continente a Nueva York e iba en aumento por haber expropiado los ferrocarriles, las tierras de norteamericanos y los yacimientos petrolíferos. Ni siquiera se podía echar mano de nada para pagar, pues todo –incluyendo la minería– estaba en manos extranjeras; y lo que no, estaba hipotecado o destruido. Es cierto, quedaba un territorio nacional extenso y potencialmente rico, pero

⁶² Para él, era significativo el precedente de Alfred Smith, descendiente de irlandeses pobres y primer candidato católico a la Presidencia de los Estados Unidos por el Partido Demócrata. Smith fue derrotado en 1928, pero puso de manifiesto el creciente poderío de las nuevas castas que poco a poco se configuraban e iban compartiendo el mando. Véase José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 64.

⁶³ Entre los antiguos romanos, un procónsul era el gobernador de una provincia; en ella, tenía el deber de proteger los intereses de Roma y de los ciudadanos romanos. Para Vasconcelos, había similitudes entre aquellos funcionarios y los embajadores de los Estados Unidos en México. En su cuarto volumen autobiográfico, señaló que, en tiempos de Calles, el embajador Morrow actuaba como procónsul de su gobierno imperial. Véase Bernardo Bátiz V., “El proconsulado”, en *La Jornada*, México, 31 de enero de 2011.

<http://www.jornada.unam.mx/2011/01/31/index.php?section=opinion&article=023a1pol>

⁶⁴ Estos argumentos no eran recientes. En 1937 había dicho que la plaga del carrancismo ignorante impidió que se aprovechara la contienda para liquidar la deuda exterior y para conseguir finanzas públicas independientes como lo hicieron Argentina y Venezuela en la misma época. También aseguró que, en Hacienda Pública, el mismísimo Don Luis Cabrera contrató a peritos norteamericanos como el famoso Kemmerer. Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, op. cit., p. 77; y José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 351.

indefenso por no contar con ejércitos adecuados ni con armamentos ni con fortificaciones de mar o de tierra.

Pero lo peor de todo era que en aquel entonces estaba planeándose la formación de un Banco Interamericano. Dicho banco tendría sus oficinas principales en Nueva York o en Washington, y en él se liquidarían los pagos internacionales entre las repúblicas americanas. Con la hegemonía económica que el banco trataría de consolidar, lo más normal era que Vasconcelos estuviera pendiente de la guerra europea. A su juicio, las democracias tratarían de asegurar un monopolio en la América española; un desenlace que les diera la victoria sería desastroso para el mundo conquistado y civilizado por los españoles.

“Lo único que podrá salvarnos es, en consecuencia, una paz justa en Europa. Una paz que nos deje a nosotros en condiciones de comerciar libremente con todos los pueblos de la tierra. Y en aptitud de elegir, entre los pueblos de Europa, las influencias y las relaciones que mejor convengan a nuestro desarrollo como naciones que defienden su personalidad, no sólo sus bienes”.⁶⁵

Por lo mismo, los llamados del panamericanismo para cerrar filas contra las dictaduras totalitarias no despertaban el entusiasmo del “Maestro”. En el editorial titulado “Ante el destino”, lamentó la situación de polacos, noruegos, belgas y holandeses por considerarlos pueblos débiles como el mexicano; también se dolió por la suerte de Francia, nación latina que en otros tiempos nos trajo un Imperio pero no pudo librarnos de la poderosa República del Norte.⁶⁶ Pero las lágrimas de quienes le lloraban a la democracia por suponerla en peligro en Inglaterra, en Francia y en el mundo entero no lograron conmovirlo. A su juicio, democráticas habían sido las pequeñas repúblicas medievales de Italia y de España; ni en Francia ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos veía democracia, sino intriga imperialista y plutocracia. Ésta es una de sus más claras incongruencias, pues negó que en la República del Norte hubiera democracia pero, como se verá más adelante, en números anteriores había reconocido que en aquel país había signos inequívocos de un ambiente democrático, entre ellos: la alternancia en el poder.

No quiero terminar este apartado sin atender algunas cuestiones: Vasconcelos anhelaba la victoria de Alemania sobre los Aliados pero, ¿por qué hablar bien de unos tiranos como Hitler y como Mussolini? Si aquellos dos eran dictadores, ¿por qué no los atacó? ¿Acaso el México de Don Porfirio, el México de Cárdenas o la Venezuela de Juan Vicente habían sido menos democráticos que la Alemania de Hitler o que la Italia de Mussolini? Para nada. Don José no puso en

⁶⁵ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 74.

⁶⁶ Ya antes había creído que, de triunfar el imperio de Maximiliano, la soberanía mexicana habría ganado terreno frente al poder anglosajón. Con apoyo francés, habría surgido un gobierno nacionalista capaz de lograr la reconquista de Texas y California. De esta manera, el imperio yanqui se habría desmoronado. Por desgracia, triunfaron los liberales juaristas supeditados a Estados Unidos. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 280, 299.

tela de juicio que el nazismo alemán y el fascismo italiano fueran dictaduras. Si él detestaba los gobiernos despóticos, lo normal hubiera sido que empuñara su pluma contra el par de tiranuelos. Si no los atacó fue porque, sencillamente, no le interesaba. A Vasconcelos le importaba, según dijo en “El fulgor en la tiniebla”, que la guerra europea produjera un equilibrio de fuerzas a fin de aligerar la carga que pesaba sobre Hispanoamérica. La disposición para señalar a Hitler y a Mussolini como figuras ejemplares me la explico de la siguiente manera: por muy demócrata que se haya considerado Vasconcelos, no estaba incapacitado para reconocer aciertos en las gestiones de gobernantes considerados por él mismo como dictadores. Por eso, ya antes había dicho que Don Porfirio siguió entregando los recursos nacionales al Plan Poinsett, pero en lo espiritual restableció la paz religiosa y se negó a consumir la desespañolización; por otra parte, la política patriótica de su ministro Limantour iniciaba una tímida reconquista de la autonomía económica, pues buscaba ligar la economía mexicana con Europa y no sólo con Estados Unidos. También estaba seguro de que Juan Vicente Gómez robó para sí, pero su fortuna se quedó en su país y las finanzas venezolanas no quedaron subordinadas al extranjero al término de la guerra del catorce. Finalmente, Hitler y Mussolini disponían de un poder absoluto, pero al menos estaban consumando lo que acaso él hubiera querido que iniciara algún patriota de México, de los Andes o del Plata: el rompimiento de las cadenas que anquilosaban a la Patria.⁶⁷

Es bastante claro que Vasconcelos anhelaba la victoria de Alemania sobre los Aliados. ¿Esto debe interpretarse como prueba de su preferencia por un régimen dictatorial como el encabezado por Hitler en aquel entonces? ¿Esto basta para tildarlo de nazi? Yo me inclino a pensar que no, pero de esto prefiero hablar en el siguiente apartado.

⁶⁷ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, *op. cit.*, p. 77; y José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 308.

¿ULISES NAZI?

¿Nazi? Yo me río de los que me hacen ese cargo porque soy de los pocos mexicanos que toda su vida han combatido contra las dictaduras. En cambio los servidores de éstas, de las de Huerta, Carranza, Calles, etc., son los que me llaman nazi. La causa de Alemania me simpatizó porque tenía mucho de liberación de un gran pueblo después de las injusticias de Versalles.

JOSÉ VASCONCELOS

Un estudioso de Vasconcelos, Fabián Acosta Rico, dice de entrada que el filósofo no era nazi. Quizá el objetivo de dicha afirmación sea desmentir a quienes han opinado lo contrario. ¿Nombres? Él no lo aclara, pero entre sus fuentes podemos encontrar a José Joaquín Blanco, quien en su amena obra llamó a Vasconcelos “nazi”. A todos aquellos que pudieran hacer el mismo cargo, ¿cuál es la prueba que Acosta Rico les arrojaría al rostro para demostrar que se equivocan? Nada menos que un libro: *La raza cósmica*. En efecto, se trata de un panegírico del mestizaje, pero hay un inconveniente al tratar de defender al “Maestro” con semejante ensayo, pues fue publicado en 1925, cuando nadie podía estar en condiciones de atribuirle simpatías nazis. Cuando aquel volumen salió de la imprenta, ¿quién era Hitler? Obviamente no era el Führer al que Vasconcelos adornó como representante de la idea alemana, sino un personaje gris del que seguramente no tenía noticia. Quienes han llamado “nazi” al escritor mexicano tuvieron en mente al hombre que dirigió *Timón* en 1940, no al anterior. No es lo mismo *La raza cósmica* que quince años después.⁶⁸

Si Acosta Rico quisiera defender con mejores armas al filósofo, hay una revista semanal que le recomiendo revisar; sus páginas están saturadas de propaganda, pero si son examinadas con la debida serenidad, llegarán a convencerlo de que Don José no era nazi a pesar de haber puesto sus esperanzas en los victoriosos ejércitos del Führer: se llama *Timón* (sí, la misma por la que Blanco le colgó a Vasconcelos el sambenito de nazi).

En 1948, un periodista le preguntó al “Maestro” si era nazi. ¿Cuál fue su respuesta? Se burló de los que lo llamaban así porque dijo ser de los pocos mexicanos que habían combatido contra las dictaduras a lo largo de su vida; señaló a sus detractores como lacayos de dictadores nacionales y aclaró que la causa de Alemania le había simpatizado porque había visto en ella signos de liberación de un gran pueblo después de las injusticias cometidas en Versalles.⁶⁹

Su réplica me parece valiosa para lo que aquí sostengo, pues no negó sus pasadas inclinaciones germanófilas, pero de ninguna manera toleró que lo ubicaran

⁶⁸ Véase Fabián Acosta Rico, *op. cit.*, p. 71; y José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 211.

⁶⁹ Véase Sergio Avilés Parra, “Siempre he sido cristiano”, en *Mañana*, núm. 230, México, 24 de enero de 1948, p. 34.

en el cenagoso terreno del nazismo; mucho menos unos lamebotas de generales como Huerta, Carranza y Calles. Para mí, tenía razón. Hay una gran diferencia entre desear que los alemanes ganaran la guerra y suscribir la ideología nazi.⁷⁰ ¿Por qué pudo haber evocado su actitud solidaria con la causa germánica? Seguramente pensó que su otrora participación en *Timón* era la causa del despectivo mote de nazi que le aplicaban sus críticos. ¿Qué hizo en aquel semanario? Como ya se dijo, tomó partido por Alemania. ¿Acaso levantó una voz de protesta contra la feroz dictadura que pesaba sobre aquel país? No, pero tampoco afirmó que a México le convenía erigir un régimen como aquél. De ninguna manera recetó remedios dictatoriales para curar los males del país. Es más, en esa revista considerada por algunos como una publicación totalmente antidemocrática podemos notar, si miramos bien, algunos de sus más poderosos argumentos a favor de valores democráticos y una gran capacidad para indignarse y denunciar ciertos vicios gubernamentales que, desde su punto de vista, hacían de México un país más aproximado al sistema dictatorial que al democrático. Las mejores y más claras pruebas de que el Vasconcelos de *Timón* estaba lejos de ser nazi porque creía en la democracia son sus propios escritos publicados en dicha revista.

Quien quiera convencerse, pase la vista por artículos como “Aprobación sospechosa”, fechado el 30 de marzo de 1940. Allí, Vasconcelos dijo que al pasar frente a las librerías para turistas ubicadas en la principal arteria de la ciudad, era fácil advertir un sinnúmero de volúmenes lujosamente ilustrados, escritos en inglés por apellidos israelitas y dedicados a cantar las excelencias de la situación mexicana. Los títulos de las obras apenas variaban: *El México que renace*, *La emancipación mexicana*, *México conquista lo suyo*... Cualquiera que tuviera un poco de memoria, descubriría en las flamantes ediciones viejos nombres de personas que por paga notoria y cuantiosa se dedicaban a decir de Cárdenas lo mismo que habían dicho bajo las administraciones de Carranza, de Obregón, de Calles y de Ortiz Rubio.

Los mismos que habían recibido dinero para elogiar a Carranza, cantaron después las grandezas de Obregón, aun cuando éste había matado a su predecesor y así con posteridad; a pesar del canibalismo político, los ilustres autores eran firmes en la realización de su apologética tarea. Únicamente el nombre del “Salvador” nacional iba cambiando.

Los hombres en el poder cambiaban, pero no la costumbre de comprar a ciertos escritores extranjeros. ¿Pruebas? Don José no las tenía, pero estaba seguro de que el gobierno mexicano gastaba sumas fabulosas para pagar las labores propagandísticas de autores extranjeros.

“Nunca, ningún país ha gastado en propaganda extranjera lo que México en los últimos treinta años. Es imposible obtener la suma exacta porque el sistema

⁷⁰ Para un estudio de la ideología nazi véase Roger Bourderon, *El fascismo: ideología y práctica (Ensayo de análisis comparado)*, México, Nuestro tiempo, 1981, 218 p.

fiscal dictatorial, jamás confiesa, jamás publica el detalle de los gastos administrativos. Pero todos sabemos de las fortunas acumuladas por más de media docena de propagandistas del México revolucionario en los Estados Unidos”.⁷¹

Es más, algún día, los rebuscadores de archivos entregarían a una futura generación indiferente los comprobantes de lo pagado por un pueblo sumido en la miseria para que, en los escaparates de las librerías para turistas ubicadas en grandes metrópolis como Nueva York, Buenos Aires y México, la mirada del nativo se distrajera y se llenara de asombro ante las portadas multicolores que anunciaban la epopeya increíble de un México que se estaba levantando de un pasado monstruoso.

Según aquellos aduladores profesionales, el pueblo mexicano caminaba por la senda de un progreso jamás igualado por algún otro pueblo en la Historia (ni por el romano ni por el británico ni por el yanqui). A juicio del “Maestro”, la realidad era distinta: el país llevaba muchos años de estarse levantando pero no terminaba de hacerlo, por muy ostentosos que fueran los libros de tipos como Tannenbaum.⁷²

Para darnos una idea de la realidad económica mexicana vista desde la óptica vasconceliana, podemos recurrir a un artículo titulado “Prosperidad en puerta”, fechado el 11 de mayo de 1940. Dicho escrito comienza con las siguientes palabras:

“Nunca, nos dicen las gentes, había atravesado nuestro país por una situación más penosa, desde el punto de vista económico. Nadie niega que, pese a los líderes que recogen la cosecha del ejidatario y en seguida lo arrebatan para la acción política, moralmente la posición del mexicano común y corriente ha mejorado. Algo es ya que la tesis gubernamental sea populista, aunque no se cumpla; algo es que un programa reconozca derechos, se comprometa a lograr mejoría. Peor era el porfirismo, mil veces, con su tesis de que eran masas irredentas los indios, los mestizos. Sin embargo, a pesar de que ha cambiado la posición teórica de gobernantes y gobernados, lo cierto es que desde el punto de vista de la economía, hoy como ayer la miseria es el patrimonio de un noventa por ciento de nuestra población”.⁷³

Como se puede apreciar, Don José no era un intelectual incapaz de reconocer lo que para él eran aciertos gubernamentales y cambios positivos en la vida política mexicana. Que el gobierno reconociera derechos, se propusiera lograr mejoría y desechara la tesis porfirista de que los indios y los mestizos eran masas irredentas

⁷¹ José Vasconcelos, “Aprobación sospechosa”, en *Timón*, núm. 6, México, 30 de marzo de 1940, p. 9.

⁷² Es probable que se haya referido a Frank Tannenbaum, historiador norteamericano y autor de libros como *The Mexican Agrarian Revolution (La Revolución Agraria Mexicana)*. Según Vasconcelos, Tannenbaum era judío, apologista de Calles y portador de la medalla del “Águila Azteca”, condecoración poinsetista creada por el otrora Presidente Abelardo L. Rodríguez, conocido como “el Pocho”. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 369, 380.

⁷³ José Vasconcelos, “Prosperidad en puerta”, en *Timón*, núm. 12, México, 11 de mayo de 1940, p. 9.

era un gran salto. Sí, pero tampoco era para lanzar cohetes pues, como él mismo reconoció, del Porfiriato al Cardenismo, el problema de la pobreza no había sido resuelto aún.

A su juicio, la situación del campo era delicada. Le dolía tener que contemplar aldeas norteñas perdidas en el arrenal, privadas de cemento para pisos y atarjeas –para él, el cemento era condición elemental de vida civilizada, de vida aseada–. Dichas aldeas carecían de toda suerte de comodidades: apenas un radio les daba mala música de serie; en todo lo demás, estaban desprovistas de muebles cómodos, de libros, de revistas, de alimentos variados, de agua pura y, con más razón, de vino de uva; eso sí, en ninguna parte podía faltar el maldito mezcal.

Pero las ciudades eran peores. Para él, no había peor escasez que la padecida en el centro de la gran ciudad, provista de cosas útiles y lujosas, pero accesibles a una escasa minoría; ni había peor tragedia que la de la familia pueblerina instalada con escasos recursos en el ambiente citadino pues, a cambio del poco dinero que traía, no lograba obtener más que puestos burocráticos de hambre reglamentada y ambiciones frustradas. Los mayores nada recibían, pues nunca se adaptaban. Por su parte, los jóvenes quedaban reducidos al vasallaje constante, a la insatisfacción y al descontento; de ahí que toda su vida trabajaran en una oficina y murieran sin hacerse dueños de la casa que habitaban ni de la mesa en que laboraban.

Tal era la miseria del campo y de la ciudad. Pero volvamos al anterior artículo, es decir, al que lleva por título “Aprobación sospechosa”. El fragmento citado me permite pensar en Vasconcelos como un demócrata que dirigía sus baterías contra un gobierno que no era transparente, o sea, contra un gobierno que restringía el acceso a cierto tipo de información (por ejemplo, de los gastos administrativos).

Según Bobbio, independientemente de la definición de democracia que adoptemos, la transparencia o visibilidad del poder es una condición imprescindible. Por lo mismo, Enrique Suárez-Íñiguez no duda en concebir a la transparencia como una característica indispensable de la democracia; sin ella, no puede hablarse propiamente de democracia.⁷⁴

De acuerdo con José Antonio Aguilar Rivera, la transparencia no es una moda inventada en las postrimerías del siglo XX, pues la idea de que los funcionarios públicos están obligados a proporcionar información estaba presente en la mente de Jeremy Bentham (1748-1832).⁷⁵ Pues bien, si la noción de transparencia no era inimaginable para el filósofo inglés, me atrevo a decir que tampoco lo era para el filósofo mexicano José Vasconcelos (1882-1959).

⁷⁴ Véase Enrique Suárez-Íñiguez (coord.), *Enfoques sobre la democracia*, México, UNAM-FCPyS/Miguel Ángel Porrúa, 2003, p. 152, 164-165.

⁷⁵ Véase José Antonio Aguilar Rivera, *Transparencia y democracia: claves para un concierto*, Cuadernos de Transparencia, núm. 10, México, IFAI, 2006, p. 11-22. www.ifai.org.mx/Publicaciones/publicaciones

Si para él eran dictatoriales los gobiernos que gastaban dinero a espaldas del pueblo, debían ser democráticos los que lo hicieran a la vista de todos. Si el gobierno mexicano era de los primeros e inspiraba la rechifla del “Maestro”, tal vez habría merecido su aplauso uno que se distinguiera por lo que hoy en día conocemos como transparencia. Quizá no sea descabellado pensar que Vasconcelos habría celebrado los avances logrados en México en materia de transparencia, por ejemplo: la aprobación de la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental y la creación del Instituto Federal de Acceso a la Información Pública (IFAI) en el año 2002. Pero, por otra parte, Vasconcelos era un mordaz crítico del gobierno mexicano. Con su aguda mirada seguramente habría encontrado alguna mancha o algún desperfecto y habría dicho que las tentativas de cambio no lograrían hacer mella. Quién sabe. Vasconcelos era complejísimo.

A un hombre como él, ¿para qué le habría servido la transparencia? Posiblemente para dos cosas: La primera, para seguir criticando, pero con mejores armas, los actos del gobierno; pues si el fragmento citado muestra que Vasconcelos juzgaba al fisco mexicano sin tener sumas exactas, ¿qué no habría hecho de haberlas tenido? La segunda, para inhibir censurables prácticas gubernamentales, entre ellas la propaganda extranjera; censurable porque, como él deja ver, el miserable pueblo mexicano terminaba pagando con sudor las fortunas acumuladas por más de media docena de propagandistas extranjeros; todo para que el gobernante en turno se diera el gusto de aparecer en flamantes ediciones como el forjador de un progreso inigualable que en realidad era ficticio.

Vasconcelos no se limitó a decir que el sistema fiscal de su país era opaco. En el número dos de *Timón*, había publicado un artículo titulado “La institución nacional de la mordida”, mismo que continuaría en el número tres y culminaría en el cuatro. En él, asestó durísimas críticas al sistema fiscal mexicano por considerarlo propio del sultanato. Si en materia tributaria las leyes eran democráticas, los usos le parecían típicos de un régimen situado a las antípodas de la democracia.

En cada sultanato –dijo–, el déspota fijaba la forma y el monto del impuesto sin consultar a los contribuyentes y lo cobraba por medio de agentes más preocupados por sacar provecho de las contribuciones que por ser fieles al Estado.

En el caso mexicano, la población entera tenía que soportar una plaga de colectores e inspectores de todo género. Tan sólo para circular por el territorio de la República, era necesario llevar una suma de dinero con la que fuera posible pagar infracciones a todo tipo de reglamentos de tráfico.

Valiéndose de leyes y reglamentos que parecían diseñados para no cumplirse rigurosamente, los agentes recaudadores acechaban al público para imponerle multas por omisiones baladíes. Pero lo peor de todo era que gran parte de las rentas del gobierno se quedaban en los bolsillos de funcionarios deshonestos.

“... y menos mal si el producto de cada infracción ingresase a las arcas públicas, pero sucede que la mayor parte de estas infracciones menores enriquece el botín de lo que el público ha dado en llamar la mordida: la gratificación que el funcionario exige para disimular la infracción y desviar el dinero a su propio bolsillo”.⁷⁶

Con un sistema fiscal tan inepto y corrupto, era normal que en México no hubiera una prosperidad como la que gozaban los países civilizados. Por eso era necesario desterrar los métodos turcos de exacción y adoptar métodos democráticos, o sea, métodos que suponían el acuerdo previo de los contribuyentes.

En la segunda parte del artículo, “El Maestro” aseguró que cuando Europa comenzó a salir de las sombras del feudalismo, dos grandes naciones fueron las iniciadoras del gobierno representativo mediante la convocación de Cortes regulares que creaban responsabilidades para el gobernante. En el siglo XIII, mientras la más brutal dictadura pesaba sobre ingleses y franceses, españoles e italianos aleccionaron al mundo con sus parlamentos que ponían condiciones al monarca para ejercer su mandato. Específicamente, las Cortes de Castilla y las Cortes de Aragón se reservaban el derecho de aprobar o rechazar los impuestos decretados por el rey.⁷⁷ Más tarde, uno de los principios ratificados por el parlamentarismo inglés consistió en el derecho del pueblo de exigir que los impuestos fueran decretados con su previo conocimiento y su pleno consentimiento.

“La base misma de la vida económica de una sociedad civilizada es esta garantía de que no puede caer sobre persona alguna o negocio, gravamen que no haya sido previamente discutido y aprobado por los representantes, no de los partidos políticos, sino de los causantes mismos, que, con sus votos, hacen y deshacen Cámaras y Parlamentos”.⁷⁸

La experiencia demostraba que ahí donde el impuesto se decretaba sin consulta y acuerdo de quienes debían pagar, el Estado ni siquiera recaudaba lo suficiente para su sostenimiento decoroso. No lo conseguía porque el público prefería contribuir a la mordida. Por ejemplo, si una multa de tráfico resultaba excesiva y requería demora y papeleo para su liquidación, era comprensible que los causantes –pensemos en camioneros o en personas modestas que necesitaban del

⁷⁶ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 115-116.

⁷⁷ Vasconcelos extrajo esta idea de un libro que el historiador inglés Hillaire Belloc tituló *La crisis de nuestra civilización*. En él, Belloc llegó a la conclusión de que, haciendo a un lado los antecedentes griegos y romanos, el primer parlamento europeo funcionó en el siglo XIII en el reino de Huesca, cerca de los Pirineos, en lo que hoy es la península ibérica. De España, el régimen parlamentario pasó a Italia, donde el gran Dante fue delegado del pueblo en la Asamblea florentina. Véase José Vasconcelos, “¿De dónde viene la civilización?”, en *Hoy*, núm. 40, México, 27 de noviembre de 1937, p. 9.

⁷⁸ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 117.

automóvil para ganarse la vida— decidieran pagar una gratificación con tal de librarse de trámites engorrosos con la policía.

Para lograr que la ley no fuera tan difícil de cumplir y evitar posibles arreglos por debajo del agua, Vasconcelos recomendaba simplificar los reglamentos y suprimir los trámites innecesarios. En suma, claridad y sencillez en materia de impuestos.

A juicio del “Maestro”, ni la misma mordida resultaba tan odiosa como la lentitud en el despacho y los trámites excesivos. Así lo dejó ver en la tercera y última parte de su artículo. Allí, se lamentó por las filas de personas con humildad pintada en el rostro que aguardaban indefinidamente para pagar sus impuestos en las oficinas fiscales federales. Le recordaban las colas de gente vulgar que en los Estados Unidos toleraba la nieve o el sol con tal de ver filmes en general embrutecedores. ¡Allá ellos con su necedad; nadie les ordenaba gastar el dinero así! Pero más que despreciable, el espectáculo de los tristes contribuyentes mexicanos era deprimente.

Así como el dueño de una vaca la alimentaba y la cuidaba para aumentar su producción, el Estado debía recordar que los contribuyentes eran los productores, que su tiempo valía dinero y por cada hora perdida para pagar impuestos, la economía nacional salía perdiendo.

Era inconcebible que la gente, aparte de aguantar el peso de las cargas públicas, tuviera que pasar horas de espera sin un techo que la cobijara de la intemperie. Si no fuera tan pasiva, se habría manifestado para conseguir mejor trato por parte del gobierno.

“Ya hace tiempo que la multitud que forma esas colas que aguardan en las colectorías fiscales, habría provocado, si no un motín, por lo menos una manifestación de protesta de esas que, en otros pueblos, determinan la caída de un Ministerio, si no fuese porque el ánimo abatido de nuestra gente, murmura pero no reacciona. No reacciona, ya lo hemos visto, ni ante las iniquidades más monstruosas [...] Para un extranjero que visitase México, sin información previa acerca del país, el espectáculo de las colas de humillados contribuyentes, sería bastante para convencerle de que se hallaba a mil leguas de la democracia y en plena satrapía oriental”.⁷⁹

El trato cortés del personal de las oficinas fiscales era lo menos que podían exigir los contribuyentes. ¿Qué mejor ejemplo que el de los funcionarios públicos en los Estados Unidos?

Por allá, los empleados públicos dependían del conjunto de ciudadanos, pues cada cuatro años los altos funcionarios que designaban el personal inferior tenían que presentarse ante ellos para darles cuenta de su gestión y pedirles el favor de sus

⁷⁹ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 121, 122.

votos. De esta manera, los votantes tenían el poder de reelegirlos o cesarlos de sus cargos. El público era el amo y el funcionario le sonreía.

Importantes ideas emergen de este artículo, por ejemplo: que para Vasconcelos, la práctica decía más de un régimen que la teoría; por muy democráticas que fueran las leyes mexicanas, los usos le indicaban que se hallaba lejos de la democracia y en pleno sultanato al más puro estilo de los pueblos musulmanes.

Si somos atentos, notaremos que el filósofo utilizaba palabras distintas para designar un mismo fenómeno. Que dijera “dictadura” y “sultanato” para referirse a la realidad política mexicana puede parecer absurdo. Como sea, debemos tener en cuenta que cuando él empleaba cualquiera de los dos términos, pensaba en un sistema incivilizado, es decir, no democrático.

A juzgar por el contenido del escrito, la distinción entre democracia y dictadura (o sultanato) parecía depender de la respuesta a la siguiente pregunta: ¿Por quién eran decretados los impuestos? Si eran discutidos y aprobados por los representantes de los contribuyentes, el sistema era democrático. Si eran fijados por el titular del Poder Ejecutivo sin el acuerdo previo de los que debían pagar, el sistema era dictatorial.

Puesto a elegir entre algún sistema, Vasconcelos no vacilaría ni por un momento: elegiría el primero y desecharía el segundo pues, para él, el único instrumento de autoridad facultado para decretar impuestos debía ser un órgano legislativo que realmente sirviera como contrapeso del monarca o del Presidente de la República.

En su opinión, el sistema padecido en México no era democrático, sino turco, pues el titular del Poder Ejecutivo parecía más un dictador por sus enormes facultades, entre ellas fijar a su arbitrio la forma y el monto de los impuestos. Lo llamaba “sultanato” o “sistema turco” porque en los pueblos musulmanes el capricho del sultán era la ley suprema. Las consecuencias de semejante sistema eran terribles, pues la capacidad recaudatoria del Estado terminaba siendo insuficiente.

También es curioso que saliera en defensa de la gente que pagaba gratificaciones para librarse de trámites engorrosos; a su juicio, la demora y el papeleo no le dejaban al infractor mejor alternativa que contribuir a la mordida. La solución debía venir de arriba con reglamentos claros y sencillos y con trámites expeditos.

Esto no significa que para Don José lo mejor que podían hacer los de abajo era cruzarse de brazos y esperar a que el cambio se produjera desde arriba. Para terminar con los reglamentos complicados, los trámites excesivos y la lentitud en el despacho, los inconformes contribuyentes podían hacer una manifestación de esas que en otros pueblos determinaban la caída de un Ministerio. Por desgracia, el

ánimo abatido del pueblo mexicano murmuraba pero ni siquiera castigaba las más enormes infamias.

Quisiera hacer un paréntesis aquí. Es posible que al expresarse así de su pueblo hayan pasado por su mente varias cosas: el fraude electoral del que se había considerado víctima; el Plan de Guaymas, o sea, su fracasado plan B para llegar al poder por medio de una rebelión; y la cobardía de un pueblo que, lejos de defender su voto con las armas, alzó los hombros ante la imposición de un desconocido como Ortiz Rubio y le dio la espalda al exiliado que había ganado las elecciones de manera limpia.⁸⁰

Ojo: Vasconcelos decía que, para resolver problemas, la democracia poseía métodos más eficaces que la violencia. Sin embargo, creía que bajo una dictadura podía no haber otra solución. Por ejemplo: si una dictadura defraudaba los resultados del voto, la revolución podía ser un instrumento válido. Eso sí: para ser legítima, la revolución, es decir, el recurso colectivo de las armas, debía ser breve y honda. Una vez obtenida la victoria, había que guardar los rifles y barrer los escombros para despejar el terreno y construir muros nuevos y más altos. En otras palabras, la revolución debía crear un estado de cosas más libre y justo que el anterior.⁸¹ Seguramente, en esto pensó cuando redactó el Plan de Guaymas; en esto y en el exitoso ejemplo de Madero, autor del Plan de San Luis y personaje al que jamás bajaría de su pedestal.

Volvamos a *Timón*. Si el pueblo mexicano era incapaz de hacer que se respetara su voluntad expresada en las urnas, era de esperarse que soportara toda clase de humillaciones: plagas de colectores, reglamentos complicados, mordidas y largas horas de espera en las oficinas fiscales.

Para recalcar las desgracias de la realidad mexicana, era típico de Vasconcelos evocar el ejemplo de alguna situación opuesta. Para ello, no era necesario ir tan lejos; le bastaba mirar al norte del río Bravo. Había viajado por el mundo a lo largo de su vida y en varias ocasiones había residido en los Estados Unidos. De ahí que pudiera ilustrar a sus lectores acerca de la vida política norteamericana. Como se puede apreciar, de la República del Norte admiraba la disposición de los políticos para rendir cuentas al público y la capacidad de los ciudadanos para hacerse respetar a través del voto.

Sobre las bondades de la democracia, Vasconcelos escribió párrafos interesantes. En su artículo del número ocho de *Timón*, pareció decir que la corrupción era una lacra que no respetaba fronteras. En la Unión Americana también la padecían. Sin embargo, por allá contaban con un democrático antídoto: la alternancia en el poder.

⁸⁰ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 378-379.

⁸¹ Véase José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 74, 81; y José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, op. cit., p. 47-50.

Comenzó diciendo que secreto a voces era el de la corrupción que reinaba en la policía, rama no menor del podrido árbol mexicano. La gente creía que si los delincuentes gozaban de impunidad era porque algunos agentes estaban coludidos con auténticas bandas de criminales. Los casos de casas y departamentos robados a plena luz del día eran tan frecuentes que ya ni llamaban la atención. Lo único que hacían las Delegaciones era explicar al quejoso “la forma técnica” del robo. Pero después de ilustrar cómo habían actuado los criminales, ya ni siquiera se realizaban las averiguaciones de rutina. Y lo peor de todo era que las inmoralidades del personal inferior de la policía penal ponían a los delincuentes en condiciones de reírse de la ley.

Todo el mundo sabía del coyotaje que medraba en torno de los autos de prisión, de las libertades bajo caución y de los perdones. Y si a esto se añadía que el sistema penitenciario, con el pretexto de mal interpretadas doctrinas de benevolencia en el trato de los presos, había convertido las cárceles en hoteles, era fácil entender por qué la criminalidad se había convertido en una carrera provechosa.

Un serio intento para romper la cadena de complicidades había sido realizado recientemente por el general Núñez, Inspector General de la policía capitalina, al exigir la renuncia del personal de la Policía Reservada. Se creyó que, luego de la renuncia colectiva, el Jefe estaría en condiciones de estudiar los antecedentes de cada servidor de la Seguridad Pública, con el fin de reponer a los honrados.

Trescientos treinta fueron los agentes que habían renunciado. Y el público, recientemente comprometido a pagar bonos especiales de policía, aparte de otros impuestos agobiantes, se había sentido complacido y había esperado que las autoridades procedieran a fondo, pues el gesto del general Núñez de nada serviría si se permitía que en los nuevos nombramientos influyeran razones de amistad o de partido.

Como dicen por ahí: “En todas partes se cuecen habas”. Ni la Unión Americana se salvaba de la corrupción. Sin embargo, la alternancia en el poder servía para poner un dique al nefasto fenómeno. “A grandes males, grandes remedios”.

“Aun en los Estados Unidos, que antes fueran un modelo de servicios públicos, la policía de las grandes ciudades padece con mucha frecuencia de corrupciones notorias. La alternación de los partidos en el poder, constituye, sin embargo, un freno vigoroso contra las inmoralidades. En cada período electoral, el público desesperado se da el gusto de cambiar de amos. Entre nosotros hay que esperar todo de la buena voluntad de los que mandan”.⁸²

⁸² “Nunca es tarde... Las inmoralidades en la policía”, Editorial, en *Timón*, núm. 8, México, 13 de abril de 1940, p. 5.

Los últimos renglones del editorial me parecen magistrales y me dejan pensar que Don José fue capaz de separar su habitual antiyanquismo de su admiración hacia ciertos aspectos de la democracia norteamericana. Por muy incómodos que le hayan parecido los vecinos del Norte, supo reconocer que resolvían sus problemas internos de forma democrática, es decir, de forma civilizada, sin incurrir en violencia. Por otra parte, no parece que Vasconcelos haya mencionado la corrupción gringa para disimular la mexicana, mucho menos para justificarla. Más bien, quiso mostrar que, en otras partes, los procedimientos democráticos eran capaces de frenarla; y que era mucho lo que podía lograr un pueblo si en vez de atenerse a la buena voluntad de los de arriba, expresaba la propia en las urnas electorales.

Como se puede apreciar, el antiguo candidato a la Presidencia de la República seguía creyendo que la mejor forma de gobierno para su país era la democracia, una democracia limpia y auténtica. Sin embargo, hay autores empeñados en sostener que la derrota del veintinueve propició que arrojara sus principios democráticos al cesto de la basura y apoyara las concepciones del nazismo, incluida la referente a la nocividad de los judíos. Para comprobarlo, gustan de citar textos como los artículos escritos por Vasconcelos en los números trece y catorce de *Timón*.⁸³ Echemos un ojo al artículo del número trece:

Debido a la mezcla racial mexicana, Don José deseaba que en el mundo, pero especialmente en su país, prevaleciera la tolerancia como base de un ambiente pacífico y armonioso. Por lo mismo, no tenía el menor interés en desatar algún tipo de persecución. Al contrario: para que fuera posible la convivencia civilizada, era indispensable que todos prestaran su concurso. Asimismo, había que estar alertas ante riesgosos ataques orientados a estorbar el desarrollo de la nación mexicana. Su actitud no era ofensiva, sino defensiva. Y su defensa procedía contra sutiles y peligrosas agresiones derivadas de planes un tanto oscuros. Como periodista, su manera de contribuir a la defensa contra supuestas estratagemas era denunciándolas, en espera de que las autoridades tomaran cartas en el asunto.

Comparado con otros países, México gozaba de una libertad de prensa bastante efectiva por aquella época. Sin embargo, las intervenciones en la distribución y las presiones a los anunciantes comenzaban a ser maniobras de uso corriente. Increíblemente, ya no era el gobierno quien se oponía, sino personas extranjeras –judíos –, que aparte de enriquecerse a costa de los trabajadores, usaban sus recursos a fin de amordazar disimuladamente a las publicaciones independientes que no eran de su agrado.

Lo esencial era que los mexicanos tuvieran garantías para expresar y defender sus ideas. Como mexicano, Vasconcelos reivindicó el derecho de

⁸³ Véase Esther Shabot, “El pensamiento antisemita de José Vasconcelos”, en *Estudios judaicos*, núm. 8, México, 1990, p. 38.

informar al público sobre asuntos internacionales y de juzgarlos con libertad, a despecho de intereses ajenos al de la nación. Si sus opiniones desagradaban al público, lo lamentaba cortésmente, pero estaba dispuesto a seguir adelante, sin atender a otro interés que al del país. De allí que se indignara contra los golpes bajos de personas influyentes y adineradas, pero extranjeras a final de cuentas y obligadas a respetar la opinión mexicana.

Una aclaración: el autor jamás atribuyó malas intenciones a todos los judíos. De hecho, pensaba que había judíos de buena fe, y que éstos debían ser los primeros interesados en que se hiciera la luz, prestando su ayuda de ser necesario para deshacer unos planes que, a la postre, se volverían contra ellos, tal como había sucedido en Alemania, donde los obstáculos a la circulación de ciertas revistas había sido causa determinante del antisemitismo.

Dada la importancia del artículo, me parece necesario citar buena parte de su contenido, sin más pretensión que darle la palabra al “Maestro” para que sea él quien se exprese tal y como lo hizo en aquel año 1940:

“Muy lejos estamos del propósito de predicar odios de raza. Creemos firmemente en el credo americano continental de la posibilidad de la convivencia de todos los colores de la piel. A causa de nuestra propia mezcla étnica nos hallamos nosotros interesados en que por todo el mundo, pero particularmente entre nosotros, se imponga la tolerancia humana que nos permita a todos vivir en paz y armonía. No pretendemos por lo mismo suscitar malas voluntades, menos aún contribuir a ningún género de persecución. Pero al mismo tiempo y para que este ideal de convivencia civilizada pueda consumarse, es indispensable que todos colaboren a él de buena fe. Y resulta también imprescindible que estemos alerta para oponernos a todo el que intente violar la lealtad que ha de ser base de la convivencia [...] No atacamos a nadie, pero nos defendemos. Y procede la defensa contra toda agresión. Y no hay agresión más peligrosa, por lo mismo que es sutil, que la que deriva de planes secretos o maquinaciones dirigidos a estorbar nuestro desarrollo, o a minar nuestra posición como núcleo racial que posee de modo legítimo una porción del planeta [...] Examinemos un caso concreto: el de la libertad de prensa sin la cual es inútil querer aleccionar a los pueblos en la defensa de sus intereses [...] Ya no es la acción gubernamental quien se opone, sino la audacia de ciertas maffias que aprovechan la hospitalidad del país para enriquecerse a costa de los trabajadores y en seguida para poner mordaza disimulada a las publicaciones independientes [...] Si nuestra posición desagrade a unos u otros, lo lamentamos por cortesía, pero seguiremos adelante, sin atender a otro interés que al nacional. No somos antisemitas ni somos antiingleses, ni somos antinada. Somos promexicanos, y eso es todo. Mexicanos con el derecho de juzgar

libremente la cuestión internacional y con derecho de levantarnos indignados contra los intentos que ya se han hecho, se están haciendo para acallarnos”⁸⁴.

Según Vasconcelos, una manera de evitar las persecuciones raciales en su país era denunciar las causas que en otras latitudes las habían provocado. ¿A qué causas se refería? A tácticas consideradas por él como desleales, pues provenían de personas que no eran sino huéspedes. En concreto, señalaba la presencia en México de una mafia extranjera que estaba moviéndose para excluir de la circulación a un órgano como *Timón*.

Le parecía lamentable que un grupo de judíos tuviera que valerse de medios tan viles, pero tal era la realidad y era mejor encararla que hacer la vista gorda. Al sentir en la propia carne la garra judía, le vino a la memoria la lectura de unos documentos un tanto fantásticos, pero también tenaces y perjudiciales, como los tristemente célebres *Protocolos de los Sabios de Sion*.

En el número catorce, después de citar un largo capítulo sobre la forma de combatir la prensa de los cristianos, Vasconcelos llegó a la conclusión de que los judíos estaban cumpliendo al pie de la letra los enunciados protocólicos pues, para él, era evidente que la mayor parte de las empresas de los grandes rotativos estaba en manos judías.

Según Vasconcelos, la formación de una sicosis de guerra en la prensa del mundo, la cruzada contra países como Italia y como Alemania, las tendencias de izquierda y el calificativo de “fascista” para todo el que no comulgaba con las ideas del judío Marx eran hechos que delataban a la mano ejecutora de un plan. Ese plan era el judaico.

Finalmente, Don José concluyó su artículo manifestando su rechazo ante posibles escenarios violentos como el alemán. A pesar de todo, seguía creyendo que América debía ser cordial con todos los pueblos del globo, siempre y cuando pusieran su grano de arena.

“Ojalá que en México nunca llegue a crearse una situación como la que obligó a Alemania a tomar medidas de defensa. La ley en América es la hospitalidad para todos los pueblos de la tierra. Pero la condición de esa hospitalidad es que no se violen las reglas de la convivencia. Y cuando un grupo recurre a procedimientos desleales, tarde o temprano tendrá que resentir las consecuencias”⁸⁵.

A diferencia de Shabot, Judith Bosker no atribuye posturas como éstas a desencantos políticos ni al peso del tiempo. Según ella, el autor de *La raza cósmica* le había conferido al cristianismo un lugar central en la América de donde partiría

⁸⁴ José Vasconcelos, “Contra los planes ocultos, la luz de la verdad”, en *Timón*, núm. 13, México, 18 de mayo de 1940, p. 11.

⁸⁵ José Vasconcelos, “En defensa propia: Los protocolos de los sabios de Sión”, en *Timón*, núm. 14, México, 25 de mayo de 1940, p. 9.

la raza cósmica, raza mestiza. Por lo tanto, quedaban fuera todos los grupos religiosos, raciales, culturales o sociales que no fueran susceptibles de ser incorporados a la dimensión cósmica, tales como los judíos y los indígenas.⁸⁶

Nada más falso. La raza cósmica pensada por Don José no era excluyente, sino incluyente. Por eso al autor le parecía funesta la exclusión de cualquier grupo humano. Para él, el indio era buen puente de mestizaje.⁸⁷

Vasconcelos enarbolaba la bandera de la mestizofilia. La había recogido en los *Estudios Indostánicos*, la flameó en *La raza cósmica* y la siguió portando con orgullo en la revista *Timón*. Para convencernos de esto último podemos acudir a su artículo titulado “Indigenismo político”.

En él, aseguró que en las últimas décadas, cada administración había procurado sobresalir en el arte de pronunciar discursos a favor del indio. Sin embargo, labores efectivas no eran visibles debido a la incompetencia de dirigentes y de educadores y al enorme problema de la educación de las masas.

Si en México ni siquiera se podía dar escuela a todos los niños de las urbes principales, mucho menos podían cubrirse las necesidades educativas de la población rural, de la cual el indio era la porción más difícil de alcanzar.

De la incapacidad para educar a las masas rurales provenía el riesgo que cada revolución agravaba: que se armara y ganara el poder una porción que, por no estar preparada, en vez de construir, destruyera.

La calamidad principal del indio estaba en su miseria, en la pobreza de sus tierras y en la escasez de su técnica. Sin embargo, para la clase media de la ciudad y del campo no todo era miel sobre hojuelas, pues apenas tenía para comer y también padecía los abusos de políticos y de líderes.

Para Vasconcelos, la ignorancia y el desamparo del indio habían aumentado desde que se le quitó a la Iglesia el derecho de educar, pues de esta manera quedó interrumpida la gloriosa labor que en tres siglos de coloniaje había posibilitado la incorporación del indio a lo mexicano –a lo español–, borrando así las barreras creadas por el color de la piel –diferencia que, en pleno siglo XX, seguía constituyendo factor de menosprecio en otras naciones–.

La importancia de integrar al indio a lo mexicano fue sostenida por el Presidente Cárdenas, emisor de un mensaje que motivó el aplauso del “Maestro” y posiblemente sacó verdes canas a los indigenistas empeñados en mantener a los indios en escuelas especiales al más puro estilo de los educadores yanquis.

“En el reciente congreso indigenista de Pátzcuaro, hubo una voz que reconoció tácitamente lo que venimos diciendo al proclamar: ‘que no se trata de conservar indio al indio, ni de indigenizar a México, sino de mexicanizar al indio’.

⁸⁶ Véase Judith Bosker, “El antisemitismo: recurrencias y cambios históricos”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 182-183, México, UNAM, mayo-diciembre de 2001, p. 121-122.

⁸⁷ Véase José Vasconcelos, *La raza cósmica*, op. cit., p. 22.

Estas palabras cuerdas son del Presidente Lázaro Cárdenas y no han de haber complacido mucho a ciertos profesionales del indigenismo que en su afán de copiar todo lo norteamericano, se dedicaron a sostener colegios especiales para indios, o sea un reflejo del sistema de la reservación. Siendo la reservación, desde luego, un sistema lógico en el país de su origen, país de masa europea, y absurdo entre nosotros que aparte de ser en un ochenta por ciento indios, llevamos más de cuatro siglos de aplicar con éxito relativo el sistema de fusión de todos los colores de la piel”⁸⁸.

Por último, era de vital importancia la unión entre indios y mexicanos de sangre española o semiespañola, pues las mayores amenazas venían de fuera. Desde el sur de Estados Unidos hasta Panamá, había una raza más homogénea de lo que se creía; y lo que faltaba era la unión basada en la justicia, unión fortalecida por la mutua tolerancia y la comprensión del amenazado porvenir.⁸⁹

Entonces, ¿podemos acusar a Vasconcelos de racista, sí o no?⁹⁰ El director de *Timón* diría que no, pues el racismo se manifiesta en salvajes medidas como las adoptadas en Alemania contra los judíos. De ninguna manera quería que México se convirtiera en campo fértil para persecuciones raciales como las ocurridas en otros países, pero tampoco deseaba que personas extranjeras usaran malas armas para destruir a las publicaciones periódicas que no eran de su agrado. Le irritaba que siendo habitante legítimo de su país, tuviera que resentir las maniobras de la mano judía. Por eso decidió denunciarlas ante el tribunal de la opinión pública, antes de que tomaran cuerpo y estrangularan el ejercicio de un derecho que otorgaban las leyes y la práctica gubernamental de aquel entonces.

Si echamos un vistazo a las páginas de *Timón*, podremos notar algunos artículos antisemitas. Uno de ellos había justificado el buen tino de países como Alemania por haber lanzado un torrente de desinfectante contra los judíos, poniéndolos en las fronteras y obligándolos a buscar otros ambientes para su errada manera de vivir. En él, se buscaba resaltar que dichos ambientes no debían ser los

⁸⁸ José Vasconcelos, “Indigenismo político”, en *Timón*, núm. 10, México, 27 de abril de 1940, p. 7.

⁸⁹ Vasconcelos había planteado la idea de la homogeneidad racial iberoamericana en las primeras páginas de su *Indología*. ¿Cómo podía existir una raza homogénea en una región habitada por mestizos, indios, criollos, negros y mulatos? Lo que pasa es que Vasconcelos era un brillante malabarista de las ideas políticas y no siempre tenía conceptos quietos. En el caso de “raza”, Don José la relacionaba con factores biológicos, pero también con factores extragenéticos como la historia y la cultura. De esta manera, podía decir que los indios hispanohablantes de México y los negros católicos de las Antillas eran hijos legítimos de la raza española. Si la uniformidad racial no estaba consumada, no había que lamentarse, pues el proceso de mestizaje había iniciado desde la época de la Conquista y sólo había que continuarlo. Véase José Vasconcelos, *Indología: Una interpretación de la cultura iberoamericana*, 2ª ed., Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1970, p. 9, 16-17; Salvador Alejandro Perdomo Reyes, *José Vasconcelos: de su vida y de su pensamiento político*, México, UNAM-FCPyS, Tesis de Licenciatura, 1990, p. 3; José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, op. cit., p. 110-111; y Fabián Acosta Rico, op. cit., p. 75-77.

⁹⁰ Para una definición del término “Racismo” véase Paz Moreno Feliu, “La herencia desgraciada: racismo y heterofobia en Europa”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 34, México, El Colegio de México, enero-abril de 1994, p. 57-61.

mexicanos. México necesitaba inmigrantes limpios y sanos tanto de cuerpo como de conciencia. Los demás podían irse al Peloponeso, a Palestina o a Marte.⁹¹

Con razón había personas que no podían ver con buenos ojos a la llamada “Revista Continental”. ¿De qué se sorprendía su director? Si dijo no ser antisemita, ¿por qué no evitó la publicación de textos que podían resultar ofensivos para la comunidad judía? Quizá no estuvo en sus manos. Quizá creyó, como buen demócrata que se consideraba, que la libertad implicaba el derecho a expresar el pensamiento propio sin el control o la censura de poder alguno.⁹² Si el gobierno cardenista venía tolerando la discusión libre de los asuntos nacionales e internacionales en la prensa mexicana, ¿por qué iba a ser él, Vasconcelos, quien pusiera mordazas a los hombres y mujeres de su propio equipo que apuntaban soluciones a los problemas contemporáneos? Además, una cosa es lo que dijeron sus colaboradores y otra muy distinta lo que dijo él. Detengámonos en los artículos del pensador que aquí nos interesa. ¿Hay en ellos exhortaciones a dominar, explotar, confinar, expulsar o acabar con personas por motivos raciales, lingüísticos o religiosos? La respuesta es no. Con todo y las intrigas de que dijo ser víctima, jamás buscó la solución en ráfagas de violencia, destrucción y barbarie. Simplemente confió su problema en manos de las autoridades. Los actos de brutalidad le habrían parecido falsos remedios.

“Falsos remedios”. Tal es el título de un escrito que deseo traer a colación pues, aunque no pertenece a *Timón*, revela muchas de las ideas que Vasconcelos tenía sobre los judíos. Don José lo había escrito a finales de 1937 con motivo de un memorial concebido por alguna liga y refrendado por cierto grupo de legisladores. En dicho documento se había pedido tomar bestiales medidas contra los judíos que se habían ido apoderando del comercio grande y pequeño de la capital mexicana.

Entre los perseguidores de judíos y los judíos, “El Maestro” se quedaba con los judíos. En muchos aspectos los admiraba: le parecían personas inteligentes, trabajadoras y pacíficas –o, mejor dicho, pacifistas–. No tenían ejércitos, pero habían sobrevivido a sus perseguidores a lo largo de la Historia. No tenían patria, pero vivían de su inteligencia; y los que no eran científicos o artistas, por lo menos vivían en un ambiente de cultura. No acataban a los inmorales ni a los hombres de ignorancia, sino a los hombres de letras, a los sabios, a sus rabíes. Contra los judíos no tenía más que un solo cargo: no eran cristianos ni querían serlo ni dejaban de ser enemigos de Cristo. Él creía que la paz mundial al final de los tiempos vendría con la conversión de los judíos al cristianismo. Mientras tanto, no se debía perseguirlos. Como cristiano, se rebelaba contra toda clase de persecución en masa, contra todo atropello que lastimaba más al victimario que a la víctima.

⁹¹ Véase “¡Hay que hacer limpieza!”, en *Timón*, núm. 8, México, 15 de abril de 1940, p. 44.

⁹² Véase Francisco Martín Moreno, *op. cit.*, p. 297; y Fabián Acosta Rico, *op. cit.*, p. 81.

A decir verdad, él había rechazado la política callista de expulsar españoles para reemplazarlos con extranjeros como los judíos, pues en cada español establecido en México veía la semilla de una familia mexicana. Para él era claro que antes de la expulsión, los españoles no siempre se establecían en las grandes urbes, pues había quienes partían al trópico, desafiaban enfermedades y el aislamiento de las más remotas aldeas; pero allí laboraban, formaban fortuna y hacían de la tienda el centro de la tertulia. Después, los judíos harían algo parecido, con la diferencia de que no convivirían con los nativos ni harían de su casa el centro de la tertulia; se mantendrían extranjeros tanto de cuerpo como de alma. El gobierno jamás debió proceder así, pero ya que la torpeza estaba consumada, lo peor sería buscar el remedio en leyes antisemitas, exclusiones, prohibiciones tardías, atropellos o persecuciones.

A su juicio, el peligro no estaba en los judíos, pero sí en las ideas judías infiltradas en la política mexicana. En vez de acabar con los judíos, había que rechazar las doctrinas que los judíos habían ayudado a crear, tales como el bolchevismo y el anticristianismo.

En suma, no se debía tocar a los judíos, tampoco se debía dejar que intervinieran en la política mexicana ni que acabaran con los valores del cristianismo. Bien tratados, los judíos podrían ser elementos útiles para el futuro del país.⁹³

Para Don José, “extranjeros” eran las personas que no abrazaban el destino del país que los acogía y que lejos de fundirse con sus hospederos, los dominaban y los explotaban. Si los judíos eran extranjeros influyentes y adinerados, ¿cómo evitar que pusieran en riesgo el desarrollo económico de los mexicanos? ¿Expulsándolos a puntapiés? ¿Enviándolos a los campos de concentración? ¿Metiéndolos a las cámaras de gas? ¡No! Vasconcelos habría dicho que para contar con el porvenir, hacía falta una campaña cultural intensa con el fin de asimilar a los extranjeros que disfrutaban propiedad en territorio nacional, pues el secreto de las grandes naciones era la facilidad y la generosidad con la que adoptaban y asimilaban lo extraño siempre que fuera noble y constructivo. Quizá no haya habido mejor ejemplo que la España que agrandó los límites del mundo por obra de un genovés o judío y aceptó misioneros italianos, franceses, holandeses e irlandeses para civilizar las tierras descubiertas.⁹⁴

Ahora bien, en muchos países americanos, entre ellos México, aun subsistían grupos indígenas que, a diferencia de los judíos, estaban alejados del mundo civilizado. ¿Qué hacer con ellos? ¿Dejarlos desamparados? ¿Aplastarlos para mayor gloria y ventura de la raza blanca? ¿Esterilizarlos para que no pudieran

⁹³ Véase José Vasconcelos, “Falsos remedios”, en *Hoy*, núm. 37, México, 6 de noviembre de 1937, p. 11.

⁹⁴ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 123, 296; José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 48; y José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, op. cit., p. 110.

reproducirse? ¡Nada de eso! Dichos grupos eran los blancos de un imperialismo que buscaba educarlos por su cuenta para sacarles provecho posteriormente. La infiltración educativa de los protestantes no sólo se concentraba en México; también tenía lugar en Costa Rica, Ecuador, Perú, Chile y Argentina. Y aunque no prosperaban tanto los esfuerzos protestantes, tampoco eran desdeñables como para darles la espalda. Según Vasconcelos, la injerencia del protestantismo en el cuerpo educativo mexicano había provocado una controversia en materia de educación indígena. Basados en hipótesis antropométricas y etnográficas que recomendaban una ciencia para cada cerebro, una pedagogía para el blanco y otra para el indio, los “aprotestantados” planteaban la conveniencia de aplicar el sistema yanqui de colegios especiales para indios. A juicio del “Maestro”, dicho sistema provocaría la separación de castas evitada por los españoles en beneficio de la unidad nacional. Por eso defendía con tesón el viejo sistema cristiano español que desde cuatro siglos atrás había decidido reunir al indio, al negro y al blanco en la misma cátedra. De ahí que señalara como el objetivo más urgente de las instituciones educativas mexicanas la conquista de las almas indígenas como en la época de las misiones católicas.⁹⁵

Las obras de los misioneros católicos le parecían magistrales, pues en el México de la Colonia levantaban monasterios que servían como escuelas y talleres. En ellos, los monjes no sólo predicaban, confesaban y bautizaban; también enseñaban a leer y escribir y daban lecciones de latín y de música. Fundaban colegios para la formación de sacerdotes indígenas, enseñaban oficios a los indios y llenaban las aulas con los hijos de criollos, indios y españoles. Jamás usaron la fuerza para convertir gentiles. Al contrario: toda su labor cultural estuvo apoyada en la persuasión y supieron enderezarse contra los abusos de los militares cuando fue necesario. Entre dominicos, agustinos, jesuitas y carmelitas, destacaba el ejemplo de los humildes franciscanos por haberse ganado, mejor que las otras órdenes, el afecto de los indios cuyo alimento compartían, lo mismo que sus chozas y sus penas. Y entre los franciscanos, destacaba la figura del descalzo Sahagún por haber dedicado sesenta años a la educación de los indios y por haber aprendido sus dialectos para rescatar su historia.⁹⁶

Ojo: Vasconcelos no proponía que todos en México se hicieran indios ni mucho menos regresar al país a los tiempos de los aztecas. Tampoco sugería la eliminación violenta de las poblaciones indígenas. Lo que buscaba era redimir a los indios, levantarlos al mismo nivel cultural del blanco y demostrar que los pueblos de color eran capaces de asimilar la cultura del blanco.⁹⁷

⁹⁵ Véase José Vasconcelos, *De Robinsón a Odiseo: Pedagogía estructuralista*, México, H. Cámara de Senadores, 2002, p. 137-138. <http://www.ultimoreducto.com/galeria/robinsonodiseo.pdf>

⁹⁶ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 119-124.

⁹⁷ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, *op. cit.*, p. 107-108.

Hoy en día, son varios los estudiosos que advierten un contenido racista en el discurso del escritor mexicano, pues aunque no haya preconizado prácticas como la exclusión, la segregación o el exterminio físico de los grupos indígenas, apuntaba soluciones no indias en cuestiones relacionadas con dichos grupos e inconscientemente los borraba del mapa con sus remedios asimilacionistas.⁹⁸

Insisto. No me parece que el propósito de Vasconcelos haya sido barrer con los indios como lo habían hecho los ingleses en las tierras de Norteamérica, sino redimirlos a través del mestizaje y de la cultura legada por Cortés, ayudarlos a civilizarse y evitar que fueran utilizados por el imperialismo yanqui para la destrucción de la herencia cultural española. Él decía que si los mexicanos prescindían de lo español, se quedarían como los negros: atenedos al padrinazgo dudoso de un Washington que los mantuvo esclavos con todo y sus timbres de libertador.⁹⁹

Esto me lleva necesariamente a tomar en consideración uno de sus artículos aparentemente inofensivos, pues trata del arte mexicano o, mejor dicho, de la impresión causada por una exposición de arte de su país en la ciudad cosmopolita de Nueva York:

La colección reunida para deleite del público neoyorquino era la mejor, la más completa y la más valiosa que se había logrado. Los carteles de la exhibición decían “Dos mil años de Arte Mexicano”, de suerte que los visitantes podían apreciar estatuas y decoraciones mayas y aztecas de al menos mil años. Junto a lo más remoto del arte precolombino, se encontraban las obras de tres siglos gloriosos de la Colonia y la brillante producción mexicana de las dos últimas décadas.

Para Vasconcelos, era interesante conocer el resultado a que habían llegado los críticos de aquella metrópoli después de un recorrido por los salones de la exposición mexicana. De ahí que recogiera las impresiones que Jane Cobb había divulgado en el *New York Magazine* del 26 de mayo de 1940.

Según Cobb, el arte de México no había cambiado mucho en veinte siglos. Desde los mayas y los aztecas, todo el mundo se había dedicado a representar serpientes y calaveras en un tono generalmente violento. Gran parte de la colección estaba formada por viejas estatuas de perversas deidades. Con la llegada de los

⁹⁸ Véase José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades/Plaza y Valdés, 2005, 181 p.; Alicia Castellanos Guerrero, “Asimilación y diferenciación de los indios en México”, en *Estudios Sociológicos*, op. cit., p. 101-127; Olivia Gall, et. al., *La discriminación racial*, México, CONAPRED, 2005, 102 p.; y Olivia Gall, “Racismo y sexismo en la historia y presente de México. Reflexiones acompañadas de la palabra de mujeres líderes de 18 pueblos indios”, en *México Indígena*, núm. 5. www.cdi.gob.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=853&Itemid=73. El asimilacionismo supone que la diversidad cultural es un problema y para ello propone que los grupos minoritarios adopten la lengua, los valores y las normas de la cultura dominante al mismo tiempo que abandonan las suyas. Véase Margarita García O’Meany, *Yo no soy racista, pero...*, Barcelona, Intermón Oxfam, 2002, p. 74.

⁹⁹ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 37.

españoles, las cosas habían mejorado un poco, siendo la mayoría de las pinturas de santos, madonas y uno que otro mártir. Sin embargo, algunas figuras parecían seres escapados de la cámara del tormento, a juzgar por las miradas angustiosas, los ojos de vidrio y las pestañas de verdad. El arte folclórico moderno revelaba un retorno a lo indígena primitivo. Había calaveras de azúcar y máscaras horripilantes con dientes grandes y protuberantes.

Del párrafo reproducido por Vasconcelos cuyas líneas me limito a resumir, se podría extraer una visión muy poco halagüeña del arte mexicano. Según Cobb, el arte mexicano era fundamentalmente indígena, violento, sombrío y de una fantasía macabra. Sin embargo, Vasconcelos impugnó esta perspectiva señalando dos cosas: uno, que la conquista española creó un abismo entre lo indígena y lo colonial, entre lo indígena y lo contemporáneo; y, dos, que la idea cristiana transformó el arte imperfecto de las tribus precortesianas. A su parecer, los jueces de Nueva York eliminaban el factor hispánico de la cultura mexicana porque al igual que los imperialistas yanquis, lamentaban que fuera profunda la huella española en suelo mexicano.

“No pocos críticos neoyorquinos, sin embargo, se empeñan en descubrir una unidad de fondo casi inalterable. Para ello procuran pasar por alto lo mejor de la exposición que es sin duda el período colonial. Quisieran los críticos aludidos que la influencia española no hubiese existido entre nosotros y procuran no ver en lo nuestro sino los rasgos indígenas. Concuerdan en esto con el sentir general del nuevo imperialismo, al que irrita lo español en suelo de México, precisamente porque representa el único obstáculo para la nueva conquista y absorción definitiva [...] Figuraciones sombrías sobre la muerte. Lujo grotesco y exaltación de la crueldad, todo esto se halla en el bajo fondo de todas las civilizaciones. Por fortuna para redimarnos de todo esto, México tuvo su Colonia, tiene su presente y logrará quizás su porvenir”¹⁰⁰.

Como se puede apreciar, hasta la crítica del arte podía ser motivo para que Vasconcelos ejerciera el arte de la crítica. Aquí se nos presenta como un hombre que se creía capacitado para ser juez en asuntos artísticos. No podía ser de otra manera, pues él sabía pensar por cuenta propia, era un trotamundos y conocía los museos de Europa. Sin embargo, no es esto lo que quiero destacar, sino su aparente agudeza para olfatear intenciones malévolas en los juicios aparentemente inofensivos de una persona neoyorquina. En su opinión, el imperialismo norteamericano soñaba con un México sin improntas españolas porque el factor hispánico de la cultura mexicana servía como fortaleza para contener los embates de las corrientes extranjerizantes. Recordemos que nuestro “Ulises” estaba firmemente convencido de que no había sino lo criollo como elemento defensivo

¹⁰⁰ José Vasconcelos, “Arte mexicano: La reacción que produjo en la crítica extranjera la exposición ‘Dos mil años de arte mexicano’ en la ciudad de Nueva York”, en *Timón*, núm. 17, México, 15 de junio de 1940, p. 9.

contra la absorción extranjera. Y lo criollo –decía– era hispánico; era católico y no protestante. Lo indio no podía ofrecer garantías de protección, pues un México sólo indígena, deshispanizado, convertido en azteca nuevamente, sería presa fácil para una nueva conquista. Si lo había sido para Cortés, con más razón para las escuadras y las misiones protestantes de la República del Norte. No está de más repetir que para Don José, el único escape del indio podía ser el mestizaje y la cultura legada por Don Hernando. Lo mexicano consistía en la perenne alianza entre indios, mestizos y criollos. Y si alguno pensaba que la condición del indio mejoraría con un cambio presidido por el monroísmo, Vasconcelos evocaba los crímenes raciales ocurridos en Estados Unidos y argumentaba que ya fuera en Pittsburgh o en Chicago, los agentes de la disolución y del engaño no dejarían al indio manejar la máquina, sino que lo pondrían a recoger los desperdicios del cuarto y del taller. El monroísmo no trataba de liberar al indio. Por lo mismo, había que desconfiar de quien tuviera por objeto alejarlo de lo español.¹⁰¹

Si lo de Vasconcelos también es racismo, no me parece que deba equipararse con el que desató una guerra para la conquista de vital espacio y contó entre sus víctimas a judíos, polacos, gitanos y demás grupos “fuera de la norma”. ¿Por qué? Porque por más que releo, no logro distinguir en sus páginas algún eco de Hitler.

¹⁰¹ Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, op. cit., p. 47; José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 194; José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, op. cit., p. 27-28, 68; y José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, op. cit., p. 110-111.

NI CON MONROE NI CON MARX... CON MÉXICO

Por otra parte mal podrían los Estados Unidos indignarse por el ataque a Finlandia, si lo que hace Rusia es sencillamente poner en práctica el Monroísmo en su zona de influencia. Pues, ¿qué otra cosa que monroísmo es eso de improvisar gobiernos descalificados, para apoyar en ellos una invasión, una intervención? En nombre de una camarilla de traidores finlandeses, bolchevizados, lleva adelante Rusia su penetración y su conquista, tal como aquí entre nosotros, a nombre del liberalismo y para combatir a la Iglesia Católica que tanto estorbaba al imperialismo, se consumaron y se siguen consumando intervenciones de todo género y no siempre pacíficas.

JOSÉ VASCONCELOS, “Democracias hipócritas”,
en *Todo*, núm. 327, 15 de diciembre de 1939

Si otorgamos validez a los gritos de alarma que Vasconcelos había dado en sus artículos de los números trece y catorce, se estaban haciendo serios intentos para condenar a extinción a su revista. No obstante los ataques de los que *Timón* era blanco, su ilustre director no bajó la guardia y se aferró a su papel de orientador, “sin atender a otro interés que al nacional”. Por mucho interés que haya tenido en la cuestión europea, Don José jamás apartó la vista de los asuntos de su país. De hecho, siempre estuvo al pie del cañón. Y si prestó gran atención al panorama internacional fue porque le interesaba saber el efecto que produciría en su nación. Como lo dije desde el inicio, la principal preocupación del filósofo era el porvenir nacional. Otra prueba de ello es el editorial del número trece.

En él, aseguró que antes de la Primera Guerra Mundial, se creía que la humanidad había conquistado ciertos derechos que debían estar por encima de los intereses nacionales, por ejemplo: el derecho a transitar por el mundo sin tener que llevar permisos ni pasaportes, el derecho a la inviolabilidad de la correspondencia y el derecho a conservar la propiedad de inventos y secretos técnicos registrados en la Oficina de Patentes. Por desgracia, el desarrollo del conflicto –conocido por él como “Guerra del Catorce”– echó por tierra dichos adelantos. Y, por cierto, no fueron alemanes los primeros en escarnecer el derecho internacional, sino las immaculadas democracias. ¿Algún botón de muestra? Desde luego: con el pretexto de la guerra, los Estados Unidos confiscaron patentes alemanas con un valor de varios millones de dólares –entre ellas la Bayer, si mal no recordaba–, violando así el secreto supuestamente inviolable que debía mantener la Oficina de Marcas y Patentes. De allí que Don José pensara el ámbito internacional como un régimen de hecho y no tanto de Derecho.

En el juego internacional –dijo “El Maestro”–, las leyes impedían soluciones incivilizadas, es decir, soluciones violentas, entre países con poder militar equivalente. Cuando la fuerza de las armas era desigual, el Derecho solía proteger

al débil, pero muy limitadamente y en tanto no apareciera un interés fuerte de parte del fuerte.

Legalmente, la posición adoptada por el gobierno mexicano en relación con las compañías petroleras era irrefutable. La expropiación era un derecho inherente a la soberanía; y de acuerdo con las leyes, el recurso del arbitraje resultaba improcedente, pues el derecho que tenía México para expropiar sus bienes era indiscutible. Hasta ese momento, no se sabía si el gobierno y las compañías habían logrado acuerdos en cuanto al monto de la indemnización. Y aun cuando la cantidad fuera señalada por el gobierno, era dudoso que la estimación sobre su equidad fuera materia juzgable por un tribunal internacional como el de La Haya. Y todavía suponiendo que el árbitro pronunciara sentencia sobre la materia, ¿cómo fijaría el plazo para el pago?, ¿qué medidas tomaría contra un deudor moroso, contra un país que aceptaba la Doctrina Drago sobre la improcedencia de la fuerza para el cobro de las deudas internacionales? Los propios vecinos del Norte venían tolerando tal doctrina, en contraposición con el viejo principio del “Big Stick” preconizado por “Teddy” Roosevelt.¹⁰²

Por lo mismo, la situación mexicana parecía cómoda, casi inatacable. Pero una cosa era la ley escrita y otra la realidad. Contra un argumento cerrado solía esgrimirse la represalia. Y esa era la vía peligrosa cuando había desigualdad en materia de poderío: el de las represalias irracionales. Por lo pronto, Vasconcelos confiaba en que arreglos como el anunciado con la Sinclair fueran reduciendo el número de inconformes, pues lo que menos esperaba era un cambio en la actitud conciliadora de Norteamérica, sobre todo si coincidía con la posesión de numerosos pagarés vencidos en contra de México. Solución: había que fortalecer la posición legal y pagar las deudas contraídas de manera pronta y justa.

“Reforzar nuestra posición legal correcta, con el pago rápido y justiciero de las consecuencias legales de la expropiación, debe ser, por el momento, la única preocupación de todos los mexicanos”.¹⁰³

Texto importante es éste del “Maestro”, pues da cuenta de sus vastos conocimientos históricos y jurídicos y de la visión que tenía tanto del tema petrolero como del sistema internacional de aquel entonces.

En resumen, la decisión del gobierno mexicano de expropiar sus bienes era irreprochable y su situación parecía bastante cómoda. Por desgracia, en controversias de naciones desiguales en materia de poderío guerrero, las leyes escritas de muy poco servían, pues nada garantizaba que los fuertes no sometieran a los débiles por la mala. México, por débil, debía recordarlo. Vasconcelos lo sabía y

¹⁰² Tres años atrás, Don José había creído que la “Política del Buen Vecino” promovida por el segundo Roosevelt significaba un progreso enorme y una contradicción de la actitud agresiva del primero, quien enseñaba los dientes y el palo. Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, op. cit., p. 22.

¹⁰³ “La ley, los hechos y el petróleo”, Editorial, en *Timón*, núm. 13, México, 18 de mayo de 1940, p. 5.

por eso creía necesario sacar dinero de donde se pudiera para pagar a las compañías lo más rápido posible. Había que salir de esa lamentable condición de país moroso y evitar, a toda costa, que las deudas contraídas dieran lugar a temibles represalias.

Si alguno pensaba que las agresiones interamericanas eran cosa del pasado, Vasconcelos recordaba que a pesar de los pactos amistosos y la política benévola de Roosevelt, la República del Norte podía colocar sus poderosos ejércitos en cualquier punto del indefenso territorio latinoamericano, ya fuera por necesidad militar o con el pretexto de acumuladas reclamaciones. Así lo había señalado tres semanas atrás en el décimo editorial, titulado “El Día Panamericano”.

Allí, consideró que el 12 de octubre, Día de la Raza, se iba convirtiendo, año tras año, en una fecha de observancia general, de recuerdos hondos y de esperanza en el futuro de Hispanoamérica desde que el Presidente argentino Irigoyen lo declaró día de las naciones americanas de origen español.¹⁰⁴ En cambio, el Día Panamericano (14 de abril) ningún entusiasmo despertaba; ni en los que por deber acudían soñolientamente a la ceremonia oficial ni mucho menos entre un público limitado a ignorarlo.

Sin embargo, con un clima político mundial como el de aquel entonces, año 1940, no era cuerdo botar con desdén el paraguas del panamericanismo. En aquella fiesta de creación reciente, los gobiernos de América se cambiaban mensajes y se prometían cordialidad; todo bajo el patronato de los Estados Unidos. Por muy frías que fueran las ceremonias, dicho patronato era mucho más ventajoso que las antiguas amenazas del “Big Stick”.

Si Roosevelt perdía las elecciones, era probable que México padeciera la rudeza norteamericana, debido a su posición geográfica y a los motivos de reclamación de los últimos tiempos. De allí que fuera necesario acumular antecedentes de buenas formas y hábitos internacionales de cortesía.

Según Vasconcelos, había gente que, por creer en los artículos irresponsables de órganos como *The Nation* y *The New Republic*, se imaginaba que a la larga México se saldría con la suya, pues avanzaba sobre el mundo la transformación izquierdizante, la del régimen colectivista en que lo ajeno y lo propio desaparecían. De esta manera, perderían importancia las reclamaciones del poderoso contra el débil. Sin embargo, pasaban por alto la profunda marea del descontento norteamericano contra la política mexicana.

Las posibilidades de un cambio como el esperado por los augures de la bolchevización mundial eran remotas. Lejos de estar predestinados a los horrores

¹⁰⁴ Para el autor de *La raza cósmica*, era memorable la figura del ilustre mandatario Don Hipólito Irigoyen quien, entre otras cosas, prescribió por vez primera que el 12 de octubre fuera día de fiesta para todo el continente latino. Dentro del cúmulo de sucesos que dicho día le recordaban al “Maestro”, estaba el descubrimiento de Colón como parte de la tarea española, tarea consistente en agrandar los límites del mundo y en ganar las almas para el reino sin fronteras de “Cristo Nuestro Señor”. Véase José Vasconcelos, *La raza cósmica*, op. cit., p. 117-118; y José Vasconcelos, *¿Qué es el comunismo?*, op. cit., p. 104, 106.

de una revolución social inminente, la Unión Americana movería sus piezas. Por motivos estratégicos y porque la guerra europea no reconocía fronteras nacionales sino bases militares y navales cuya importancia se aclaraba frente al mapa, los Estados Unidos ocuparían ciertos puntos del territorio hispanoamericano. Por desgracia, no había defensas efectivas en toda la región. Para ganar esas posiciones, los yanquis contaban con dos utilísimos recursos: los pactos amistosos que suponía el panamericanismo, y las armas. Ahora bien, con todo y sus inconvenientes, el panamericanismo era, de los dos males, el menor.

“El Panamericanismo nos repite que ya pasó la era de las conquistas territoriales. Pero eso no excluye la necesidad militar de la ocupación de los puntos estratégicos. Lo que en el fondo es lo mismo. Pero la conquista disimulada con las formas del derecho, suavizada con los pactos amistosos y la lealtad de las relaciones internacionales, resulta mucho menos cruel que las invasiones a sangre y fuego, en venganza de acumuladas ofensas”.¹⁰⁵

Sobre las ambiciones territoriales de los poderosos vecinos del Norte, Vasconcelos escribió dos interesantes artículos en la revista *Timón*: “Pitonisas del imperialismo” y “El despertar imperial”, publicados en los números cinco y siete, respectivamente. En el primero de ellos, aseguró que México estaba fuera del plan expansionista norteamericano. Sin embargo, en el segundo debió reconocer que algunos yanquis nada perdidos comparaban la península de Baja California con un souvenir para el hogar.

Según el filósofo, en la antigüedad la pitonisa era una señora histérica que, envuelta en los vapores de alguna gruta, se encargaba de manifestar oráculos al déspota reinante. En la mayoría de los casos, los oráculos eran favorables; otras veces, cuando el poder del soberano se tambaleaba, resultaban dudosos.

Al parecer, habían cambiado las personas y el ejercicio de la predicción política, pero no la relación entre gobernantes y adivinadores. En el civilizado ambiente norteamericano de principios de los años cuarenta, caracterizado por un agresivo y absorbente maquinismo, quien hacía el papel de pitonisa era el héroe de la aviación y de la mecánica: el viejo conocido Charles Lindbergh. En revistas y periódicos de por allá, Lindbergh había dicho que los Estados Unidos estaban en vísperas de una colosal empresa como la que a principios del siglo XIX, a costa de España y de México, les dio la hegemonía de la porción septentrional del continente. Después de un siglo, tiempo suficiente para la digestión de aquel engullimiento, el coloso del Norte apetecía las islas de Inglaterra en mares americanos, las Antillas británicas, y la extensión vastísima y orgullosamente civilizada de Canadá.

¹⁰⁵ “El día panamericano”, Editorial, en *Timón*, núm. 10, México, 27 de abril de 1940, p. 3.

En opinión de Vasconcelos, México no aparecía en el nuevo plan expansionista porque la absorción económica y política estaba completada en la sección meridional:

“Lo primero que llama la atención es que en el plan de la nueva expansión, ya no figura el nombre de México. Se diría que los conquistadores, nuestros vecinos, se hallan satisfechos con la porción que nos quitaron en el cuarenta y siete. La verdad es que no figuramos en el plan porque la absorción económica y política está lograda ya, en dirección del Sur”.¹⁰⁶

Con excepción de Brasil y de Argentina, el sur había dejado de ser problema para el Tío Sam, dotado de fuerza, calma y astucia para disputarle a Inglaterra sus restos del botín americano.

Era estupendo el olfato con el que actuaba el imperialismo norteamericano. Primero se valía de México para privar a Inglaterra de los depósitos petroleros que tenía en América. Luego movía lo de Belice a través de Guatemala para que los ingleses no pudieran estacionar barcos de guerra en mares americanos. Y, finalmente, como acción preliminar del máximo golpe, dejaba en manos de la pitonisa la tarea de anunciar al público la necesidad geográfica y la fatalidad histórica de anexar el territorio canadiense.

En rigor, el plan Lindbergh estaba contenido implícitamente en la célebre doctrina monroísta, que de igual manera señalaba al Nuevo Mundo como pertenencia de los norteamericanos. Lo que nunca se fijó fue el plazo. Los hábiles y pacientes yanquis aprovecharon la notoria decadencia del imperio británico para consumir una empresa digna de Monroe y de Andrew Jackson.

En opinión del “Maestro”, lengua, origen y costumbres parecidas hacían de la absorción de Canadá por los Estados Unidos un proceso factible, mucho menos violento y menos doloroso que la tragedia hispanoamericana.

La opinión de Lindbergh no era una expresión aislada. En los últimos meses, la prensa yanqui había sugerido que se liquidara la deuda inglesa con islas como Jamaica y las Bermudas. Asimismo, se venía diciendo que los depósitos petroleros americanos estaban reservados para la marina de los Estados Unidos.

Con tales precedentes, es fácil comprender por qué Vasconcelos imaginó que, quince o veinte años después, los mapas escolares de Norteamérica mostrarían el creciente poderío de los Estados Unidos: desde las trece colonias primitivas hasta la magistral anexión de Canadá, pasando por las de Florida, Luisiana, Texas y California.

El artículo termina con unos renglones que parecen revelar admiración por un país que a base de inteligencia y con un mínimo de fuerza militar, estaba cerca de consolidarse como la potencia más fuerte de la época.

¹⁰⁶ José Vasconcelos, “Pitonisas del imperialismo”, en *Timón*, núm. 5, México, 23 de marzo de 1940, p. 9.

En lugar de quitar el dedo del renglón, dos semanas después Vasconcelos insistió en que pitonisas, héroes, escritores y hasta hombres de religión estaban contribuyendo a crear un ambiente propicio para la expansión del coloso del Norte.

“El aviador Lindberg, portavoz, quizás, de los Republicanos, se convierte en anunciador del nuevo período de expansión de la República del Norte. Diversos periódicos del este americano hablan de exigir a Inglaterra una compensación de territorios que abarcan las Bermudas, las Guayanas y las Antillas inglesas. Al mismo tiempo insinúan, confirmando la predicción de Lindberg, que los Estados Unidos deben mandar en el Nuevo Mundo, del Ártico al Antártico”.¹⁰⁷

Para confirmar lo que venía diciendo, Don José presentó pruebas nuevas y documentadas acerca de la corriente que, según él, estaba preparando el terreno para la consolidación de nuevas conquistas. Era una desgracia que los avances de aquella nación se hicieran, en gran parte, a costa del Sur, pero tal era la realidad y era mejor enfrentarse a ella que taparse los ojos.

La prensa del oeste norteamericano también prestaba su concurso. En el *Examiner* de San Francisco, California, Hearst había dicho que a cierta señora no le importarían los despilfarros de su marido si llegara a casa con algo que los justificara. Algo parecido sentía Hearst del bondadoso pero extravagante Tío Sam. Sus “buenos vecinos”, los franceses y los ingleses, le debían algunos billones de dólares. No tenían dinero, pero tenían propiedades. Tenían islas en el Mar Caribe que no les eran útiles pero que podían poner en riesgo la seguridad del estadounidense Canal de Panamá. Si el Tío Sam andaba derrochando dinero, ¿por qué no pedirle que volviera a casa con esas islas en los espaciosos bolsillos de su azul y estrellado abrigo? Un senador de apellido Reynolds también opinaba lo mismo. Y mientras el Tío Sam andaba de compras, ¿por qué no preguntarles a los “buenos vecinos” del Sur, los mexicanos, si estaban dispuestos a vender o a celebrar algún tratado referente a la península de Baja California? Este apéndice vermiforme no tenía riquezas que valieran la pena, pero contaba con el magnífico puerto de la Bahía de Magdalena, posible base naval para defender el occidente del Canal de Panamá o del proyectado Canal de Nicaragua.

Por su parte, el llamado “Padre Divino”, famoso predicador negro del barrio neoyorquino de Harlem, había propuesto en su órgano *The New Day (El Nuevo Día)* del 8 de febrero de 1940, que la bandera de las barras y las estrellas flotara sobre el Nuevo Mundo y que los Estados Unidos compraran Centro y Sudamérica.

Al final del artículo, Vasconcelos formuló dos preguntas: ¿Quién recibiría el precio?, y peor aun, ¿para qué pagar cuando podían obtenerlo por la fuerza? No las respondió, pero estaba preocupado por sentirse habitante de un país vendido de

¹⁰⁷ José Vasconcelos, “El despertar imperial”, en *Timón*, núm. 7, México, 6 de abril de 1940, p. 9.

antemano pues, para él, estaba vendido el que no pagaba lo que debía, y México debía –dijo– lo de los ferrocarriles, lo de las tierras y lo del petróleo.

Aquí debemos decir algo importante sobre Vasconcelos. Él fue de los que no se dejaron arrastrar por las oleadas de entusiasmo generadas por la expropiación petrolera, pues creía que no era suficiente recobrar los recursos explotados por otros; había que pagar por ello; y si no se pagaba, la nación quedaba a merced de sus acreedores. Solución: había que indemnizar inmediatamente a las compañías, a fin de acallar su griterío. A Don José le preocupaba que las deudas de su país fueran pretextos para la obtención de ventajas desmesuradas por parte de los extranjeros.

Ahora bien, con todo y los demás beneficios que podían derivarse de la conquista de ciertas ventajas materiales, había un tipo de conquista igual o más efectiva que la material. Me explico. Un México protestantizado sería un México de renegados, un México desnacionalizado, así fuera dueño de todos los recursos del subsuelo. Un México educado en el odio de lo español y de lo católico estaba lejos de la plena soberanía, así liquidara sus deudas pronta y honorablemente; así consiguiera desposeer a todos los extranjeros de los bienes ganados al amparo de la desidia mexicana. Al menos esto es lo que podría desprenderse del único editorial firmado por Vasconcelos: “El fulgor en la tiniebla”.¹⁰⁸

En él, aseveró que en el pasado, había corrido la versión de que el monroísmo tenía por objeto proteger al Nuevo Mundo contra las ambiciones territoriales de la Santa Alianza. Más de un siglo después, en 1940, el panamericanismo encendía los focos rojos y pretendía cerrar filas para contener el avance amenazante de los totalitarios. Por desgracia, la experiencia demostraba en dónde estaba realmente el peligro. Y no se refería precisamente a la invasión militar, sino a un tipo de conquista que podríamos llamar “ideológica”.

Cuando los pueblos eran reducidos a una impotencia casi total, ya no era necesario sojuzgarlos materialmente. Así, por ejemplo, la obra maestra del poinsetismo no fue la adquisición de Texas y de California, sino la Reforma que a través de Gómez Farías y comparsa sirvió para imponer una ideología de interna discordia, de inquietud constante, lo que el comunismo llamaría más tarde la “Revolución permanente”.¹⁰⁹

¹⁰⁸ Véase también José Vasconcelos, “Nacionalismo y economía”, en *Hoy*, núm. 66, México, 28 de mayo de 1938, p. 11, 61.

¹⁰⁹ Para Vasconcelos, la “Reforma” era un episodio de la vieja lucha religiosa iniciada en Europa entre católicos y protestantes. Dicho episodio había tenido lugar en el México de mediados del siglo XIX. Luego de la brillante adquisición de Texas, Nuevo México y California por los Estados Unidos, quedaba pendiente la destrucción de la Iglesia Católica mexicana y, de paso, de las familias ricas herederas de la Colonia; siempre en beneficio del protestantismo norteamericano y de la casta extranjera que ambicionaba las minas, el comercio y las tierras de los mexicanos. Como institución que había sobrevivido a las tempestades, la Iglesia Católica representaba un obstáculo moral pero también material, pues en sus manos estaba la mayor parte de las tierras. Solución: había que inculcar sentimientos anticatólicos a predilectos discípulos como Zavala y Gómez Farías. Después de la Reforma, de la

Las divisiones internas, los odios y los conflictos incesantes eran aprovechados por manos extranjeras para pescar en el río revuelto. De allí que Vasconcelos pensara en la paz interior como condición primaria para alcanzar el ansiado progreso nacional.

“La discordia siempre latente sólo beneficia a la codicia extranjera. La paz entre los mexicanos es la primera condición de un progreso nacional efectivo. Y nosotros hemos procedido a la inversa. Con el pretexto de luchas ideológicas, hemos destruido el patrimonio nacional. Las propiedades confiscadas a la Iglesia dejaron de ser mexicanas, pasaron a manos de negociantes y banqueros franceses. En la actualidad, la supuesta lucha de clases no da otro fruto que la ruina del propietario mexicano y, a corto plazo, la absorción de nuestra riqueza por el banquero extranjero”¹¹⁰.

Insisto. Para Vasconcelos, existían armas mucho más letales que los cañones. No hablaba de los tanques o de los aviones, sino de las armas ideológicas extranjeras capaces de producir conflictos fratricidas. Ejemplos: el laicismo y el comunismo.

“Nuestros laicismos, instrumento de guerra, y arma norteamericana para la disolución nacional (mediante la inacabable discordia) tuvo desde un principio, caracteres que lo diferenciaron del todo del laicismo anglosajón”¹¹¹.

En los países nórdicos, el laicismo fue un recurso implementado para garantizar la paz entre los elementos religiosos internos, incluidos los judíos que se negaban a mandar a sus hijos a las escuelas cristianas y el sinfín de sectas en que se había dividido el cristianismo. En contraste, el laicismo nunca fue medida de paz en suelo mexicano, sino motivo de trastornos, pues la mayoría de la población era católica y no había problemas con la educación religiosa.

En los países de su origen, el laicismo jamás tuvo por objeto perseguir a la religión, sino preservarla. Y a fin de otorgar plenas garantías a cada grupo religioso, se acordó que el Estado se abstuviera de favorecer algún credo, a cambio de ampararlos a todos. Por desgracia, el laicismo en México se propuso combatir al catolicismo, quitarle sus colegios para dárselos a los protestantes o para convertirlos en cuadras de cuartel.

En los países del Norte, el laicismo surgió como una necesidad para crear un ambiente de paz y equilibrio entre las distintas comunidades religiosas. En México, el laicismo costó sangre y se impuso con el fuego de los cañones norteamericanos, que después de ganar Texas y California, sostuvieron a la camarilla poinsetista de

guerra civil, México fue campo fértil para más confiscaciones a propietarios mexicanos en beneficio de las grandes compañías y de los grandes propietarios estadounidenses. Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 287-302.

¹¹⁰ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, op. cit., p. 78.

¹¹¹ “El significado del laicismo”, Editorial, en *Timón*, núm. 6, México, 30 de marzo de 1940, p. 5.

Gómez Farías, misma que después, con Juárez, entregaría en bandeja de plata el territorio nacional a la economía del Norte y el alma del país a los protestantes.¹¹²

Ya dije que Vasconcelos era culto, dominaba el inglés y mostraba interés en muchas de las ideas que circulaban en otros lugares como Estados Unidos, país en el que había residido varias veces. Pues bien, es probable que haya sido él quien divulgó en el quinto editorial de *Timón* un artículo de la escritora norteamericana Dorothy Thompson. Se trata de una fuerte amonestación a los jóvenes discípulos de Marx, cuyo “Evangelio” predicaba la lucha de clases. He aquí un resumen del quinto editorial de la revista del “Maestro”:

En los Estados Unidos abundaban espíritus independientes que no vacilaban en desafiar el encono de los grupos más poderosos, con tal de afirmar su verdad. El ejemplo más reciente lo había dado la famosa escritora Dorothy Thompson al reprender a los jóvenes comunistas de su país.

Ella los acusaba de manipular asociaciones contra la voluntad militante y condenaba su pretensión de representar hasta cuatrocientas organizaciones locales, estatales y regionales pues, con elementos dispares como la Liga Epworth y la Liga Comunista, buscaban erigirse en grupo de presión contra el gobierno y la opinión pública. En vez de estirar la mano para obtener algo del gobierno, los había invitado a que pensarán cómo podrían ayudar al mismo.

En opinión del “Maestro”, la situación pintada por la señora Thompson era semejante a la mexicana. Era típico de la demagogia fomentar las pasiones de los incompetentes que anhelaban lo que no podía darles un trabajo honrado.

¹¹² Otros escupitajos a la versión mexicana del laicismo pueden encontrarse en la obra histórica y en la obra pedagógica de Vasconcelos. En opinión del “Maestro”, el laicismo fue el arma norteamericana de la guerra que tuvo por objeto la destrucción de la Iglesia Católica en un territorio latino como el mexicano. En materia educativa, el laicismo debía significar tolerancia, respeto a los alumnos de religiones diferentes. En Francia y en América del Sur, lo que se entendía por educación laica era la no imposición del cristianismo a todos los estudiantes, pues no todos profesaban dicho credo. Sin embargo, los derechos de las minorías no se traducían en la absurda prohibición de enseñar lo que la mayoría quería que fuera enseñado. De allí que se crearan cátedras de religión católica en las escuelas públicas, en las cuales la asistencia, lejos de ser obligatoria, era voluntaria. De ninguna manera se suprimía la enseñanza religiosa. En Estados Unidos, la escuela laica recomendaba a sus alumnos la asistencia semanal a la *Sunday School*, es decir, a la escuela dominical religiosa. En ella, el pastor les hablaba de Dios y de sus leyes. Ojo: tampoco formulaba la negación de la enseñanza religiosa; únicamente la colocaba fuera del alcance del profesor ordinario y la ponía en manos del experto, del docto en la teología de cada credo. Por desgracia, la forma mexicana del laicismo distaba mucho de ser como la yanqui, pues había nacido de una guerra civil, había sido fomentada por la injerencia extranjera y desechaba la instrucción religiosa de las escuelas desde que la élite jacobina mexicana se tragó la patraña de que la religión era cosa del pasado. A este mito pueril sostenido por los reformistas y posteriormente por los evolucionistas, Vasconcelos anteponía la idea de las alzas y bajas en el curso de la Historia. Como consecuencia de las Leyes de Reforma, el México laico de Juárez y de Lerdo quedó como el único país oficialmente ateo de la Tierra, como el único en el que el nombre de Dios estaba vedado. Con razón estaba como estaba. No se advertía que en los Estados Unidos el lenguaje oficial hablaba del Dios cristiano y las monedas tenían grabada la famosa leyenda “In God we trust” (“En Dios confiamos”). Véase José Vasconcelos, *De Robinsón a Odiseo: Pedagogía estructuralista*, op. cit., p. 118-125; y José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, op. cit., p. 292, 294.

Pero no se había limitado la señora Thompson a criticar el parasitismo de quienes medraban al amparo de la política, sino que había puesto el dedo en la llaga señalando la hipocresía de los demócratas y los protestantes que aceptaban asociarse con comunistas, pues los comunistas no creían en la libertad que defendían los demócratas ni en la religión que los protestantes decían venerar. Según ella, los comunistas eran ateos intolerantes que veían la religión como el opio concebido por los capitalistas.

Insistiendo en su amonestación a los jóvenes, la escritora declaró que, para Marx, la libertad cívica era un error; y su sumo pontífice, Stalin, extirpó las posibilidades de un pueblo libre. Eso sí, las libertades eran aprovechadas por los comunistas para intentar destruir lo que ellos llamaban el “orden capitalista burgués”.

En resumen, eran estúpidas, cuando no malvadas, todas aquellas agrupaciones híbridas compuestas por elementos disímiles como comunistas, antifascistas, cristianos modernos y demócratas puros.

Como para poner algo de su cosecha, Don José añadió que el marxismo predicaba el odio de clases, y como el odio era un explosivo de fácil propagación, el comunismo era una doctrina enemiga de la fraternidad y productora de un odio implacable; por lo tanto, los comunistas eran los menos indicados para hablar de fraternidad. Mucho menos tenían derecho para andar denunciando dictaduras de derecha o de izquierda, pues el sistema preconizado por ellos era, precisamente, la dictadura. Es más, no había mejor auxiliar de la dictadura que el comunismo. En Rusia, por ejemplo, el comunismo había dado como resultado la más espantosa dictadura registrada por la Historia. En el caso mexicano, los comunistas vivían del presupuesto y actuaban como paleros de las dictaduras nativas. Por lo mismo, no había motivos para que un demócrata tuviera simpatías comunistas.

“... en México el comunismo pegado al presupuesto, jamás ha colaborado a la liberación pública. Es rara la época y muy corta en que no hemos visto a los comunistas, de cobra sueldos dedicados al elogio de las dictaduras nacionales. No hay razón pues para que un demócrata, un hombre libre, experimente inclinación favorable a los comunistas”.¹¹³

¹¹³ “Consejos a la juventud”, Editorial, en *Timón*, núm. 5, México, 23 de marzo de 1940, p. 5. A Vasconcelos –quien se decía nacionalista, demócrata y cristiano–, el comunismo simplemente no le agradaba; lo consideraba una doctrina de disolución y no de construcción. Para él era claro que la lucha de clases o, mejor dicho, la conciencia de clase, suponía la división de los habitantes de un país en burgueses y obreros; ricos y pobres. La exigencia marxista de acentuar en el pueblo la conciencia de clase le parecía un sinsentido, pues era imposible acentuar la conciencia de algo sin producir, al mismo tiempo, el deseo de perpetuar ese algo. Y, sinceramente, la pobreza de su clase no era cosa que los obreros desearan ver perdurar. En vez de fomentar la conciencia de clase, había que animar a todo el mundo para salir del proletariado, es decir, de la pobreza. Acabar con el proletariado a través del aumento de la riqueza y de su mejor distribución debía ser anhelo de todo hombre de bien. Y la conciencia de clase sostenida por el marxismo era un estorbo para el tránsito hacia la clase acomodada, pues no se deseaba ser como aquello que se comenzaba por odiar. Por lo tanto, la conciencia de clase llevaba a los marxistas convencidos a desear la destrucción

Laicismo, comunismo y demás ismos extranjeros parecían armas de una dominación que ya no necesitaba consumarse con ejércitos, pues el sistema de conquista ya no era militar, sino moral, ideológico. Según Vasconcelos, esta forma de absorción era más temible que la material porque para él había cosas más valiosas que el territorio: el alma del país, la cultura latina, la religión tradicional, el idioma y el arte.

Dos observaciones más: la primera es que las conquistas ideológicas de ninguna manera suponían el fin de las conquistas militares, pues el propio Vasconcelos era espectador de un conflicto internacional cuya solución se confiaba a las armas y no descartaba que los Estados Unidos colocaran sus tropas en algún punto de América Latina con todo y las bondades del panamericanismo; la segunda es que en algunos casos, la conquista moral más bien parecía ser un paso hacia la conquista material, pues él mismo repetía que el laicismo se había propuesto arrebatarse sus colegios a la Iglesia Católica para dárselos a los protestantes y que la lucha de clases no daba más frutos que la ruina del propietario mexicano y la absorción de su riqueza por el banquero extranjero. Como había dicho en las primeras páginas de su *Breve Historia*: cuando los mexicanos renegaron de lo español que había en ellos, fue más fácil quitarles minas, navíos, territorios e industrias.¹¹⁴

Pero como dijo en su artículo del número diecisiete de *Timón*: México había tenido su Colonia, tenía su presente y lograría quizá su porvenir. Por muy absorbido que México estuviera en materia política, económica y moral, aun había esperanza. La conquista definitiva del país no estaba consumada todavía y eso bastaba para seguir en la pelea, para no arrojar la toalla; en el caso de Vasconcelos, para seguir predicando, así supiera que lo haría en el desierto. A juzgar por su artículo, había en él esa curiosidad mental del enfermo que seguía estudiando su caso porque creía posible su curación.

de la riqueza para que no hubiera ricos; esto era un error, pues el fin de la economía era que todos llegaran a ser pudientes. Y a quienes no eran sinceros marxistas, la conciencia de clase les permitía defender las causas del proletariado mientras arañaban tesoros, casas, terrenos y haciendas al más puro estilo del vernáculo líder. (Es probable que se haya referido a Vicente Lombardo Toledano, personaje con el que, por cierto, había tenido diferencias allá por el año 1924). Véase José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, *op. cit.*, p. 51-52; y José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p. 123-125.

¹¹⁴ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 38, 280.

EL GLORIOSO PASADO Y EL PAPEL DE LOS POLÍTICOS

Lea cualquiera las crónicas de la conquista; era costumbre, reconocen todos los cronistas, que cada pueblo, cada parcialidad, cada cacique, dispusiese de uno o varios centenares de tamemes, es decir, indios destinados al oficio de bestias de carga, esclavos que sustituían al burro. Y todavía en territorios a donde no penetró la conquista, como en ciertos sitios del interior de Chiapas, subsisten los tamemes, el transporte se hace a hombros de indios. Si en vez de tanto discurso de agitadores sin conciencia algún buen alcalde les hubiese llevado, en pleno siglo XX, lo que los españoles repartían por el continente desde el siglo XVI, caballos y borricos, ya se habrían acabado todos los tamemes.

JOSÉ VASCONCELOS, *Breve Historia de México*

“La revolución técnica. Necesitamos más trabajo y menos demagogia”. Tal es el título de un artículo considerado por mí como el mejor que Vasconcelos escribió en *Timón*. Fue publicado en el número nueve y lo dejé para el final porque en sus líneas descubro un mensaje valioso que, a pesar de estar dirigido a los políticos de aquel entonces, debería ser captado por nuestros políticos de hoy en día. ¿A qué me refiero? Lo diré más adelante. Vayamos con calma.

En aquel artículo, Vasconcelos afirmó que el progreso técnico era el único argumento que quedaba en favor de la doctrina misma del progreso, pues las honestas labores de los hombres de ciencia y de los inventores tarde o temprano rendían frutos.

Si desde aquella época se pudo haber pensado en el progreso técnico como un medio para la destrucción del Hombre y de la Naturaleza –piénsese en los tanques, aviones y submarinos utilizados en una guerra que acabaría cinco años más tarde, con el lanzamiento de las bombas atómicas a las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki–, Vasconcelos hizo referencia al progreso técnico que hace del automóvil y del ferrocarril medios que ponen fin a la incomunicación de aldeas, ciudades e incluso naciones.

Él aseguró que, por dedicarse ostensiblemente a la política, los hombres de su tiempo se olvidaban de ese progreso. En el caso de México, los políticos ignoraban que el país necesitaba cemento y no literatura política.

“El Maestro” resaltó la deuda que tenemos con la cultura española al habernos traído el burro que sustituyó al indio en las faenas de transportes, así como la rueda, cuya ignorancia había impedido en las civilizaciones prehispánicas un desarrollo como el del Viejo Continente.

“El burro, la rueda, el arado metálico, nos pusieron muy pronto a la altura de Europa durante el Coloniaje. Después la esterilidad de nuestra propia obra en la República se debe, en su mayor parte, a que nos han regido hombres y partidos que han creído luchar por ideas, pero nunca se han preocupado de la adaptación del

suelo nacional a los sistemas más avanzados de la industria. Con lentitud y costo elevado construimos ferrocarriles, cuando ya comenzaba el ferrocarril a ser desplazado por la carretera y el motor de chispa. Y ahora también, con lentitud y con trabas aduanales excesivas, dejamos paso al automóvil, pero todavía como artículo de lujo, puesto que no contamos, no hemos sabido crear el sistema de carreteras, indispensable para que se convierta el nuevo sistema de transporte en beneficio nacional. Y allí están todas nuestras aldeas y también nuestras ciudades, produciendo generaciones de tuberculosos, de silicosos, porque escasea en todo el país el agua y abunda el polvo”¹¹⁵.

Por muy complejo y multifacético que haya sido Don José, no puedo evitar etiquetarlo y ubicarlo en el seno de una corriente historiográfica mejor conocida como “revisiónismo histórico”, al lado de autores latinoamericanos como el argentino Adolfo Saldías y el mexicano Carlos Pereyra –de quien, por cierto, Vasconcelos era tributario–.¹¹⁶

En sintonía con Pereyra, el autor de la *Breve Historia de México* reivindicaba la obra de la Madre Patria en el Nuevo Mundo porque tenía la firme convicción de que los hispanoamericanos quedarían gravemente desarmados ante la penetración cultural y el expansionismo de la poderosa República del Norte si renegaban de su abolengo y olvidaban su grandioso pasado.¹¹⁷

Según “El Maestro”, hubo una vez una era gloriosa, la de la Colonia, en la que México formaba parte de un imperio en que no se ponía el sol. Por aquellos días, los mares eran españoles y el código marítimo estaba redactado en castellano.

México era gobernado por hombres íntegros y cultos. Los virreyes, en cuyas manos estaba la máxima función ejecutiva, tuvieron como contrapesos a la Audiencia y al municipio, creado por Cortés desde los comienzos de la conquista como garantía de libertad y de ejercicio democrático jamás igualado por los posteriores regímenes republicanos. Aquellos gobernantes no reducían el territorio ni se daban títulos tan rimbombantes como “Alteza Serenísima”, “Benemérito de las Américas” o “Jefe Máximo de la Revolución”. Cuando los jefes de México se llamaban simplemente Antonio de Mendoza o Luis de Velasco, nuestra labor civilizadora se propagaba por el orbe. Por el norte, nuestro empuje tenía como límite lo que hoy es Alaska, a donde llegaban expediciones para desalojar a los rusos. Los barcos de guerra construidos en astilleros nuestros eran enviados a Santo

¹¹⁵ Citado por Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 134-135.

¹¹⁶ Entre las fuentes utilizadas para la redacción de la *Breve Historia de América* de Carlos Pereyra. A fines de 1939, “El Maestro” había lamentado que la difusión de libros luminosos como *El mito de Monroe* de Pereyra fuera limitada. Según él, no había encontrado en las bibliotecas públicas de los Estados Unidos las obras del que para él era un gran historiador mexicano. Véase Luis González y González, “Prólogo”, en José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 25; y José Vasconcelos, “Paternalismo indeseable”, en *Todo*, núm. 326, México, 8 de diciembre de 1939, p. 11.

¹¹⁷ Véase Alberto Díaz, “Revisiónismo histórico”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, *op. cit.*, p. 1407-1412.

Domingo, a la Florida, a las Filipinas y a las Molucas. Otras naves partían de nuestras costas para llevar la luz del Evangelio hasta las tierras distantes del Oriente; todo para repetir en Asia lo que ya se había comenzado en América: la incorporación del nativo a la civilización, es decir, al cristianismo y a la hispanidad.

En el siglo XX, nadie olvidaba que los misioneros enseñaron a rezar, pero todo el mundo callaba el aspecto económico y social de la penetración hispánica. Si el ambiente no hubiera estado impregnado de monroísmo, ya habría tenido monumento en América el primer español que sembró entre nosotros un grano de trigo, por Oaxaca o por Guanajuato. Asimismo, se olvidaba la introducción de la rueda, del caballo, de la mula y del buey.

Pero España no sólo nos dio técnica europea; también arte. Mientras los ingleses de Nueva Inglaterra se dedicaban al comercio de pieles en bruto y al azote de los herejes víctimas del puritanismo, los españoles mantenían, en Lima y en México, imprentas, universidades, teatros e iglesias.

El monroísmo suponía que la civilización había comenzado entre nosotros cuando le copiamos la Constitución a los Estados Unidos. Como un mentís de aquella propaganda, se levantaban las torres y las cúpulas de cinco mil iglesias coloniales distribuidas en la zona civilizada del Nuevo Mundo: desde México hasta Buenos Aires, pasando por Lima, Quito y Bogotá.¹¹⁸

Al parecer, la intención de Vasconcelos era convertir el periodo colonial en cantera proveedora de ejemplos y modelos a seguir para la solución de problemas contemporáneos; lo mismo en sus libros que en su artículo de *Timón*. En este último, tal vez haya querido presentar dicha era como ideal al que había que ajustarse para retomar el rumbo perdido desde la Independencia, pero también algo más: plantear una idea de lo que para él debía ser el papel de la clase política.

Más que luchar por credos que sólo polarizaban al país en beneficio del extranjero, los políticos de su tiempo debían tratar de resolver problemas que lamentablemente pesaban sobre los de abajo. En vez de la oratoria barata de hombres generalmente ignorantes que buscaban un puesto para medrar, México necesitaba cemento para construir atarjeas, canales de riego y pavimentos contra el polvo que invadía los poblados como símbolo del estado de disolución en que se hallaba la patria. En la época de la Colonia no había cemento, pero tampoco polvo, pues los bosques no eran sacrificados a fin de alimentar instrumentos de un día como el que sería posteriormente la locomotora. A fuer de bárbaros, los mexicanos habían dado al artefacto provisional y sustituible de la locomotora la riqueza insustituible y difícil de reponer de las florestas de tierra templada. ¿A cambio de qué? Del aire viciado que seguía respirando la nación.

¹¹⁸ Véase José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, *op. cit.*, p. 38, 139, 165, 167, 174-178; José Vasconcelos, *Bolivarismo y monroísmo*, *op. cit.*, p. 24, 26, 51-52, 54; y José Vasconcelos, *¿Qué es la Revolución?*, *op. cit.*, p. 81.

Mejoramiento de las condiciones materiales. He ahí el deber de los políticos. Por eso al “Maestro” le repugnaban los de su país: porque no comprendían que su función era mejorar las condiciones de vida de los habitantes, no prodigar manifiestos. A esto me refería páginas atrás.

QUIJOTESCO FINAL

En el desfile quijotesco se juntan héroes de diversa prosapia: los que tuvieron la ambición de crear patrias nobles y grandes y se vieron traicionados por los viles; los que engañados una vez, tornaron a confiar; los que padecieron traición y vuelven a entregar su amor; los fracasados, porque su arrojo excedió a sus medios; los que pusieron en el empeño todo su ímpetu y cayeron, sin embargo, sin culpa propia o con culpa; todos habrán de escuchar en un instante de espléndida justicia, la voz de Aquel que sonríe y bendice, aunque apostrofe: creíste poder redimir sin redimirte antes tú mismo; no mediste tu fuerza, pero la usaste; lo malo es tener algo y reservárselo, dejar de emplearlo en la causa del Bien; jugaste a Dios, creyéndote llamado a enderezar entuertos y causaste daños, risibles unos, ciertos otros; pero el fin puro de tu afán te salva y queda de lección para que otros actúen con más prudencia.

JOSÉ VASCONCELOS,

“Discurso del Quijote”, en *Discursos 1920-1950*

La revista *Timón* es importante y los artículos de Vasconcelos publicados en ella son sólo algunas de las tantas piezas que forman un interesante rompecabezas: el de su pensamiento político. En ellos podemos encontrar ciertas preocupaciones, frustraciones y aspiraciones que “El Maestro” tenía con respecto a lo político.

Don José dirigió dicha publicación entre febrero y junio de 1940, a principios de la Segunda Guerra Mundial. En aquel entonces, alemanes y Aliados se estaban dando con todo y México era un tablero de ajedrez en el que las principales potencias en conflicto realizaban hábiles movimientos.

Al parecer, el factor decisivo que desde la Primera Guerra Mundial hacía de México un centro de atracción para diplomáticos, espías y propagandistas alemanes era la cercanía geográfica con Estados Unidos, especialmente cuando las relaciones entre estos vecinos eran tensas.

Quizá nunca se sepa cómo llegó a celebrarse el “matrimonio” entre la embajada de Alemania y Don José, pero si es tan importante la persona que se elige para difundir mensajes propagandísticos, es probable que los diplomáticos alemanes hayan sonreído cuando consiguieron el apoyo de un prominente intelectual mexicano como Vasconcelos, autor discutido pero leído en toda América.

A decir verdad, pienso en el filósofo como una persona racional que decidió fungir como director de *Timón* porque entre Aliados y alemanes, optaba por los alemanes, y porque estaba convencido de que la dirección de una revista patrocinada por funcionarios y empresarios teutones representaba una grandiosa oportunidad para seguir influyendo en la opinión pública de México.

Para mí es claro que en la visión de Vasconcelos, el destino de México dependía, en gran parte, de los acontecimientos que tuvieran lugar en otras partes

del orbe. Si alguno pensaba que los fenómenos ocurridos “allá afuera”, al otro lado del Atlántico, no afectarían a los pueblos hispanoamericanos, estaba equivocado. El mundo estaba conectado y nada de lo que sucediera en Europa sería ajeno al destino de los mexicanos. Por eso Don José seguía con gran interés cada paso de la lejana contienda.

A juzgar por las opiniones vertidas en sus escritos, es fácil imaginarlo cruzando los dedos en espera de una victoria alemana. Para mí es difícil pensar que la raíz de su actitud haya sido un amor sincero por un país tan distante y tan distinto de cualquier nación hispanoamericana. ¿Qué vínculo importante podía hermanar al escritor mexicano con cualquier alemán de la época? ¿La lengua?, ¿la sangre?, ¿la historia?, ¿las costumbres? Nada de eso. Es más, ni siquiera es probable que haya hecho suyos los anhelos expansionistas del racista dictador nacido en Braunau, Austria.

Le dolía la suerte de polacos, noruegos, belgas y holandeses por considerarlos pueblos débiles como el mexicano; también lamentaba la situación de Francia por ser nación latina, pero la suerte de Inglaterra no le arrancaba ninguna lágrima en aquellos tiempos.

Si alemanes e ingleses eran imperialistas, ¿cuál pudo ser una de las razones por las que Vasconcelos decidió apoyar a los germanos? Respondo: para él era claro que el yugo secular que pesaba sobre la América española no era teutón, sino anglosajón. México jamás tuvo conflictos con Alemania. Ellos nunca merodearon por nuestras costas en espera de botín alguno, tampoco sembraron cizaña entre nosotros, no tenían intereses en Belice ni estaban metidos en las islas Malvinas. No sólo no habían puesto un pie en América, sino que ni siquiera tenían intenciones de hacerlo.

Si alguno lo hubiera definido como vil “anglófobo”, se habría defendido de su acusador con el escudo del patriotismo. De manera que si deseaba la rendición de los Aliados, especialmente de Inglaterra, no era por el simple gusto de presenciar la caída del gigante, sino por las ventajas que esperaba para México tras el éxito germánico.

Vasconcelos anhelaba que al término del conflicto se reanudaran los lazos culturales y comerciales entre América y el Viejo Continente pues, a su juicio, el comercio libre con el mundo era condición del desarrollo nacional y signo de relativa autonomía. En lugar del sistema monopólico o de puerta cerrada que concedía privilegios a un solo país, había que adoptar una política de puertas abiertas en materia cultural y económica. Lo ideal era que cuando la paz fuera restablecida, los mexicanos pudieran vender sus productos a los ingleses o a los alemanes aunque fueran rivales comerciales de Estados Unidos y que pudieran escuchar la música de Mozart y de Wagner aunque no la tocaran las estaciones norteamericanas.

Ahora bien, por mucho interés que haya tenido en la cuestión europea, Don José jamás apartó la vista de los asuntos de su país. De hecho, siempre estuvo al pie del cañón. Y si prestó gran atención al panorama internacional fue porque le interesaba saber el efecto que produciría en su nación. Como lo dije desde el inicio, la principal preocupación del filósofo era el porvenir nacional. En sus escritos podemos encontrar suficientes elementos como para darnos una idea del tipo de nación que anhelaba en aquella época.

Nada de dictaduras. Los mexicanos debían luchar por una democracia limpia y auténtica, en la que cada uno pudiera expresar su pensamiento sin el control o la censura de poder alguno y en la que nadie tuviera que pagar un solo impuesto que no hubiera sido discutido y aprobado por sus representantes.

Nada de persecuciones raciales. México debía ser cordial con todos los pueblos del globo, siempre y cuando pusieran su grano de arena, pues el secreto de las grandes naciones era la facilidad y la generosidad con la que adoptaban y asimilaban lo extraño siempre que fuera noble y constructivo.

Como toda bondad tenía que fortalecerse para no degenerar en complacencia y lasitud, los mexicanos debían fortificar sus puertos para proteger sus recursos igual que en la época de la Colonia, cuando los campechanos levantaban murallas para encerrar y defender sus tesoros contra las manos largas de los piratas.

Y si el sistema de conquista ya no era material, sino moral o ideológico, los mexicanos debían recordar que el factor hispánico de su cultura servía como fortaleza para contener los embates de los nuevos imperialismos y las corrientes extranjerizantes.

Detrás de sus artículos, se advierte el esfuerzo de un hombre que buscaba la atención del público; no tanto para anunciar el advenimiento de una nueva era, sino para tener efecto en la mente de sus lectores, para incidir en los ciudadanos, pero sobre todo para influir en las decisiones de quienes tenían el poder político. En aquella época de violentísimas aguas, el filósofo creía saber hacia dónde debía dirigirse la nave llamada México; pero como no tenía en sus manos el timón del Estado, debía conformarse con escribir para decir *su* verdad y para sugerirle al capitán de la nación la ruta que podía llevar al país a buen puerto. Dicho de otra manera, su labor periodística al frente de *Timón* revela serios intentos por convertirse en orientador de la política mexicana, especialmente de la política exterior.

Lo que hizo Vasconcelos fue mojarse el índice con saliva y levantarlo para saber hacia dónde soplabla el viento; creyó saberlo, creyó conocer una vez más la ruta a seguir; se embarcó en la nave del periodismo –que él llamaba “doctrinario”–; se puso al frente del timón, lo tomó con firmeza y navegó, pero lo hizo a contracorriente, en opuesta dirección a la indicada por el entonces Presidente de México. No imaginó que la suya era una ruta de colisión que conduciría al desastre.

Cárdenas –quien había puesto el grito en el cielo a causa de la agresión japonesa en Manchuria, la intromisión del eje Roma-Berlín en la Guerra Civil Española, la intervención italiana en Abisinia y la anexión de Austria por Alemania– tomó severas medidas a fin de acabar con las actividades que los nazis venían realizando en México. Resultados: la revista *Timón* clausurada, Calvo detenido y Dietrich expulsado. En cuanto a nuestro “Ulises Criollo”, podría decirse que salió bien librado, pues al menos no terminó de nuevo en el exilio, tan lejos de su amada “Ítaca”; se quedó sin revista, pero reanudó sus labores como articulista meses después y dirigió la Biblioteca Nacional de 1941 a 1947.¹¹⁹

De los políticos, el filósofo decía que su función era mejorar las condiciones de vida de los habitantes, no prodigar manifiestos; pues no eran sus discursos baratos lo que el país necesitaba, sino cemento para construir atarjeas, canales de riego y pavimentos contra el polvo que invadía los poblados.

A 130 años de su nacimiento, ¿qué diría Vasconcelos ante la situación que prevalece en pueblos y ciudades de la República Mexicana? ¿Y si supiera que la pobreza sigue siendo el patrimonio de la mayor parte de la población? ¿Qué pensaría del penoso sistema educativo? ¿Qué de las masacres que ya ni terror provocan porque se han convertido en el pan de cada día? ¿Y del aire irrespirable que respira su descendencia? Seguramente lamentaría que sus palabras hayan engrosado el archivo muerto de las buenas intenciones. ¿Cómo definiría su incesante labor de pensador político en vista del México de nuestros días? Ya me lo imagino: como perla caída en el estercolero. Y si alguno alegara que las páginas de *Timón* son dignas merecedoras del bote de la basura, “El Maestro” diría lo que dijo de él su amigo el poeta Carlos Pellicer: que los que sólo veían sus eclipses no eran más que pobres imbéciles, pobrecitas gallináceas.¹²⁰

Si José Joaquín Blanco decidió quedarse con la imagen del Vasconcelos adolescente al final de su libro, yo prefiero fijarlo en el otoño de su vida, en alguna sala de la Biblioteca Nacional –su bunker–, sin fuerzas que respaldaran sus más puros anhelos, pendiente de la Segunda Guerra Mundial y preocupado porque el futuro de su querido país estaba en juego.

México, mayo de 2012.

¹¹⁹ Véase Luis Ignacio Sáinz, “El Anschluss y la protesta de México. Notas sobre el LX aniversario de la invasión de Austria por la Alemania nazi”, en *Estudios Políticos*, núm. 19, México, UNAM-FCPyS, cuarta época, septiembre-diciembre de 1998, p. 173-187; Héctor Orestes Aguilar, “Páginas sombrías de Vasconcelos”, en *Milenio Diario*, México, 16 de abril de 2011. <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8944725>; e Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *op. cit.*, p. 65-66.

¹²⁰ Véase Javier Aranda Luna, “Vasconcelos: lecciones de ultratumba”, en *La Jornada*, México, 22 de febrero de 2012. <http://www.jornada.unam.mx/2012/02/22/cultura/a08a1cul>

FUENTES

Libros

- Acosta Rico, Fabián, *El pensamiento político de José Vasconcelos*, México, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2004, 127 p.
- Aguilar Rivera, José Antonio, *Transparencia y democracia: claves para un concierto*, Cuadernos de Transparencia, núm. 10, México, IFAI, 2006, 36 p. www.ifai.org.mx/Publicaciones/publicaciones
- Bar-Lewaw Mulstock, Itzhak, *La revista "Timón" y José Vasconcelos*, México, Edimex, 1971, 247 p.
- Bar-Lewaw Mulstock, Itzhak, "La revista 'Timón' y la colaboración nazi de José Vasconcelos", *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas*, vol. 1, 1982, p. 151-156.
http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/04/aih_04_1_018.pdf
- Basave Benítez, Agustín F., *México mestizo: Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992, 167 p.
- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos: Una evocación crítica*, México, FCE, 1977, 215 p.
- Bourderon, Roger, *El fascismo: ideología y práctica (Ensayo de análisis comparado)*, México, Nuestro tiempo, 1981, 218 p.
- Campbell, Hugh Gerald, *La derecha radical en México*, México, SEP, 1976, 276 p.
- Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, 4ª ed., México, Porrúa, 1994, 566 p.
- Cansino, César, *Historia de las ideas políticas. Fundamentos filosóficos y dilemas metodológicos*, México, Centro de Estudios de Política Comparada, 1998, 194 p.
- Cedillo, Juan Alberto, *Los nazis en México*, ed. corregida y aumentada, México, Debolsillo, 2010, 240 p.
- Chevallier, Jean-Jacques, *Los grandes textos políticos: Desde Maquiavelo a nuestros días*, 7ª ed., Madrid, Aguilar, 1981, 420 p.
- Corella Torres, Norberto, *Propaganda Nazi*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California/Miguel Ángel Porrúa/H. Cámara de Diputados, LIX Legislatura, 2005, 130 p.
- Díaz, Alberto, "Revisionismo histórico", en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, p. 1407-1412.
- Domínguez Michael, Christopher, *Tiros en el concierto: literatura mexicana del siglo V*, México, Era, 1997, 570 p.
- Fell, Claude, *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925): educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, UNAM, 1989, 742 p.
- Gall, Olivia, et. al., *La discriminación racial*, México, CONAPRED, 2005, 102 p.
- García O'Meany, Margarita, *Yo no soy racista, pero...*, Barcelona, Intermón Oxfam, 2002, 120 p.
- Garcíadiego, Javier, "Tres asedios a Vasconcelos", en: Vasconcelos, José, *Ulises criollo*, ed. crítica y coord. Claude Fell, Francia, ALLCA XX, 2000, p. 613-627.

- Gómez Izquierdo, José Jorge (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades/Plaza y Valdés, 2005, 181 p.
- González Marín, Silvia, *Prensa y poder político: la elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana*, México, Siglo XXI/UNAM, 2006, 392 p.
- González y González, Luis, “Prólogo”, en José Vasconcelos, *Breve Historia de México*, México, Trillas, 1998, p. 5-23.
- Iglesias Rodríguez, Gema, *La propaganda en las guerras del siglo XX*, Madrid, Arco Libros, 1997, 62 p.
- Martín Moreno, Francisco, *Arrebatos carnales*, México, Planeta, 2009, 447 p.
- Ortiz Garza, José Luis, *México en guerra*, México, Planeta, 1989, 230 p.
- Pérez Montfort, Ricardo, *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México, FCE, 1992, 204 p.
- Rosas, Alejandro, *Mitos de la historia Mexicana: De Hidalgo a Zedillo*, México, Planeta, 2006, 324 p.
- Sani, Giacomo, “Propaganda”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, 1982, p. 1298-1300.
- Sierra, Carlos J., *José Vasconcelos: hemerografía, 1911-1959*, México, Sobreiro del *Boletín Bibliográfico* de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, núm. 311, 15 de enero de 1965, 117 p.
- Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1982, 244 p.
- Suárez-Íñiguez, Enrique, *De los clásicos políticos*, 3ª ed., México, UNAM-FCPyS/Miguel Ángel Porrúa, 2001, 270 p.
- Suárez-Íñiguez, Enrique (coord.), *Enfoques sobre la democracia*, México, UNAM-FCPyS/Miguel Ángel Porrúa, 2003, 175 p.
- Taracena, Alfonso, *José Vasconcelos*, México, Porrúa, 1982, 154 p.
- Usigli, Rodolfo, “Ulises, Águila de Prometeo. Encuentros, afinidades y distancias con Vasconcelos”, en: José Vasconcelos, *Ulises criollo*, ed. crítica y coord. Claude Fell, Francia, ALLCA XX, 2000, p. 882-896.
- Vasconcelos, José, *Bolivarismo y monroísmo. Temas iberoamericanos*, México, Trillas, 2011, 127 p.
- Vasconcelos, José, *Breve Historia de México*, México, Trillas, 1998, 422 p.
- Vasconcelos, José, *De Robinsón a Odiseo: Pedagogía estructuralista*, México, H. Cámara de Senadores, 2002, 267 p. <http://www.ultimoreducto.com/galeria/robinsonodiseo.pdf>
- Vasconcelos, José, *Discursos 1920-1950*, México, Botas, 1950, 318 p.
- Vasconcelos, José, *Indología: Una interpretación de la cultura iberoamericana*, 2ª ed., Barcelona, Agencia Mundial de Librería, 1970, 230 p.
- Vasconcelos, José, *La flama. Los de arriba en la Revolución. Historia y tragedia*, México, INEHRM, 2003, 496 p.
- Vasconcelos, José, *La raza cósmica*, México, Porrúa, 2001, 164 p.

Vasconcelos, José, “Prólogo a la Segunda Edición”, en Salvador Borrego, *Derrota mundial*, 29ª ed., México, 1980, p. 5-6.

Vasconcelos, José, *¿Qué es el comunismo?*, México, Botas, 1936, 120 p.

Vasconcelos, José, *¿Qué es la Revolución?*, México, Trillas, 2009, 144 p.

Vasconcelos, José, *Ulises criollo*, ed. crítica y coord. Claude Fell, Francia, ALLCA XX, 2000, 1149 p.

Tesis

Perdomo Reyes, Salvador Alejandro, *José Vasconcelos: de su vida y de su pensamiento político*, México, UNAM-FCPyS, Tesis de Licenciatura, 1990, 183 p.

Artículos de periódicos

Aguilar, Héctor Orestes, “Páginas sombrías de Vasconcelos”, en *Milenio Diario*, México, 16 de abril de 2011. <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/8944725>

Aranda Luna, Javier, “Vasconcelos: lecciones de ultratumba”, en *La Jornada*, México, 22 de febrero de 2012. <http://www.jornada.unam.mx/2012/02/22/cultura/a08a1cul>

Bátiz V., Bernardo, “El proconsulado”, en *La Jornada*, México, 31 de enero de 2011. <http://www.jornada.unam.mx/2011/01/31/index.php?section=opinion&article=023a1pol>

Artículos de revistas

Aguilar, Héctor Orestes, “Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos”, en *Istor*, núm. 30, año VIII, México, CIDE, otoño del 2007, p. 148-157. http://www.istor.cide.edu/archivos/num_30/coincidencias.pdf

“América para los americanos. Lo que se dice y lo que hay en realidad”, Editorial, en *Timón*, núm. 16, México, 8 de junio de 1940, p. 5.

“Ante el destino”, Editorial, en *Timón*, núm. 14, México, 25 de mayo de 1940, p. 5.

Avilés Parra, Sergio, “¡Siempre he sido cristiano!” en *Mañana*, núm. 230, México, 24 de enero de 1948, p. 32-35.

Bosker, Judit, “El antisemitismo: recurrencias y cambios históricos”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 182-183, México, UNAM, mayo-diciembre de 2001, p. 101-132.

Castellanos Guerrero, Alicia, “Asimilación y diferenciación de los indios en México”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 34, México, El Colegio de México, enero-abril de 1994, p. 101-127.

“Consejos a la juventud”, Editorial, en *Timón*, núm. 5, México, 23 de marzo de 1940, p. 5.

“El día panamericano”, Editorial, en *Timón*, núm. 10, México, 27 de abril de 1940, p. 3.

“El significado del laicismo”, Editorial, en *Timón*, núm. 6, México, 30 de marzo de 1940, p. 5.

Gall, Olivia, “Racismo y sexismo en la historia y presente de México. Reflexiones acompañadas de la palabra de mujeres líderes de 18 pueblos indios”, en *México Indígena*, núm. 5. www.cdi.gob.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=853&Itemid=73

“¡Hay que hacer limpieza!”, en *Timón*, núm. 8, México, 13 de abril de 1940, p. 44.

“La expectativa”, Editorial, en *Timón*, núm. 7, México, 6 de abril de 1940, p. 5-6.

“La ley, los hechos y el petróleo”, Editorial, en *Timón*, núm. 13, México, 18 de mayo de 1940, p. 5.

Moreno Feliu, Paz, “La herencia desgraciada: racismo y heterofobia en Europa”, en *Estudios Sociológicos*, núm. 34, México, El Colegio de México, enero-abril de 1994, p. 49-73.

“No más fronteras: bases estratégicas”, Editorial, en *Timón*, núm. 9, México, 20 de abril de 1940, p. 3.

“No nos dejemos sorprender. Las maniobras de los Aliados para arrastrarnos a la guerra”, Editorial, en *Timón*, núm. 17, México, 15 de junio de 1940, p. 5.

“Nunca es tarde... Las inmoralidades en la policía”, Editorial, en *Timón*, núm. 8, México, 13 de abril de 1940, p. 5.

“Orientación y neutralidad: un cobarde aunque provechoso clandestinaje”, Editorial, en *Timón*, núm. 12, México, 11 de mayo de 1940, p. 5.

Sáinz, Luis Ignacio, “El Anschluss y la protesta de México. Notas sobre el LX aniversario de la invasión de Austria por la Alemania nazi”, en *Estudios Políticos*, núm. 19, México, UNAM-FCPyS, cuarta época, septiembre-diciembre de 1998, p. 173-187.

Shabot, Esther, “El pensamiento antisemita de José Vasconcelos”, en *Estudios judaicos*, núm. 8, México, 1990, p. 37-51.

Vasconcelos, José, “Alarmas negras”, en *Hoy*, núm. 93, México, 3 de diciembre de 1938, p. 19, 49.

Vasconcelos, José, “Aprobación sospechosa”, en *Timón*, núm. 6, México, 30 de marzo de 1940, p. 9.

Vasconcelos, José, “Arte mexicano: La reacción que produjo en la crítica extranjera la exposición ‘Dos mil años de arte mexicano’ en la ciudad de Nueva York”, en *Timón*, núm. 17, México, 15 de junio de 1940, p. 9.

Vasconcelos, José, “Causas perdidas”, en *Hoy*, núm. 37, México, 20 de noviembre de 1937, p. 9.

Vasconcelos, José, “Contra los planes ocultos, la luz de la verdad”, en *Timón*, núm. 13, 18 de mayo de 1940, p. 11.

Vasconcelos, José, “Cumpleaños”, en *Hoy*, núm. 106, México, 3 de marzo de 1939, p. 12.

Vasconcelos, José, “¿De dónde viene la civilización?”, en *Hoy*, núm. 40, México, 27 de noviembre de 1937, p. 9.

Vasconcelos, José, “Democracias hipócritas”, en *Todo*, núm. 327, 15 de diciembre de 1939, p. 6.

Vasconcelos, José, “El despertar imperial”, en *Timón*, núm. 7, México, 6 de abril de 1940, p. 9, 33.

Vasconcelos, José, “En defensa propia. Los Protocolos de los Sabios de Sión”, en *Timón*, núm. 14, México, 25 de mayo de 1940, p. 9.

Vasconcelos, José, “Falsos remedios”, en *Hoy*, núm. 37, México, 6 de noviembre de 1937, p. 11.

Vasconcelos, José, “Indigenismo político”, en *Timón*, núm. 10, México, 27 de abril de 1940, p. 7.

Vasconcelos, José, “La inteligencia se impone”, en *Timón*, núm. 16, 8 de junio de 1940, p. 9.

Vasconcelos, José, “La swastica y otros fantasmas”, en *Hoy*, núm. 94, México, 10 de diciembre de 1938, p. 22-23.

Vasconcelos, José, “Nacionalismo y economía”, en *Hoy*, núm. 66, México, 28 de mayo de 1938, p. 11, 61.

Vasconcelos, José, “No empezaron los cristianos”, en *Hoy*, núm. 74, México, 23 de julio de 1938, p. 9.

Vasconcelos, José, “No llegaremos a pelear”, en *Hoy*, núm. 214, México, 29 de marzo de 1941, p. 41.

Vasconcelos, José, “Otro fantasma: el nazismo en la América española”, en *Timón*, núm. 11, 4 de mayo de 1940, p. 9, 12.

Vasconcelos, José, “Paternalismo indeseable”, en *Todo*, núm. 326, México, 8 de diciembre de 1939, p. 11.

Vasconcelos, José, “Pitonisas del imperialismo”, en *Timón*, núm. 5, México, 23 de marzo de 1940, p. 9.

Vasconcelos, “Principios del monroísmo”, en *Todo*, núm. 328, México, 22 de diciembre de 1939, p. 9.

Vasconcelos, José, “Prosperidad en puerta”, en *Timón*, núm. 12, México, 11 de mayo de 1940, p. 9.

Vasconcelos, José, “Puerta abierta”, en *Hoy*, núm. 105, México, 25 de febrero de 1939, p. 22.

Vasconcelos, José, “Racismo”, en *Hoy*, núm. 86, México, 15 de octubre de 1938, p. 18.

Vasconcelos, “Stalin, salto atrás”, en *Hoy*, núm. 30, México, 18 de septiembre de 1937, p. 9.

“Vivir engañados. Debemos estar preparados para el futuro”, Editorial, en *Timón*, núm. 15, México, 1 de junio de 1940, p. 5.